

168

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 12 - 18 Junio 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 341

NOSOTROS DAMOS LA CARA

EL ESPAÑOL
CONMEMORA
UN NUEVO
ANIVERSARIO



CUANTO HA VISTO Y
HA USTED A VER

PAÑA EN LA N.A.T.O.
Comentario por Hispanus (pág. 17)

CONTRIBUYENTES NO HAN HE-
CHO DECLARACIONES
Comunicación del mecanismo de la Contri-
bución sobre la Renta (pág. 52)

AGACIONES SOBRE LAS ELECCIO-
NES INGLESAS
Pardo, desde Londres (pág. 26)

Novela por Antonio Manuel Cam-
pox (pág. 36)



Coger el toro por los cuernos no es mala divisa para los que hacemos EL ESPAÑOL de 1955. Un periódico se hace de cara al público y por una vez nosotros damos la

NO SE PUEDE



Siempre

Sus ocupaciones
le impiden,
frecuentemente,
limpiarse los dientes
después de
cada comida.

Use Crema Dental
LISTERINE,
que conserva la
dentadura sana
y el aliento fragante
horas y horas.

LISTERINE

Gárgaras y enjuagues con
Antiséptico Listerine
inmunizan contra
el contagio.



CONTIENE

Actifoam
ANTIENZIMICO

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

NOSOTROS DAMOS LA CARA

CUANTO
HA VISTO
Y VA USTED
A VER

EL ESPAÑOL
CONMEMORA
SU ANIVERSARIO

TODO ES SENCILLO

AUNQUE entre la gente de tropa de EL ESPAÑOL no abundan los gordos, les aseguro que en la Redacción raras veces se pierde el buen humor. Se dijo que «buen humor, buena política», y a ello nos atenemos. Tampoco están fuera de este clima nuestros lectores. A lo largo de dos años son millares de cartas y comunicaciones espontáneas las que hemos recibido. Sin embargo, no llegan ni al dos por ciento las que nos traen una protesta o una destemplanza. Ni siquiera cuando en nuestros editoriales creemos necesario u oportuno decir las verdades del barquero. Uno de los que tienen la tarea de poner en prosa legible esas verdades es un servidor. Un hombre corriente y moliente, más bien alto que bajo, con más huesos que carne y a quien correspondía, al mismo tiempo, conseguir

LA DIVISA DE "EL ESPAÑOL"



NUESTRO DIRECTOR JUAN APARICIO

COGER el toro por los cuernos pudiera parecer mi divisa o la de EL ESPAÑOL; porque los españoles somos tan aficionados a las metáforas taurinas en las que campea el toro ibérico, que es también el totem de mi ciudad natal, el emblema del clan de los «catos», o de los torcuatos por aféresis y un poco de síncope. Quiero, y se consiguió, que este Semanario sea muy leído y entendido por todos, aunque las «Cartas del director» aparezcan confusas, no por exceso de clave, sino por hinchazón de vida. La vida española en dieciséis años de paz y de caudillaje se ha henchido de obras más que de palabras, multiplicándose su vitalidad y su influencia.

EL ESPAÑOL de 1942 (fecha de su primera fundación) era una bandera que se alzaba por el ímpetu y el espíritu de una juventud tras Franco. EL ESPAÑOL de 1955 es el exponente de una madurez nacional: de hombres pueblos e ideas.

Juan APARICIO

que hasta los confeccionadores hagan juego de conjunto, de equipo, un día sí y otro también. En sillón en que me siento, mi mesa, los teléfonos y yo formamos

una sola pieza. Y ahí tienen ustedes al redactor-jefe del semanario. Ahí me tiene aquel señor obispo que, con motivo de unos comentarios sobre ciertos problemas doctrinales, preguntaba a uno de nuestros redactores por el nombre del sacerdote que interviniera en aquellos trabajos.

Y ya que de doctrina hablamos, les diré que en EL ESPAÑOL no hemos aprendido ni aprendemos esa regla de «virar a tiempo», tan útil, según dicen, para navegar sin percances. Estamos, procuramos estar, siempre en el tiempo, pero sin renunciar a la norma, a los principios y a la fe, pues reconocemos abiertamente que esa trilogía debe hallarse sobre las horas, los días, los meses y los años, informando la circunstancia diaria y el suceso de España y del mundo de lo que no puede cambiar ni mudar.

Tanta fe, tal fidelidad, recrea semana tras semana el optimismo cristiano de nuestra mirada, fija en el rostro y el alma de esta España de 1955, que se renueva, se renueva, se enguapece



Valentín Gutiérrez Durán

y crece hasta en la talla de sus habitantes.

El pájaro de mal agüero del pesimismo no pone sus huevos ni da sus gritos en estas columnas. La reparición misma de nuestro semanario es una prueba también contra los agüeros y los agoros. Lo que fué primavera y juventud—ya lo dice Juan Aparicio—es hoy «madurez de hombres, pueblos e ideas». De esta madurez nacional se nutre cuanto aquí defendemos y cuanto aquí contamos a ustedes. Creemos que ser católicos no es aceptar el Dogma y rehuir la Moral, aceptar la doctrina y escurrir el bulbo a las disciplinas de la Iglesia. Creemos en el derecho y en la ley, pero no todo lo fundamental está escrito ni puede ni debe exigirse que esté codificado. Creemos en las instituciones, pero sabemos que es la bondad y la inteligencia de los hombres lo decisivo. Creemos en la función adivinadora y propulsora de las minorías estudiosas; pero estimamos que los millones de españoles, que no son esas minorías, están cumpliendo desde 1936 una colosal tarea que merece puesto de honor. Le damos a cada pro-

vincia lo suyo, porque entendemos que Madrid es, desde luego, Madrid—centro y motor—, pero que España son todos sus pueblos, sus ciudades y sus aldeas. Creemos en el fuero de la persona y en que la responsabilidad de la buena o mala ventura de un pueblo, al pueblo entero corresponde. Debe éste participar en la cuestión de los asuntos comunes; pero la autoridad legítima tiene un altísimo origen, que no es en modo alguno la hueca y utópica «voluntad popular» fusianiana. No creemos en la «libertad» abstracta, siempre sujeta al fraude, sino en las libertades diarias, cotidianas, reales. Creemos en la razón, pero sin «racionalismos». El corazón también manda. Y por eso aquí lo humano, la peripecia personal, el perfil de los hombres y el olor y el sabor de las tierras y de las cosas tienen su sitio.

Dentro de estas coordenadas nos sentimos como los peces en el agua. A ellas me atengo. A mis compañeros, no necesito recordárselas. Todo, como ven, es sencillo.

V. GUTIERREZ. DURAN

LA SEMANA EMPIEZA EN MIERCOLES

ESTO de hacer EL ESPAÑOL no crean ustedes, tiene sus bemoles. Cuando cada miércoles Gutiérrez Durán, nuestro redactor jefe, llega del despacho del director con la lista de temas en la mano, es para echarse a temblar. Y temblamos. Porque, ya se sabe, de las sesenta y cuatro páginas, unas cincuenta y dos hay que hacérselas sobre la marcha, a paso ligero, casi de un día para otro. La movillización general de redactores es inmediata: no se puede llegar tarde a la cita con la actualidad. Y hay que llegar, por añadidura, bien pertrechado de precisiones y de amenidades. Se marcan las fechas de entrega, y a mí, como secretario de redacción, me toca apretar las clavijas a todo el mundo.

Para echar a andar dispuestos, de momento, de los originales de las secciones fijas, que ya



Florentino Soria

están en nuestro poder por adelantado. Unas doce páginas del periódico en total. A saber: tres páginas para dos artículos de colaboración, normalmente uno de autor conocido y otro de firma nueva; cuatro páginas para «El libro que es menester leer» y cinco o seis, para la novela. Porque la «Carta del director» y el editorial del redactor-jefe, también fijos, se hacen siempre al filo del

cierre, atentos a la última motivación. Con estas doce páginas puede ir ya trabajando la imprenta. Y se deja margen para que Deleyto saque la chispa de una anécdota al tema más árido, Blanco Tobío ponga los puntos sobre las muchas tes de la actualidad internacional, Enrique Ruiz García descubra la clave secreta del último acontecimiento, Costa Torró o algún otro envíe especial nos envíe su crónica viajera desde cualquier pueblo, Jalón sorprenda entre bastidores las intimidades de un estreno, Sutil o Salcedo radiografien algún personaje en candelero, Castillo o Barra desmenuen al escritor del día o María Jesús o Blanca anden de aquí para allá dispuestas a ver, oír y contar...

Para la novela no hay problema. Tenemos un buen «stock». Aquí todo se lee y, si merece la pena, se publica.

Artículos tampoco faltan. En primer lugar, como colaboradores especiales están las altas jerarquías de la Iglesia española. Así, nos han dado su lección y consejo el difunto arzobispo de Zaragoza y el de Granada, y los obispos de Pamplona, Córdoba, Sigüenza, Zamora, Palencia, Orense y Teruel. Los que mandan y saben mandar siempre tienen algo interesante que decir. Por eso en EL ESPAÑOL escriben los directores generales, los gobernadores, los alcaldes... Ellos conocen de cerca muchos problemas sobre los que pueden informar y orientar mejor que nadie. Sus opiniones tienen el peso y el picso que conceden la autoridad, la experiencia...

Y para EL ESPAÑOL escriben también los catedráticos—Zaragüeta, Maldonado, Frutos, Oliveros, Montero, Barcia Trelles, Beneyto, Cordero Torres, Royo Villanova—, los economistas—Robert, Argente, Ros Gimeno, Fontana, Suárez Mier, Muñoz Campos, Lamata—, los escritores y articulistas de alta cotización—Femán, Giménez Caballero, Gómez de la Serna, González-Ruano, Delibes, Gironella, García Escudero, Borrás, González Ruiz, Araújo Costa, Bujella, Armifián, Díaz Plaja, Ramos, Vigón, Riber, Arqués, Muñoz Alonso, Voltes, Fujol, Arrarás, Casares, Reves, Fray Mauricio de Begofía, Alonso Fueyo, Nieto Funcia—, y con ellos los valores nuevos, los jóvenes que empiezan.

Encontrar «El libro que es menester leer» no es tan sencillo. Hay que buscar en Londres, en Nueva York, en Berlín, en París, en Roma, en Lisboa, el libro de que se habla, la obra más reciente e importante. Ello obliga muchas veces a complicadas gestiones. Ya en nuestras manos entra en juego el poliglota de la Redacción, García Roca, quien extrae la sustancia de cada libro y resume en

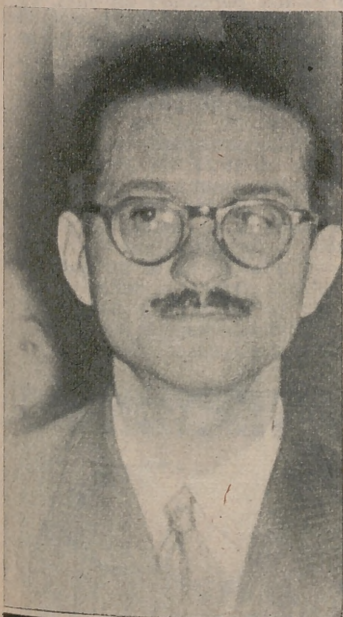
Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

cuatro páginas lo que ocupa doscientas. Esta es una ventana del EL ESPAÑOL al mundo intelectual, una toma de contacto con lo que se piensa, con lo que se escribe en el extranjero. A más de un editor le ha servido esta sección de orientación valiosa, moviéndole a traducir al español alguna obra resumida en nuestras páginas. No existe aquí un temario obligatorio; cualquier obra interesante sirve. Ha leído usted lo que de sí mismos dicen De Gaulle, Weigand, Schacht, Duff Cooper, Beveridge y tantos otros. Y no sólo los grandes políticos, los ilustres generales, los eminentes economistas, sino también las monjas del Carmelo, como Edith Stein, y los trompetas de jazz, como Humprey Lyttelton. Otras veces no son ellos los que cuentan sus vidas: se la cuentan los amigos o los enemigos. Que nos hacen saber, por ejemplo, no sólo cómo se gestó la carrera política de Anthony Eden, sino también su afición por los sombreros y los paraguas, o cómo el famoso Lawrence de Arabia es, de verdad, tan sólo un personaje de un cuento de «Las mil y una noches», o el siniestro Bormann, un tierno y sentimental esposo. Y también ha podido enterarse usted de lo que dicen los más sensacionales libros políticos del momento—los de Burham, Kennan, Willoughby, etc.—, o saber por un testigo la tragedia de los arrozales de Indochina, o la espeluznante predicción de un experto sobre los efectos de la bomba «H». Y si le gusta el riesgo, la aventura deportiva, puede subir al cielo con Lidbergh en «El Espíritu de San Luis», o bajar con el capitán Coustet al «mundo silencioso» de las profundidades submarinas.

Ahora los redactores, uno a uno, les hablarán de lo que hacen y van a hacer. Que será lo que usted ha visto y verá en EL ESPAÑOL. Yo me vuelvo a mi rincón. Desde él, aun sin salir a la calle, les aseguro que se ven muchas cosas.

Florentino SORIA



J. M. García Roca

TAMBIÉN LOS PANTANOS TIENEN ANECDOTA

La vida nacional, sus problemas, sus esfuerzos, sus éxitos sus contrariedades vencidas: he aquí una de nuestras constantes informativas. Y dentro de España, un aspecto importante, un aspecto intenso, que ha entrado en el ánimo de todos los españoles: el campo y la industria de España.

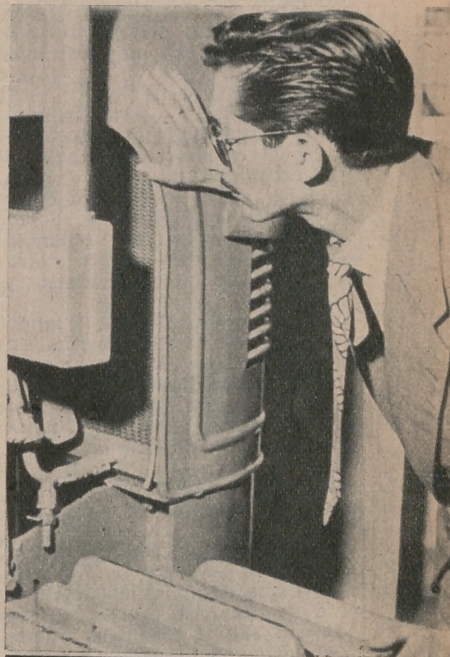
Todas las ramas de la producción, en lo general y lo particular, han desfilado y seguirán desfilando por nuestras lino tipias.

Béjar, en lo primero, ha dicho que su industria textil es capaz de elaborar la lana de cuatro millones de ovejas, y la industria química, en lo segundo, ha expresado que en un año 650 nuevas industrias han surgido en las provincias, en los pueblos e incluso en las aldeas apartadas.

Las grandes, las poderosas, las básicas industrias sin las cuales la vida nacional no es posible, han descubierto su mundo interno y han mostrado su proceso. Siderurgia: En seis años se ha duplicado la producción de acero, sobrepasando la actual el millón de toneladas al año. Carbón: Por los cotos de Ponferrada o por las tierras de Asturias, el trabajo diario de los mineros ha ido componiendo las cifras. Electricidad: «Pantanos contra restricciones»—un título de EL ESPAÑOL— puede resumir la tarea. Hoy tenemos 2.700 millones de K. V. A. de potencia instalada en energía hidráulica y 1.000 millones en la térmica; los saltos de Salime, de Aldeadávila, del Eslá o del Sil hablan y relatan su anécdota; la gran industria ha pasado y seguirá pasando por nuestra viajera máquina de escribir.

Después de la industria, o antes, o a su lado el campo. Los grandes planes de Colonización—Badajoz, Jaén, Fuerteventura...— cuentan y cuentan sus nuevas hectáreas de regadío; la sonrisa optimista de los hombres crece sobre los pueblos construidos, junto a las compuertas inauguradas, al lado de la economía conquistada y liberadora. Y frente al llano, dándole una verdadera sombra, el monte repoblado. El monte repoblado y su despensa, esa despensa de los 500 millones de árboles que espera en los viveros el lugar destinado a su crecimiento. Y después de los árboles—ya dejamos las cosechas de los cereales, o la ruta de la naranja, que es redonda y pesa como el oro o la ruta del algodón, que es un maná que cae del cielo— la cepa. Ahí está la sentencia feliz de «sólo se alcoholiza el que no sabe beber», que nos permite poner en el mercado del mundo los 40 millones de litros salidos de nuestras bodegas. Y mojando la tierra, el mar. Los jureles que se venden a unos pocos céntimos el kilo producen en Asturias muchos millares de pesetas. Es un ejemplo.

Esta es la tierra, la tierra para el hombre. Pisándola, transformándola, el hombre transfor-



José María Deleyto

ma también su vida. Crece la cultura—nueve mil universitarios en un año ante el fin de carrera—, crecen los éxitos profesionales—el analizador de redes, solución de las interrupciones eléctricas, un nuevo triunfo de la Ingeniería española; un invento español que de radar lo utiliza el Ejército norteamericano—, se distribuye mejor el horario del trabajo; se divierte uno más; la gente se motoriza...

España tiene un signo: salud. Un número, tan sólo un número, lo indica; aumenta progresivamente la renta nacional por habitante.

Esta es mi sección, una sección áspera—porque la cifra tiene tras de sí una leyenda dura—, pero que es alegre, porque cada día hay un nuevo esfuerzo que agradecer a los hombres que trabajan con ilusión. Todos los españoles, quizá más que en ninguna otra sección, están aquí representados. Porque cuando un índice sube, es que unos hombres han trabajado por ello. La tierra, el mar, la fábrica o el campo, hoy por hoy trabajan fuerte. Y consiguen. En nuestra experiencia, a lo largo de las tierras españolas, está la demostración fundada y firme. Sólo hay que caminar para verlo. Los pueblos van para arriba. Porque es verdad lo decimos. La ciencia exacta de la economía sirve de base definitiva.

Hacer una sección así tiene su responsabilidad. Y, sobre todo, la rara disposición de una movilidad absoluta. Porque cinco páginas de un reportaje económico nacional han supuesto antes varios miles de kilómetros, horas sin dormir, conversaciones con muchos hombres o muchas mujeres, escribir con la máquina encima de las rodillas de un departamento de un expreso, donde los viajeros nos contemplan como

ANDANDO SE APRENDE

si uno fuera un desequilibrado amante que escribe continuamente cartas a la novia y donde el compañero de viaje se esfuerza a lo largo del recorrido en tratar de descifrar los folios que van saliendo, hasta que no puede más y pregunta:

—¿Es usted escritor?

Y uno a veces, no sabe si sonreír o traspasarle el puesto.

Lo que voy ahora a contar ocurrió con motivo de hacer el gran reportaje sobre la movilidad de los trabajadores españoles, y ver cómo la mano de obra española se traslada de una región a otra en un intercambio armónico y conjugado.

Estaba yo en Alicante cuando recibí la orden de ponerme en ruta a recoger la información. En pocos días había que dar la vuelta a España: Barcelona, Bilbao, Santander, Asturias, Guadaluajara, Cádiz Almería Murcia y Madrid.

De Madrid salió otro compañero para hacer el Sur; yo haría el Norte.

En Avilés hablé con un obrero metalúrgico —Miguel García Báez— que se marchaba a Huelva de vacaciones. Me contó su vida, sus satisfacciones, el número de los compañeros que estaban trabajando con él. Al llegar a la Redacción, cuando tuve en mi poder la información del Sur, me encontré con los mismos datos sobre obreros andaluces que yo había conseguido en Avilés. En Huelva, en la taberna de «En la esquinita te espero», Miguel García Báez había dicho otra vez las mismas cosas que dijera en el pueblo asturiano.

Cuando salió el reportaje, se recibió en la Redacción una carta de aquel hombre, que decía: «Ustedes perdonen; quería tener la seguridad de que no se perdiera de ninguna manera la información».

Y para el futuro, seguiremos con preferencia firme contando la industria nacional las dificultades vencidas y la vida de los hombres que hicieron el milagro. Y será objetivo, por ejemplo, el aumento de producción de la fábrica de automóviles de Valladolid o las nuevas instalaciones de la Sociedad Ibérica del Nitrógeno, o la construcción y terminación del embalse del Cijara, o de la presa de Montijo, o el progreso de la E. N. R. en Torrejón de Ardoz, o de la Siderúrgica de Avilés, o las grandes fiestas que con ocasión de la cosecha celebrarán los pueblos de España, y hasta las gentes de otros países que nos visitan y que constituyen esa otra gran industria de interés nacional que es el turismo, el cual será tema preferente en el próximo año.

España se industrializa. Vea la película pasada, presente y venidera en esta sección que hacemos para usted.

José María DELEYTO

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA



Diego Jalón

AUNQUE las verdades evidentes son las que suelen olvidarse con más facilidad, EL ESPAÑOL, fiel a su título y a su apellido, «semanario de los españoles para todos los españoles», no ha olvidado jamás que España es, está y vive en las provincias. Por ello todos sus números abren varias páginas, como brazos amigos, a la realidad variada y multicolor, trascendente y sugeridora, de nuestra vida provincial. Para llenar las sesenta y cuatro páginas lanzó desde el primer momento a sus «enviados especiales» por todas las rutas de la geografía española a contar, sin omitir pelo ni señal, el anverso y el reverso, la haz y el envés de la vieja piel de toro ibérica. Y así, en esa cómoda pantalla panorámica que viene a resultar cada uno de sus ejemplares se han proyectado, con sus colores y sonidos naturales, películas de largo metraje, cuyo argumento resumía todo el ser y el vivir de una provincia o una región: Jaén, con su plomo, que pesa, y su aceite, que flota; Cuenca a la conquista de los cerros; Almería, minera y frutal; Avila, volando en sus piedras; Navarra, rica y ejemplar; Extremadura, histórica y actual, labradora y ganadera. Y documentales que ofrecieron la estampa concreta de una ciudad (Gijón, o Cádiz, o Castellón de la Plana), de un pueblo (Cieza, y Onda, y Callosa de Segura), de una riqueza (las 260.000 hectáreas de vides manchegas, o la capacidad hidroeléctrica de Orense)...

En todos los números, la firma de un enviado especial; en todas las partes, en todos los acontecimientos y escenarios españoles, su presencia. En los días de fuego y de oro de la cosecha del trigo por tierras castellanas y andaluzas, y en las horas alegres de la feria de Sevilla; en lo que fué la tragedia seca de Los Monegros y en el drama de Guipúzcoa inundada; en el fervor peregrino caminante a Santiago y las fechas despreocupadas y luminosas del veraneo en las costas y las montañas españolas, desde las playas meridionales a los Pirineos... Y en todo tiempo temas catalanes, que no en balde es Barcelona la otra capital de España que ronda los dos millones de habitantes.

Estaba pensando estas cosas sentado en la redacción, con los demás del equipo, cuando nos distribuían el trabajo. Y al llegar a las provincias, Durán, y quizá por telepatía, porque, como he dicho, yo estaba pensando en ellas, me adjudicó, con ese tono inexorable que debió aprender cuando fué teniente provisional, y que ahora utiliza por igual para dar una orden o pedir un pitillo:

—Jalón, tú, las provincias.

Y como consideré muy oportuno no discutir de su opinión, aquí estoy, pluma en mano—porque aun no me he sumado al adelanto de las máquinas de escribir, ni sé si lo haré algún día, ni siquiera si sabría hilvanar en ellas dos frases seguidas—, dispuesto a escribir en nombre de los «enviados especiales».

Ante todo, debo decir que el



PROTAGONISTA, EL HOMBRE



Francisco Costa Torró

Nuestro redactor Costa Torró, ausente en misión periodística, ha expresado por teléfono esta impresión de su acción pesquisidora en torno del hombre y su problema, tema tratado con amplitud por nosotros.

NO ha sido fácil seguir al hombre español en medio de sus problemas y vicisitudes. Y no ha sido fácil porque las cosas fueron sucediéndose, cambiando, mejorando con rapidez vertiginosa.

En la calle, en el lugar de trabajo, en los sitios de diversión, por todas partes hemos seguido sus pasos, pisándole los talones.

—Y yo, ¿por qué he de salir en el periódico?

Claro que decía esto uno que, monótono en su vida, jamás apetecía la distinción, nunca pensó en ser considerado símbolo de un sector humano.

—Es usted. Precisamente usted.

—¿Por qué yo?

—Por ser uno de tantos.

—Sí.

Son emocionantes, sin duda, los epílogos de cada viaje. Y las mañanas en las que se entregan los artículos, más. Llega uno con el sueño colgado de los párpados, esperando la próxima oportunidad, con la barba crecida y tal dosis de café entre pecho y espalda, que, a no ser porque uno sabe bien cómo escribe, se creería después de estas noches casi un Balzac.

Un compañero nos pregunta cuando entramos:

—Pero, ¿de dónde vienes con esa cara?

Aunque ya lo saben, y por propia experiencia, es costumbre responder algo así:

—De hacer Granada.

Y por el tono fatigado de la respuesta, cualquiera ajeno al asunto, pensaría que uno la acaba de fabricar con sus propias manos.

Estas y otras fatigas, a cambio de la cultura que se adquiere viajando—siempre recordaré que, al cabo de varios años de viajes en Metro de mi casa a la Universidad, me dieron un título de licenciado en Derecho—, pasan los «enviados especiales» para contar toda España a todos los españoles en los números de EL ESPAÑOL. Y las seguirán, mejor dicho, y las seguiremos pasando, que aun quedan muchos pueblos, y muchas zonas, y muchas tierras españolas esperando nuestra visita.

A ellos iremos, a prestar nuestros ojos a los lectores, para que «vean» sobre el terreno cómo se remozan y progresan, cómo cambian y cómo permanecen nuestros pueblos y nuestras costumbres.

Los próximos itinerarios, además, son tentadores: las ferias que empiezan estos meses en toda España, de San Fermín al Pilar, el Certamen Nacional de Habaneras en Torre Vieja, los festivales de Granada, las fiestas de muchos pueblos... Claro que sí. Claro que haremos las maletas y saldremos, aunque haya que pasar más noches en claro, con alegría y entusiasmo, porque la verdad es que nos gusta mucho nuestro oficio. Y esa coraza, que brilla y pesa, formada por los dos trazos del paréntesis que encierra nuestra pequeña grandeza y nuestra gran servidumbre de «enviados especiales».

Diego JALON

paréntesis con el que suelen encerrar esta indicación colocada bajo nuestra firma, a mí me resulta un símbolo de interpretación clara. De entrada es altamente satisfactorio; resulta una especie de distintivo, de declaración de mayor edad. Es como si al despachar juntos el director y el redactor-jefe—y así debió ocurrir en mi caso, que es del que puedo hablar con más conocimiento—, acordaran un día:

—Que vaya a Sevilla Diego Jalón. Ya es mayorcito y puede salir y andar solo.

Y uno hizo su primera salida. Y tras ella, las demás: a Navarra, a La Coruña, a Avila, a Córdoba, a Granada...

Después, el tal paréntesis resulta menos agradable. Porque después, al cabo del viaje, hay que escribir. Y el escribir es la única condición molesta de nuestro oficio. ¡Dios mío, qué hermoso sería el periodismo si, al final de cada acontecimiento, de cada entrevista, de cada viaje, no hubiera que escribir!

La tarea del «enviado especial» tiene usia. Y si lo dudas, amigo, haz la prueba. Recorre en una semana una provincia, aun la más chica, y luego siéntate ante unos folios, escribe dos o tres reportajes, cada uno de cuatro o cinco páginas.

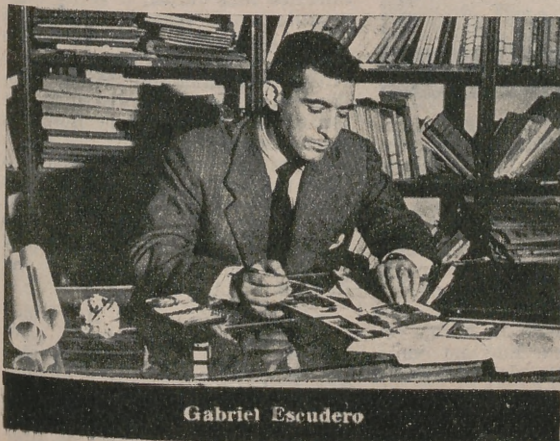
Escríbete, amigo, una provincia. Pero no de cualquiera manera. Nada de trabajar a lo que salga, que aquí no se admiten estas cosas. Atente a las instrucciones del redactor-jefe. Imagina que acabas de regresar de un viaje de éstos y entras a su despacho a presentarte. Te recibirá, poco más o menos, con estas palabras:

—¡Ya está aquí nuestro hombre! ¿Qué tal el viaje? Bien, ¿no? Bueno, necesito mañana a las diez de la mañana, el primer artículo. Ya sabes... Algo muy vivo, con mucha estampa, muy humano, mucha anécdota, muchos nombres... Y, claro está, sin olvidar la pintura del paisaje, ni los problemas económicos, ni la ganadería, ni la industria, ni la historia, ni los nuevos regados, ni las viejas leyendas... ¡Ah! Y la estadística, y las costumbres y...

Y uno resume:

—Entonces, como siempre, todo.

Y él, compadecido y tolerante, reduce la petición:



Gabriel Escudero



Juan Ramírez de Lucas

Unos aceptaron de grado; otros, excesivamente cautos, apelaron a la ironía.

Esta crónica, no menuda, de un sector humano tiene que ser amplia, porque el tema lo exige. Pero amplia en el sentido humano cuyas dimensiones no tienen fácil límite.

Cuestión fundamental, de honda repercusión en las personas tratadas, fué siempre el de la vivienda. Hablar de vivienda ha sido provocar inquietud esperanzada. El tema no fué tocado con paños calientes, no. En su realidad. Desnudo de fantasías, desde su complicada trama que parte de la materia para terminar en los alquileres, hasta las bellas y espléndidas realidades de los barrios residenciales, hoy albergue de poblaciones equivalentes a ciudades.

No fué ajena a nuestra atención la sanidad, la vigorización física del ser humano. Ni Congreso ni avance científico o técnico quedó fuera de esta sección. Está muy despierta la conciencia

de la gente hacia este costado, de carácter social, de la humanidad. Aunque cada individuo se mira a sí mismo primeramente, todos coinciden en segunda instancia en conceder a las enfermedades una trascendencia social.

Claro es que este tema de lo humano es difícil de perfilar en unas líneas. Se da en la realidad entroncado con los demás factores que intervienen en su conservación y mejoramiento. Es decir, ¿puede desvincularse el hombre de su propia obra o de los elementos económicos de su ambiente?

La respuesta a esta pregunta, a mí al menos, después de lo que me ha tocado correr, se me antoja bastante complicada.

Además acaba de atrancarse la máquina. Y entre trozo y trozo tengo la costumbre de tararear alguna cancioncilla francesa o algún himno italiano. Lo que revela, entre otras cosas, que no me entristece el trabajo.

COSTA TORRO

RECORRA EL MUNDO POR 2,50 PTAS.

ANTES de nada, permítame el lector que me presente: Soy M. Blanco Tobío, uno de los «internacionalistas» de EL ESPAÑOL. La «M» que va al frente de mis apellidos, es la de Manuel. Seguramente, el lector de nuestro semanario, si es paciente y gusta de enterarse de lo que pasa por el mundo, me conoce. Yo soy, en efecto, el encargado de darle todas las malas noticias que circulan por ahí en torno a la paz, y de desentrañarlas; es decir, de sacarles las tripas. Soy el que sigo las ideas y venidas de los diplomáticos; el que mete las narices en las conferencias internacionales; el que lleva al lector de la mano para introducirle, suavemente unas veces, y de cabeza otras, en los llos grandes y pequeños que van modelando el hocico perfil de nuestro tiempo.

Muchos de mis trabajos y crónicas han sido elaborados en la apacible calma de mi despacho, rodeado de libros, de documentos y de fichas. Otros muchos han sido elaborados vertiginosamente, sobre el velador de un café o dentro de una cabina telefónica. Finalmente, ha habido unos pocos que tuve que redactar en cama, con 38 grados de fiebre, debajo de las mantas y con un tubo de cañaspirina sobre la mesilla de noche. Y es que EL ESPAÑOL, querido lector, no se detiene nunca, como la piedra de un molino. Y tiene la voracidad del fogón de una locomotora, al que hay que alimentar con papel mecanografiado, y no—por desgracia—con carbón o con tarugos.

Yo fui un periodista bastante sedentario hasta que este semanario hizo su segunda salida. En cuanto se echó a la calle, yo también me eché, o, para ser más exacto, fui echado a ella. Me vi inmeditamente envuelto en un llo



Manuel Blanco Tobío

de pasaportes, de Aduanas, de divisas y de viajes. Fué así como un día en un avión de la B. E. A. me dejé en Tempelhof (Berlín), a las once de la noche, donde debía esperarme una tal señorita Müller, que no apareció en el aeropuerto, pero sí en la habitación de mi hotel con una cogorza de las buenas, para decirme que «un grave contratiempo» la había retenido en su casa. Fué así como un tarde, en una plaza solitaria de Hannóver, dos perrazos de presa me tuvieron un cuarto de hora inmóvil, mientras me olisqueaban desde los zapatos hasta el cuello de la camisa, gruñendo

salvajemente cada vez que yo pestajeaba.

Y no todo han de ser calamidades, caramba. Porque también fué así como otro día me hallé sentado en Casa Machado, en el Barrio Alto de Lisboa, oyendo cantar fados y bebiendo aguardiente de Oporto. O como, en cierta ocasión, me pude bañar, a la luz de la luna, en el lago Constanza.

Si; todo esto, por culpa de EL ESPAÑOL. ¿Por culpa de EL ESPAÑOL?, pensaré el lector, imaginando la buena vida que me he dado. Pues, sí; por su culpa. Porque el andar por esos mundos de Dios en calidad de enviado especial es terriblemente agotador. Una mañana, en Berlín, me disponía a descansar de un viaje de muchos cientos de kilómetros, cuando me despertaron con un telegrama de Madrid: «Envía inmediatamente crónica sobre caída Beria.»

«Están locos—pensé—. ¿Quién les habrá dicho que ha caído Beria?» Pues, sí; había caído Beria. Pero yo, cuando, medio dormido, había leído la Prensa alemana de la mañana no me había enterado de nada. Claro: en alemán, Beria se escribe Berija, y este nombre no me decía nada, aunque lo había visto escrito en grandes caracteres.

Tuve que vestirme velozmente y enterarme de lo que había pasado. Total: doce folios y media docena de cervezas, que, en vez de despertarme, me sumieron en el dulce sopor de una siesta teutónica.

De aquel viaje mío por Alemania traje una primicia para la Prensa española: las primeras declaraciones que el canciller Aehrenstorfer hizo a un periodista extranjero, después de ganar aquellas decisivas elecciones de 1933.

Y hablando de primicias, también recuerdo que de Portugal me traje varos datos absolutamente inéditos sobre la vida del doctor Oliveira Salazar, y que ni siquiera sabía Christine Garnier, la periodista francesa que escribió el famoso libro «Vacaciones con Salazar». Estos datos inéditos e importantes me los reveló un periodista portugués en el Círculo Eça de Queiroz, en Lisboa, que conoce como nadie la ejemplar vida del presidente del Consejo de Ministros de Portugal.

Como es natural, he conocido, durante mis viajes, a gente interesante unas veces, y pintoresca otras. Entre las primeras, puedo citar a François Poncet, al que Hitler admiraba mucho; a Theodor Blank, ahora ministro de Defensa del Gobierno de Bonn; a Carlo Schmidt, etc.

Entre las segundas, recuerdo a una muchacha canadiense que conocí en el express Paris-Hendaya y que no creía en modo alguno que yo fuese español porque—detalle importante—, no llevaba bigote.

—Si, amable lector: He tenido que hacer muchas cosas para servirte todas las semanas algo que pudiera interesarte. Muchas cosas: Desde tener que mezclar la cerveza con el «schnapp», que es un aguardiente capaz de tirar de espaldas a un irlandés, hasta comer pepinos con leche agria.



Epifanio Tienno



Francisco Sáez

pasando por la lectura, mucho más indigesta, del «Neue Zürcher Zeitung», y la ducha helada, a las cinco de la mañana, para estar en condiciones de escribir algo coherente, con tiempo para meter en las calderas de EL ESPAÑOL, que sigue todos todos mis pasos, desde su cuartel general de Monte Esquinza, 2, para pedirme a cualquier hora del día o de la noche una crónica lo mismo sobre las intenciones secretas de Krutchev que sobre cualquier movimiento imprevisto de la VII Flota U. S. A.

EL ESPAÑOL me ha obligado a hablar en idiomas que conozco y en otros que no conozco; a interrogar embajadores, que es como interrogar a una pared, pues su oficio es no decir nunca nada; a visitar fábricas, a cenar sin apetito, a ayunar teniendo un hambre viva, a volar a 6.000 metros de altura, con el corazón en la garganta; incluso, a echarme cuerpo a tierra.

En lo único que no he hablado ha sido en árabe. Sin embargo, el mundo árabe ha sido una de las constantes del periódico. Hemos tenido enviados y corresponsales en Egipto y Argelia y todo el Oriente Medio. No hay que decir que Marruecos español ha estado siempre bajo el punto de mira de nuestras plumas.

Y todo para que el sábado, tú, lector comodón y exigente, leas EL ESPAÑOL en la cocina, y el domingo en cama, entre sorbo de café y tostada con mantequilla.

Sin embargo, yo prefiero la trepidación y el andar como un orate corriendo de un lado para otro, a los placeres burgueses del artículo meditado en un sillón de orejas y escrito o dictado con calma, sin aperturas. Supongo que a esto debe llamarse «vocación de reportero» y yo no hay duda que la tengo.

Por eso ruego a Dios que EL ESPAÑOL tenga larga vida. Que como la tenga, yo seguiré andando por ahí como una rueda y tú,

lector amigo, acompañándome a todas partes por 2,50 a la semana. Por este precio realmente módico, acabarás enterándote un día de que por fin ha estallado la paz o de que a mí me ha partido un rayo. Juntos le iremos tomando el pulso a la actualidad internacional; juntos acudiremos a los entierros de los héroes soviéticos convertidos en víboras lúbricas de la noche a la mañana; juntos trataremos de que gentes muy importantes nos digan lo que verdaderamente piensan de éste o aquél problema; juntos, en fin, meteremos las narices en todas partes y asistiremos al comienzo y a la terminación de guerras y conflictos de todo orden, con ánimo para contarlo y con más ánimo todavía para decir sin convicción que a ver si se arregla el mundo de una dichosa vez.

En lo que al futuro inmediato se refiere, te invito, carísimo lec-

tor, a que vayas haciendo las maletas y arreglando el pasaporte. El fogón de EL ESPAÑOL necesita combustible y de Monte Esquinza, 2, ha partido la orden de que me de una vuelta, este verano, por Italia, Austria y Alemania; o sea, por la Europa relativamente liberada al cabo de diez años de liberación.

Una bicoca, vamos. Mientras tú te tuestas la piel en cualquier playa del Norte, sentado en una silla de tijeras, con EL ESPAÑOL, abierto, cara al mar, yo correré tras los expresos europeos, me quedaré sordo en los aviones, escribiré como un condenado, y cuando al fin regrese, con seis kilos de menas y unas ojeras espantosas, los amigos dirán: «¡Qué buena vida te das, granuja!».

Y el director de EL ESPAÑOL: —¿Qué diablos estás haciendo? ¡Original, necesitamos original!
M. BLANCO TOBIO

LOS HILOS INVISIBLES

ESTANDO Napoleón fuera de Francia, un correo le llevó la noticia de que dos de sus ministros, enemigos implacables entre sí, pero que mantenía por ello, equilibradamente, en su Gobierno, se habían presentado juntos, amigablemente cogidos del brazo, en una recepción de París. Napoleón no lo pensó más: a uña de caballo, dejando atrás unas tierras sacudidas por los disparos de una batalla indecisa, regresó a las Tullerías para enfrentarse con la nueva situación. Para el Emperador de los franceses, la amistad de Talleyrand y Fouché, «el vicio apoyado en el crimen», no tenía otra explicación que una coalición contra su persona.

Algo así se ha intentado explicar y hacer llegar a los lectores de nuestro semanario. Número tras número, al compás de lo que pudiéramos llamar la biografía oficial y mundana de la po-

lítica internacional, hemos presentado personajes, organizaciones y sucesos que explican, por sus propios hilos invisibles, situaciones políticas que sin ellos serían indescifrables.

Bien reciente tenemos el caso de Yalta. Dábamos, en el número 330, un amplio extracto de los documentos y un resumen del proceso que dio lugar a su publicación. Pero, sin embargo, en el tiempo de su traducción, ninguna cosa me impresionó tanto como el momento inicial de la conferencia.

Esta, como todo el mundo sabe, comenzaba sus reuniones el día 4 de febrero de 1945. Pues bien; ese mismo día, en una conversación sostenida entre Roosevelt y Stalin, recogida por el intérprete Bohlen, el Presidente norteamericano decía a Stalin, que le escuchaba sonriente, que esperaba que este último brinda-

ALTA TEMPERATURA EN LA "GUERRA FRÍA"



Enrique Ruiz García

ra por la ejecución de 50.000 oficiales del Ejército alemán.

Ninguna anécdota, ningún texto, entre las centenares de páginas que componen los Documentos de Yalta, puede describir mejor que esas palabras cuáles eran, desgraciadamente para el mundo, los sentimientos y las ideas que iban a formar la paz inestable sobre la que hemos vivido hasta ahora.

Quiero decir con ello, que el estudio de las personalidades que componen los puntos claves del Universo, y de los hombres que les rodean, puedan anticipar, en la medida de las humanas predicciones, muchos acontecimientos posteriores.

Con ese destino, en el número 292, cuando Mendes-France era elegido presidente del Consejo de Ministros de Francia, analizábamos en una biografía su personalidad política. Con muchos meses de anticipación, teniendo en cuenta su origen en la sangre y su origen en la política y la masonería, adelantábamos la muerte de la Comunidad Europea de Defensa, y algo que, muy posteriormente, tendría realización práctica en su golpe de Estado en el partido radical. En julio de 1954, advertíamos que Mendes-France, «de una forma clara y concreta, pondría en evidencia la fórmula del Frente Popular». El día 4 de mayo de 1955, con su asalto efectivo a la Presidencia del partido radical, Mendes-France concretaba ya aquella posibilidad de una unión de las izquierdas francesas.

La caída de Malenkov, o, mejor dicho, la declaración de su «mea culpa», cogió a EL ESPAÑOL en la noche que se cerraba la entrega de original en los talleres.

Durante toda la noche, desde la oficina radiotelegráfica, me comunicaban cada hora las últimas noticias. Un día más de tiempo hubiera sido muy importante para formar una idea concreta del asunto; pero a las seis de la mañana, con el material reunido, las máquinas comenzaban a rodar en su laberinto de plomo. Sin embargo, la caída de Malenkov la habíamos anunciado en el número anterior. Un hecho la hacía probable: la ejecución de Abunkomov, que había sido, a su vez, ejecutor fiel de las consignas de

Malenkov en la depuración de Leningrado.

Hoy nos ha emplazado ante la profecía. Pueden tener la seguridad de que no voy a hacer ninguna. Sin embargo, no me gustaría cerrar esta breve relación personal entre el lector y el periodista sin referirme a dos o tres hechos concretos que influirán decisivamente sobre el porvenir.

Por lo pronto, uno de ellos, la no conseguida estabilización política de Rusia después de la muerte de Stalin, ha traído, como consecuencia, la instauración de una nueva diplomacia. Con Stalin, georgiano fértil en los recursos de la estepa, la diplomacia corría un poco a tumba abierta. No se sabía nunca lo que iba a ocurrir. Ahora, al revés, pero partiendo también del mismo realismo positivista, la necesidad ha hecho que florezca en Rusia la diplomacia de los armisticios.

Esta nueva situación es tan peligrosa y enigmática como la que movía la diplomacia de Molotov, quien, si bien aparente portavoz de Asuntos Exteriores, lo es ya sólo en una milésima parte. Su función ha terminado. La nueva diplomacia del armisticio o de la necesidad, pero revolucionaria, es la de Krutchev. Con ella se busca dar tiempo al tiempo para fortalecer el mundo inferior ruso.

Los otros capítulos del futuro están dictados por el gran fenómeno de Asia. De un Asia operante y activa. Frente a estos conflictos, Norteamérica ha terminado por representar, si así puede decirse, el destino de la raza blanca. Se dibuja ya, inevitablemente, un nuevo orden estratégico en Europa: Norteamérica, España y Alemania. España entrará en la Organización Atlántica, pero frente a la división de Europa, la decisión última se impondrá desde una triple vertiente: Washington, Bonn y Madrid.

Mientras tanto, como ya hemos hecho en el número 340, al levantar el misterio de la Prensa católica francesa, insistiremos en la presentación de los hombres claves, financieros o políticos, que forman la medula espinal de las «sextas columnas» del mundo. Los hombres que, oscuros y ocultos, parapetados en el anónimo, forman, en cada nación, los hombres de paja o los hombres de acero.

Enrique RUIZ GARCÍA

DOS años en la tarea de informar al gran público parece no ser mucho, y, sin embargo, lo es. Antaño, ello podía parecer poco, porque en la Prensa no abundaba la información. ¡No sucedían apenas cosas en el mundo! Eran los tiempos, ya pasados, de «mihl nóvum sub sole» salomónico. Hace medio siglo, por ejemplo, a falta de otras novedades, ¡cuánto plomo y cuánta tinta no se invertía en relatar pormenores de cualquier incidencia intrascendente! Ahora, no. Hemos llegado a los tiempos precipitados de la vida actual, en los que no faltan ya, ciertamente, cosas nuevas bajo el sol, y entre ellas no pocas de las que, incluso, como en la frase famosa, hacen hablar hasta las piedras.

En dos años, en efecto, ¡cuántas cosas, por ejemplo, no han pasado en esta nuestra esfera informativa de las andanzas bélicas y prebélicas en las que está metido el pobre mundo? Vivimos, no se olvide, días de «guerra fría», precursora de otra de alta temperatura. Pero aun en plena paz (!) no ha faltado la guerra campal, las agresiones, las revueltas y las agitaciones, mientras que, fatalista con respecto al Destino, la civilización camina por la vía de la fabricación de los más terribles y catastróficos armamentos.

Anotemos, dentro de 1953, crónicas sobre los proyectos rusos de agresión, según se sospecha contenidos en su «Polstrat», que implican no sólo la movilización del Ejército rojo, sino, sobre todo, de las masas comunistas del exterior; del detalle inédito de la «Operación Félix», dimanante de la «Instrucción 18» de Hitler para conquistar Gibraltar, una operación en la que deberían intervenir muy valiosas fuerzas terrestres y aéreas; de las actividades de la Kominform en África para agitar este Continente, de las que los actuales sucesos demuestran la evidencia de nuestras sospechas, y, en fin, un comentario también sobre el desarrollo de diversas maniobras militares en aguas atlánticas de Europa, en Alemania, Bélgica y los Balcanes, en las que los occidentales ensayaban métodos y armamentos.

En 1954 se informó minuciosamente a los lectores de cómo América preparaba la réplica a cualquier agresión aérea por parte de los rusos catalogando hasta dos millones de fichas de objetivos soviéticos; del potencial y el papel de la VI Flota americana en el Mediterráneo, uno de cuyos puertos españoles, Barcelona, ha sido visitado ya por más de 4.500 oficiales y 55.000 marineros de la Escuadra yanqui; del valor estratégico excepcional del pentágono ibérico y de los planes de defensa europea a la sazón de Speidel y de Juin; de la impor-

tancia singular de la situación de España para dominar el estrecho de Gibraltar—321.000.000 de toneladas anuales de tráfico; esto es, un cargamento equivalente al de 600.000 trenes—; del problema de la defensa de las Islas Británicas, porque el canal de la Mancha ha perdido ya su carácter de infranqueable; del viaje del Ministro español del Aire a los Estados Unidos, examinando el potencial aéreo americano y nuestras posibilidades nacionales; de los resultados de la política de construir sólo ametralladoras, y no también cacerolas, según la frase de Stalin, en Rusia, cuyo país está pavorosamente afectado por la falta de artículos de consumo; del plan del 18 de Julio español—ni apaciguamiento, ni componenda, ni tolerancia con el comunismo—como fórmula también salvadora del Occidente; de los orígenes del conflicto tunecino, volcán que acaba de entrar en erupción; del abandono de Egipto por los ingleses y la importancia del canal de Suez, tres veces más activo que el de Panamá; de la visita del general Muñoz Grandes a Norteamérica; del retorno al Ejército alemán y del historial de una nación de inveterada tradición militar; y, en fin, de la visión que tienen de España—de su geografía y de su historia—, ¡ay!, los Liceos franceses, incluido el de Madrid.

1955 nos brindó ocasión para una crónica sobre la importancia logística de la Península Ibérica y la eficacia de sus bases para la defensa occidental; otra información de las maniobras de la VI Flota en las costas catalanas, cuyo objetivo era el sostenimiento del aeródromo de Reus, y un amplio comentario sobre otras maniobras, en fin, de la misma Escuadra, a las que asistió el Caudillo español, en aguas del golfo de Valencia. Otras informaciones sobre temas militares, en el año en curso, han sido las reservadas a las experiencias atómicas y termonucleares de Nevada; a la llamada «Operación Hombre-Minuto», realizada en Inglaterra, como simulacro de defensa pasiva, y, en fin, al alcance del acuerdo hispanoamericano para modernizar nuestra Escuadra. Una solución de relatos actuales, pues, muy nutrida, y unos relatos, añadamos, suficientemente amplios para el gran público. Tal ha sido la labor, a este respecto, hasta la fecha. ¿Mañana?

Desgraciadamente, el horizonte internacional no parece haya de tornarse muy rosado. Rusia necesita la guerra. La provocará cuando la convenga. Ni antes, ni después. El mundo lo sabe y, naturalmente, se prepara, para no dejarse aniquilar. La carrera de los armamentos, por tanto, se intensificará. Estamos ciertos de que será menester informar al lector de las aplicaciones de la propulsión atómica a la Marina e incluso a la Aviación. Se ensayarán nuevas armas antiséreas, como el «Falcón», ya casi logrado por los americanos; proyectiles para la lucha aérea, con «cerebro propio», próximos a culminar su experimentación, también en los Estados Unidos, y proyectiles diabólicos, como el «Rascal»—yanqui



asimismo—, que pretende prolongar el radio de acción de los modernos bombarderos, que ya es de ¡10.000 kilómetros! Tras de aquella bomba «A», que destruía inicialmente 100 kilómetros cuadrados, y aquella otra «H» de Bikini, que afectaba a 3.000, vendrán otras termonucleares al campo de experimentación del Pacífico no más allá del próximo otoño. Avanzarán en su eficacia los armamentos terrestres atómicos y, por tanto, se intensificará la revolución orgánica del Ejército, ya iniciada en Inglaterra y en Norteamérica. Se incrementará notablemente la Aviación de los bandos rivales. Se gastará aún más en armamentos. Y la defensa occidental se acrecentará con nuevos y poderosos aliados. Alemania el primero. La nueva organización de su Ejército promete ser interesante.

La próxima reunión de los «gordos» en Suiza no será ciertamente la última. Pero la eficacia de la seguridad mundial no radica —es bien sabido— en semejantes conferencias. Esa seguridad sólo podrá garantizarla el mundo manteniendo a raya a Rusia. Es en Moscú, justamente, donde está escrito el porvenir de los acontecimientos. Es preciso hacerla reflexionar, porque el Kremlin sólo se impresiona ante la fuerza. Sobre todo ahora, que sufre un proceso crítico interior evidente. Los que sospechaban que la caída de Malenkov significaba el triunfo del Ejército sobre el partido, se equivocaron como dijimos. En Belgrado se ha visto ello claro; El presidente de la Unión Soviética, Bulganin, pese a su suprema jerarquía política y a su condición máxima de mariscal, no es más que un segundón de Krutchev, esto es, del secretario del partido. Molotov parece ser la propicia víctima inmediata. Pero la grave situación interna, por la crisis económica rusa, puede ofrecer algunas mutaciones súbitas y trágicas trascendentales.

Sin embargo, Moscú tiene montadas sus minas para hacerlas saltar cuando convenga. La agresión militar puede desencadenarla en Corea, en aguas del mar de la China o en el mundo indochino. Aquí se teme ya la invasión de Siam, agitado por más de 3.000 guerrilleros y revuelto por algunos demagogos; en Laos, la in-

filtración comunista se intensifica constantemente, y en Malaya, los ingleses tienen que hacer frente, con 30.000 soldados, 50.000 policías y 175.000 milicianos armados a todo un Ejército de guerrilleros rojos. Otro Ejército de espías parece invadirlo todo. En el mar de la China están amenazadas las islas de Chan Kai Chek, Formosa incluida. Pekín puede ser empujado por Moscú. Y la China roja no teme a las bombas. En Corea, nadie se engañe, hay sólo una tregua, que los rusos pueden violar.

Pero no sólo la hostilidad rusa puede traducirse en una agresión militar. Los objetivos claves de la Unión Soviética son el Próximo Oriente e Inglaterra, y contra ellos no cesará en el empeño. Es probable que los instigadores comunistas no se contenten con haber lanzado a la huelga, sin gana de ella, a los ferroviarios ingleses. Ni que Moscú procure perturbar sobre todo a Turquía, Grecia, Jordania e Israel. La sensación de un peligro semejante ha llevado a la colaboración a las dos primeras naciones citadas y a la petición posible de Israel de cooperar también en la defensa común del Occidente. En cuanto a las potencias continentales europeas, Moscú tiene también su programa: agitar siempre, alterar la tranquilidad interior, provocar la inestabilidad interna. Neutralizar, al menos. En cuanto a Francia—e Inglaterra también—, ¿cómo no!, trastornar su Imperio ultramarino cuanto pueda. Motivos para ello no han de faltarla.

Para realizarle, Moscú pondrá a contribución sus más seguros resortes políticos; a los partidos afines del lado de acá del «telón de acero» e incluso, ¿por qué no?, acudirá si es posible a las armas —a las armas de sus amigos, de momento, que ella respaldará, como sabe y gusta hacer— para que la «guerra fría» tenga sus alternativas de guerra sangrienta. Para ello, el armamento de sus «satélites» y afines será incrementado tanto como el propio. Tales son las perspectivas, nada ilusioneras, desde luego, del futuro que, desgraciadamente, han de ocupar no pocas veces la atención del semanario. Porque la actualidad, a estos efectos, la impone siempre Rusia.

HISPANUS

GUIA DE PERSONAJES

EXAGERADA sería una «Guía de Personajes» de 1954. Mucho, aunque justificada. Valga un solo «No-Do», breve, de pince-lada.

Ir de personaje en personaje es recorrer mundos, viajar mucho. Pero viajar por regiones etéreas de ideas y apetencias. ¡Qué libro más variado! ¡Cuántas páginas y qué distintas!

Cada uno se mueve en un ámbito, en un sistema propio. Dentro de un coto de recuerdos y modo de ver la vida. Con vocabulario especial. Esclavo de su «yo» en el buen sentido de la palabra, en el sentido de ser fiel al sistema por él creado.

Y sale poco de su órbita. Si penetra uno en su ambiente, todo depende de cómo haya uno calado, incrustándose, en la maraña de sus afares y ocupaciones. Ellos siguen, casi inflexibles, su camino.

—Punto y aparte.

Inmóvil, casi de sal, como la estatua de la mujer de Lot, quedé al oírlo. Temí en esta entrevista ser víctima de una alucinación. No fué así. La instantánea de su postura me sacó de dudas.

Casi encogido de hombros, sostenía con la punta de los dedos, y con mucho cuidado una cuartilla, precisamente por los ángulos inferiores. Supervivencia de un hábito: recitaba o explicaba dictando. Un examinando. O un catedrático de método preciso. Era lo último.

Nuestros lectores los conocen a través de nuestras impresiones, aunque sus mensajes hayan mermeado en el trasiego. Podemos, eso sí, sostener, como testigos de excepción, que son hábiles conversadores. Ante ellos cabe, es posible, perder conciencia de la misión informativa, por ser arrastrado dentro del sistema del personaje. Ahí está el peligro. En cambio, el éxito está en la síntesis del sistema en el momento y sus circunstancias. Hace falta una sola cosa: no dejarse dominar.

García Sanchiz, por charlista, aunque no se lo propusiese me recibí charlando. Charlando y haciendo elipses en el aire con la mano. Así, de esta manera, fuimos por los pasillos de su casa, continuamos en el salón de trabajo, volvimos por el pasillo y se hizo muy difícil la despedida. Total: tres horas. Me llevó de palabra por toda España, por América, Asia, por el mundo entero, que ha visto y pisado. La seguí de espectador.

—Ahora va usted a probar mermelada de rosas.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Sí; de rosas.

Me mira fijamente, como un hipnotizador; pulsa un timbre y, por fin, aparece la mermelada. Levanta, rígido, el dedo índice.

—Con esto hacen los honores en Bulgaria. Una cucharadita de mermelada de rosas y un vaso de agua. Este frasco es, ¡un recuerdo!

Y en verdad que García Sanchiz vive como piensa: haciendo una síntesis del mundo que está



Jiménez Sutil

a su alcance. Su casa es un museo. Y su mesa: el vino, de Rioja; el pan, de la Mancha; el queso, de un pueblo de Zamora; las granadas, del «Huerto del Cura», de Elche... Y así lo demás. Vive su vida.

¿No tienen «violín de Ingres»? Sí. Hacen excursiones extraterritoriales de su personalidad. El doctor Barraquer por ejemplo, la equitación. Y la filosofía, como descanso, como sedante. Con esta cortina tapa su cotidiano afán: bistori e investigación.

Aquellos otros que son autores de una obra, literaria o de otra índole, se hacen niños, siervos de su propia obra. Se dejan llevar por ella.

El conde de Marsal con su Patronato de San Pablo para Presos y Penados; el señor Ensesa, pro-

pietario de S'Agaró; Camon Aznar con su revolucionaria e hispánica «Las Artes en los pueblos de la historia primitiva»; el doctor Vallejo Nágera, con los problemas psiquiátricos; Menéndez Pidal, con sus investigaciones medievales; don Esteban Bilbao y las Cortes; Pérez de Ayala, con su disciplina clásica; Lisardo Sánchez, el ganadero extremeño, a quien preocupa la bellota para su ganado; Martín Ruedas, el obrero campeón nacional de soldadura autógena... Todos, todos los que por aquí han desfilado.

—Lea. Lea usted.

No podía leer. Era muy difícil leer. Letras escritas casi en distintos planos, palabras que trataban de reconstruir vocablos mal oídos y, por fin, signos poco parecidos a los del alfabeto. Esto constituía la carta que me presentaba el conde de Marsal.

—Es de la madre de un preso. El conde Marsal la había leído. Se la sabía. Conocía, parecía que palpaba, las angustias de aquella mujer. Todo esto me lo iba revelando la expresión de su cara.

Y al mismo tiempo pensé: he venido a este Patronato en su coche; me recibió en su despacho de dirección de la Empresa Nacional Elcano; dice que mañana tal vez saldrá para Tánger. En todo su contorno no veo más que un gran señorío. Y, sin embargo, qué cerca está, se pone, de ese otro mundo de angustia y dolor. Es que está en su propia obra.

Luego amplió:

—¿Cuál es su máxima aspiración—le dije.

—Hacer el bien. Es lo que merece la pena.

Tantos y tan diversos sistemas, con su hombre central, es lo que hemos procurado trasladar a las columnas. Si hubo ecuación entre el hombre y el sistema mejor. Si, por propia energía, el sistema escapó de las riendas del hombre, doble acción: el homenaje al hombre y esquematización de lo que empezó siendo su obra.

Ningún personaje, por actual, nos ha sido ajeno. Intelectual o de empresa. Hemos sido EL ESPAÑOL de los españoles con personalidad.

JIMENEZ SUTIL

NOVELAS Y NOVELERIAS

PUEDE asegurarse que una de las secciones más leídas de EL ESPAÑOL es esa que publica una novelita corta cada semana. Porque estoy seguro de que esta pequeña narración será para muchas señoras una especie de serial radiofónico.

—¿A ver qué novela trae hoy EL ESPAÑOL?—le dirán al marido que llega con el semanario bajo el brazo.

Las latas eran para mí, que siempre rodeado de los del oficio he tenido que oír de todo. Puede decirse que en torno a esta sección de EL ESPAÑOL se han acentuado y enconado las diferencias entre viejos y nuevos. Porque no ha habido número en que yo no haya tenido que

aguantar el pelma de turno, que me decía:

—Oye, a ver si no publicáis más rollos.

Si mi interlocutor era un autor con su reuma, sus canas y su correspondiente mala sangre, protestaba en nombre de lo más santo de que EL ESPAÑOL no estaba hecho para los muchachuelos imberbes, autorcitos a los que no conocía ni su padre, cuyas obras eran el colmo de la insensatez y de la frescura. No digamos nada si la firma era la de alguna novata.

—Y ésa, a remendar calcetines—concluía.

Pero si el interlocutor era de las últimas promociones la cosa variaba. Este incipiente «Nóbel»



Castillo Puche

apostaba y apostrofaba diciendo que aunque EL ESPAÑOL fuera el semanario de los españoles para todos los españoles no debían de ningún modo tener cabida en él los tíos ya pasados de rosca, todos esos autores antiguos y carcamales que no tienen nada que decir.

—Hombre, es que nosotros debemos publicar de todo—decía yo.

—Pero petardos, no—decía el novelista maduro.

Y si estaba templado añadía que él no veía en todas aquellas noveluchas de los jóvenes más que traducciones malas de un tremendo daño que estaba haciendo mucho daño.

—Está bien que publiquéis de todo; pero ése, ése y ése—y citaba nombres el novelista joven como una metralla—son seres desplazados y muertos. Ni existen.

Sin embargo, EL ESPAÑOL seguía, seguía sacando firmas nuevas y firmas viejas, novelas buenas, novelas malas y novelas regulares, que se puede decir que eran la mayoría.

Basta repasar la colección para comprobar el tremendo potpourri: Tomás Borrás, Tomás Salvador, Carmen Conde, Manuel Iribarren, Santiago Loren, Eugenia Serrano, Miguel Ángel Castiella, Aguirre de Cárcer, Concha Espina (+), Noel Clarasó, García Pavón, García Sancho, Ledesma Miranda, Luis Romero, Aldecoa, Eusebio García Luengo, Alfonso Sastre, Elena Soriano, Federico Díaz Falcón, J. V. Trouillet, Concha Castroviejo, Juan Antonio de la Iglesia, Luis Antonio de Vega, Castresana, García, Mercedes Ballesteros, Mariano Tudela, Pilar Narviñón, Concha Fernández Luna, Marino Gómez Santos, Carmen Marin

Gaite, José Luis Sampedro, Eduardo Aunós, Pedro de Lorenzo, Ana María Matute, Marcial Suárez, Pedro Alvarez Delibes, Goltisolo Severiano Fernández Nicolás, Dolores Medio, Josefina Rodríguez, José María del Quinto, Ramón Solís, Alemán Sáinz, Campmany, Angeles Villarta, Derqui, Leopoldo Rodríguez, Alcaide, Darío Vecino, Alfonso Albalá, Núñez Alonso, Rafael Morales, Vicente Risco, etc., etc.

La lista no es que sea agotadora, pero hay en ella novelistas para dar y vender. Valor representativo sí que tiene. Y seguro que el que haya defraudado al catedrático habrá gustado a la portera, y viceversa.

Las novelas suelen llegar a EL ESPAÑOL un poco aperchones. Hay temporadas en que no llega ninguna y luego llegan sesenta de golpe. Es como si un novelista se hubiera propuesto cumplir y todos los demás, por santa emulación, quisieran quitarle la oportunidad de lucirse.

Al principio funcionaba un fichero en el que cada autor y su novela tenían la correspondiente ficha, donde constaba el contenido y valor de la obra presentada. Pero este fichero estaba casi a la vista y a la mano de cualquiera visitante de la Redacción. Y hubo sus peloterías porque más de una vez el genialísimo autor, que había descubierto el fichero, se encontraba con un juicio brevisimo y decisivo: «Esta novela es una birria; no tiene pies ni cabeza.» Poco a poco hubo que ir escondiendo el fichero, donde esperan su día cientos de novelas.

La gente de novela es paciente y constante. Si no aprovecha una envían otra. Y añaden: «Como no he visto que haya aparecido la anterior...»

J. L. CASTILLO PUCHE

PREGUNTAR NO ES TAN FACIL

EL novelista, el dramaturgo el pintor, el hombre de ciencia, el filósofo nos han dado el relato vivo de sus experiencias, de sus investigaciones, de sus noches en vela, de sus charlas de café, de sus éxitos o de sus fracasos.

Baroja, Azorín, don Jacinto han compuesto un buen trío de ases en el semanario. De Azorín recordamos su manía de tirarse cuidadosamente de sus puños blancos cuando veía funcionar al fotógrafo. A don Jacinto le gustaba salir con el puro en la boca, «y, si es posible —dijo una vez—, echando humo».

Los escritores tienen a gala decir que no ganan dinero. Don Nicolás González Ruiz respondía en cierta ocasión:

—Muy poco, hijo, muy poco. Entre unas cosas y otras, unas diez mil pesetas al mes.

Y Casariego, cuando publicó su obra «Con la vida hacen fuego», respondía a la misma pregunta:

—La literatura no da ni para un entierro de segunda.



Ernesto Salcedo

—¿Cuánto paga usted por este piso?

—Setecientas pesetas.

Paradojas propias del hombre de letras.

Las escritoras han acaparado el 70 por 100 de las entrevistas destinadas a autores de libros. Pero de esto no es nuestra la culpa, sino de los editores o de ellas mismas que han trajinado más y mejor que los hombres. Entrevistar a una mujer no es cosa muy fácil. Sobre todo si hay fotógrafo a la vista. Todas dicen que salen hechas unos «defesios», como nos dijeron doña Julia Maura cuando aquello del plagio, o Carmen Conde, Dolores Medio, Camen de Icaza, Angeles Villarta, Luisa Forrellad, Carmen Martín Gaité o Ana María Matute. En esto de su réplica al fotógrafo no son originales.

Pedro de Lorenzo nos anuncia su retirada de la novela para dedicarse sólo al periodismo cuando tenga cuarenta años.

—Entonces escribiré mi último libro. Se llamará «Propósitos».

Yo no sé si ahora el escritor perdonará mi indiscreción, pero en un estante pequeñito, casi tapado por la radio, con fono de cuero, vi un libro que llevaba el mismo título, «Propósitos», y debajo las iniciales de Pedro de Lorenzo. Dentro estaba ya escrita la primera parte. Era un diario, sin fechas, con los guiones de las conferencias pronunciadas por el novelista.

Bartolomé Mostaza ha publicado su último libro de poesías: «La vida en vil». Es un librito pequeño que hay que leerlo con un gran diccionario en la mano, porque hay muchas palabras raras que ni en el diccionario se encuentran. Mostaza responde muy serio:

—No, no las encontrarán. Al Diccionario de la Real Academia le faltan muchas palabras.

Y los académicos sin enterarse. Tampoco se enteraron en la Academia de aquellas declaraciones de su presidente, Menéndez Pidal:

—Sí, desde luego yo soy partidario de que la mujer entre en la Academia. La que se lo merezca, claro.

Antes que «Marcelino Pan y Vino», se hubiese convertido en celuloide, y mucho antes que Pablito Calvo fuese a las playas de Cannes, Sánchez-Silva había explicado a los lectores de EL ESPAÑOL la génesis y el proceso de su famoso cuento, y hasta dijo que se pensaba hacer de él una película.

Ya en los primeros números, el jesuita padre Angel Ayala, forjador de generaciones, enjuiciaba los últimos cincuenta años de nuestro catolicismo: «España es sin duda en este momento el país más católico del mundo». Y al padre Ayala seguirían los sucesores de su obra: Martín Sánchez Juliá y don Francisco Guijarro, hoy presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

La voz y la obra y hasta la misma vida de los obispos españoles ha llegado a todos los lectores a través de nuestras páginas.

Tampoco el pensamiento filosófico actual o las corrientes filosóficas de nuestro tiempo han pasado por alto. Hacer una entrevista a un filósofo es algo muy serio o, al menos, muy complicado. Es exponerse a aguantar un chaparrón de ideas originales o profundas, que al filósofo le absorben, y que a uno, a lo mejor, le traen sin cuidado.

Recuerdo con qué interés durante dos horas me explicó don Luis Zaragüeta una lección de Psicología aplicada, o González Alvarez, la distinción entre esencia y existencia, o Muñoz Alonso, los elementos «fundantes» de la persona humana.

Benjamín Palencia Ortega Muñoz, Gregorio Prieto, Pancho Cosío han hablado de la pintura y de sus pinturas. Cuando a Gregorio Prieto le preguntábamos si había hecho dinero con sus molinos de La Mancha, con sus libros, con su arte, puntualizó:

—Sí, yo soy un millonario abstracto.

El cine y el teatro lo hemos visto por dentro, entre bastidores, como intentando verle las tripas al escenario. Consagrados y novelles en la noche del estreno entre los aplausos o el «revientito» de gallinero, han tenido unos momentos para nosotros. Yo sé mucho de los nervios de las primeras actrices en una noche de estreno.

Hombres, mujeres, palabras. Un trío de valores que destacan los secretos internos.

Ernesto SALCEDO

**SUSCRIBASE A
"POESIA ESPAÑOLA"**

EL ESPAÑOL.—Pag. 14

CAMBIA LA MUJER, CAMBIA ESPAÑA



Blanca Espinar

UNA persona, singular y múltiple, se ha ido transformando, se ha ido cambiando, hasta el punto de poder hacer completamente suya la frase simple de «Cambia la mujer, cambia España». La incorporación total de la mujer a la vida española se ha visto reflejada a lo largo y a lo ancho de las líneas impresas. De Norte a Sur y de Este a Oeste, la mujer española trabaja, enseña, dispone la vida con personalidad cambiada.

Así pudo saber cómo la mujer española cambiaba al ritmo moderno de la Nación: Mujeres de Avila tomando el aperitivo en «Pepillo», mujeres de Granada manejando un tractor, mujeres de Córdoba, de Málaga, de León, de Asturias, de Vizcaya.

Nosotros hemos destacado cómo las mujeres de nuestros días trabajan, estudian y alcanzan el triunfo de una cátedra como María de los Angeles Galino. Hemos visto cómo el servicio doméstico iba evolucionando al estilo de las más modernas naciones.

Y así por todas las regiones. Mujeres de los caseríos vascos, mujeres industriales de la Montaña, donde en cada fábrica hay mayoría de brazos femeninos. La hemos contemplado en todas partes: en el laboratorio, en la oficina, en el bufete, en la gran fábrica o en el pequeño taller. Y dentro de poco podremos leer cómo las mujeres de Villanueva de la Fuente, un pueblecito manchego, han ayudado como peones voluntarios a reconstruir la iglesia parroquial.

Y también la vida de esas mujeres maravillosas de los hábitos y de las tocas. En estos días hemos comenzado el peregrinaje por los conventos de clausura, y usted ha podido conocer asombrado cómo las monjitas se mantienen con sólo caldo «bautizado», «aguachirles», como dicen en mi tierra. En fin, lector, convengamos que la mujer española es una mujer de cualidades extraordinarias, y que nosotros hemos

procurado darla a conocer en su verdadera dimensión espiritual.

Cada provincia tiene su mujer singular. Estamos en Pamplona.

Allí pudimos enterarnos que las mujeres de Estella saben torear y que una de las que mejor lo hacían era Margarita Larrión, que ahora está en un convento. Su sustituta es Julia Ochoa, y ningún hombre la gana en gracia y arte para manejar un capote con salero.

Conversamos también con una mujer española que fué tremendamente bonita y emancipada, una mujer que huía de los protocolos: Eulalia de Borbón; vive su zncianidad en Irún y escribe sus Memorias, porque no sabe estar sin hacer nada. A sus noventa años se reía diciendo

—Yo fuí la primera mujer en España que montó en bicicleta, pero lo que mejor hacía era patinar. En París la gente iba a verme hacerlo como si fuese un acontecimiento.

Y hablaba no como Infanta, sino satisfecha de haber sido una muchacha española muy moderna.

Y al ver todos estos matices femeninos habrá dicho seguramente:

—¡El diablo son las mujeres!

Sí, son finas y tenaces en sus sentimientos y decididas cuando es menester. Tiene razón, lector. Su exclamación es adecuada. Pues es mucha mujer la mujer española.

Para conseguir la información, para buscar y encontrar antes que nadie la noticia femenina, aquí estamos también las mujeres periodistas.

He aquí la pregunta:

—¿Te atreverías a hacer esto?

¿Te atreves a ir a ese sitio...?

A mí el que duden de mi decisión me ataca los nervios. Así un día en que me preguntaron si me atrevería a ir a una leprosería contesté afirmativamente sin dudar un momento. Después, porque no digan que me echo para atrás, me da lo mismo caminar a pie, a caballo o en los más dispares vehículos, aunque sea un rudimentario carro. Lo que es menester es que no me pidan un día que vaya a hacer un reportaje sobre la profundidad del Tajo de Ronda, porque por amor propio o vanidad periodística quizá me acerque al abismo demasiado. Por todas estas cosas di lugar a que el ganadero don Samuel Flores me dijera, al verme llegar en un camión de yeso a su finca, distante cien kilómetros por un lado y setenta y cinco por otro de las estaciones de ferrocarril:

—Yo contaré a mis amigos que una loca vino a verme. Sí, se necesita estar loca para haber subido hasta aquí de la manera que usted lo ha hecho.

EL ESPAÑOL siempre pide más. Y cuando se traza una línea la sigue hasta el fin. Así, se propuso desdoblar la personalidad y cualidades de las mujeres españolas y no cejó hasta que hemos narrado todos los sutiles matices espirituales del gran tipo de la mujer de la raza. Claro que, todavía, seguiremos. Porque de las mujeres, las mujeres siempre pueden hablar.

Blanca ESPINAR



Alfonso Barra

DESDE LA FILA PRIMERA

UN día cualquiera el director ordenó a un redactor:

—Quiero un gran reportaje sobre el fútbol; pero ha de ser imparcial, bien documentado y que no ofenda a nadie...

El redactor de turno era Alfonso Barra, y se echó a temblar: lo difícil, al hablar de fútbol es dejar a un lado la pasión y dejar contentos lo mismo a los seguidores del Gijón que a los del Oviedo, a los del Madrid que a los del Atlético.

El fútbol ha saltado del césped jugoso de los estadios a la tipografía ordenada del semanario con trato justo, sin silenciar los vicios grandes o pequeños de este deporte. Y de igual manera que se han publicado elogiosas historias de los clubs campeones: Barcelona, Atlético de Bilbao y Real Madrid, se han seguido las actuaciones ejemplares de nuestros juveniles y se han apuntado los males del superprofesionalismo, de los fichajes fabulosos y de los modos y maneras que han colocado al fútbol español en situación de inferioridad frente al de los demás países.

Del rectángulo de los estadios al redondel de las plazas de toros Gregorio Corrochano decía no hace mucho que la fiesta es un espectáculo de minorías, que son pocos los que entienden y muchos los que gritan. Hoy es figura cualquiera que haga una monería en el ruedo. El semanario una y mil veces ha propugnado que se respeten las esencias de la fiesta porque así los toros serán pronto toros y espectáculo al mismo tiempo. Se ha llevado al lector.

El periodista ha sido espectador para los lectores de los acontecimientos de la escena teatral. En las páginas del semanario queda constancia de la atención

con que se sigue la actividad del Patronato de Información y Educación Popular para llevar a todos los hombres de España nuestro arte y nuestra cultura. Festivales de Santander, en la plaza porticada de Velarde; de Cartagena, en la plaza del Caudillo; de Santa Cruz de Tenerife, en el Parque Municipal; de Las Palmas, en la plaza de Santa Ana... «Ballet», representaciones teatrales, audiciones musicales y de polifonía, ópera para el pueblo español. Ahora, el Festival Internacional de Sevilla, al aire libre, en los escenarios incomparables de los jardines del Alcázar, en el patio de Carlos V, en el patio de la Montería, en el parque de María Luisa. Antes, Granada, Sagunto, Mérida... En los próximos meses: Segovia, Avila, Barcelona, Gerona, Pontevedra, Cádiz. Y Almería, Tarragona, Málaga, La Coruña...

Goyoaga, campeón mundial, Pratti se lleva el título de tiro al plato; Jesús Loroño, rey de la Montaña, empieza la Vuelta a Francia de doméstico, y el Abisque le da rango de monarca; Miguel Gallástegui renuncia a su título de campeón de pelota a mano sin enfrentarse con el asprante; todo ello es historia de una actualidad deportiva que apasionó a todos. Festivales de Cine de Sao Paulo, Mar del Plata, Cannes, Berlín, San Sebastián y Venecia se han ido dando cita en el semanario. La fiesta ostentosa del marqués de Cuevas en Biarritz, con un escenario flotante para representar a la luz del alba «El lago de los cisnes»; la Semana del Caballo, en Jerez; los festivales wagnerianos de Bayreuth, en el Liceo de Barcelona; las vueltas ciclistas son los sucesos menudos de cada día que compartieron con la Conferencia de Ginebra o la guerra de Indochina el interés, las esperanzas y los temores del lector. Sin olvidar ni un momento los goles pasado y futuros de Kubala y Di Stéfano.

Alfonso BARRA

SOLTERAS, CASADAS Y VIUDAS DE CINCO CONTINENTES

NOs preocupa lo humano. Y lo humano tiene dos géneros: masculino y femenino. Si lo masculino, lo humanamente masculino, estaba y está atendido por los cuatro costados, lo femenino no ha podido ni podrá faltar en nuestras páginas. Y así el tema de «la mujer», y concretamente de la mujer internacional, saltó desde el primer momento al primer plano de nuestras preocupaciones. O dicho sin plurales y señalando con el dedo, al primer plano de «mis» preocupaciones, ya que soy yo quien, por regla general, carga con este mochuelo.

Las instrucciones están siempre claras.

—Ya sabes, María-Jesús: lo que hacen, lo que no hacen, lo



María Jesús Echevarría

que dejan de hacer. Y sobre todo sácame muchos tipos, mucha anécdota...

De todos los dolores de cabeza y malestares que los reportajes de la mujer de todo el mundo ha podido producir por una u otra causa creo que siempre tendré un especial recuerdo para un par de reportajes cuyos temas fueron «Solteronas del mundo entero» y «Viudas de todo el mundo». Dos temas preciosos. Tenía orden terminante de hacerlos «divertidos». Acometió el tema «solteronas» con un optimismo digno de toda loa. Tiré de cajones de archivo, telefoneé, consulté y me desesperé durante cuarenta y ocho horas. Al final todo mi tesoro informativo consistía en un par de recortes de periódico, amable regalo de un compañero compasivo—[Dios le bendiga—y tres datos estadísticos sobre Estados Unidos. Era la mañana del fatal día de la entrega de original.

Aun me sobresalto al recordarlo. Fueron horas terribles como las que se pasan en el sillón del dentista. Y al final creo que debí de firmar mi ángel de la guarda, que debí de ser el que encontró la «mina informativa».

—María-Jesús, ¿y las viudas?

Un pacífico señor que estaba de visita se sobresaltó ante la extraña pregunta. Pero peor fué lo que siguió.

—Dejé parte de «ellas» en la carpeta de Soria.

(Los ojos del visitante se salían visiblemente de las órbitas).

—A ver si terminas con «ellas» de una vez—insistió Durán.

—No..., si ayer se quedaron «algunas» en la imprenta.

—Esta tarde quiero verlas «todas» encima de mi mesa ¿entendido?

Y cerró la puerta. Dije «sí, señor». El visitante me miró y se estiró la corbata. Y por fin se marchó al pasillo a despejarse.

María-Jesús ECHEVARRÍA

NUEVOS TRENES Y MEJORA DE HORARIOS EL DOMINGO 19 DE JUNIO

SE MODIFICAN LOS HORARIOS EN LAS LINEAS DE LEVANTE, SUR Y EXTREMADURA, con lo que se completa la modificación que tuvo lugar el 22 de mayo en las líneas del Norte. Los nuevos servicios más importantes son los siguientes:

DIRECTO CATALUNYA-LEVANTE-ANDALUCIA

EXPRESO Llegada	DIARIO Salida	EXPRESO Llegada	DIARIO Salida
19,30	10,40	18,30	9,40
19,45	20,15	18,45	15,15
14,30	15,30		

Barcel. T. ↑
 València
 Córdoba
 Sevilla

Este tren tiene enlace para Jaén, Málaga, Algeciras, Cádiz y Huelva y viceversa.

MADRID-VALENCIA (Por Albacete)

Rápido L. M. V.	TAP Ma. J. S.	Correo Exp. diario	Rápido Ma. J. S.	TAP Ma. J. S.	Correo Exp. diario
9,40	14,45	21,40	20,15	22,15	9,25
15,00	18,25	2,00	14,45	18,33	4,10
20,10	21,30	8,00	9,00	15,00	22,30

Madrid A. ↑
 Albacete
 Valencia

MADRID-VALENCIA (Por Cuenca)

Correo Diario	Automotor L. M. V. D.	Correo Diario	Automotor Ma. J. S.
8,00	15,30	20,45	21,40
13,05	18,38	8,45	15,25
19,30	22,00	9,00	16,00

Madrid A. ↑
 Cuenca
 Valencia

MADRID-ALICANTE

Rápido L. M. V.	TAP Ma. J. S.	Correo Exp. diario	Rápido Ma. J. S.	TAP Ma. J. S.	Correo Exp. diario
9,40	14,45	21,40	20,15	22,15	9,25
19,45	21,30	7,45	9,45	15,15	22,45

Madrid A. ↑
 Alicante

MADRID-CARTAGENA

Rápido L. M. V.	TAP Ma. J. S.	Correo Exp. diario	Rápido Ma. J. S.	TAP Ma. J. S.	Correo Exp. diario
9,40	14,45	21,40	20,15	22,15	10,00
19,30	21,30	7,45	9,45	15,00	22,45
21,15	22,30	9,45	8,00	14,00	20,25

Madrid A. ↑
 Murcia
 Cartagena

MADRID-SEVILLA-CADIZ-HUELVA

Rápido L. M. V.	TAP (1)	Expreso diario	Correo Exp. diario	Rápido Ma. J. S.	TAP (1)	Expreso diario	Correo Exp. diario
8,15	12,30	22,10	23,00	22,00	22,45	8,00	7,30
17,15	19,35	8,25	10,25	12,10	15,40	9,05	10,25
20,00	21,55	9,00	14,30	9,25	12,40	21,30	13,15
23,30	0,10	12,15	19,30	6,00	11,20	18,00	19,35
		0,05	11,57		11,30	18,30	

Madrid A. ↑
 Córdoba
 Sevilla
 Cádiz
 Huelva

(1) Los Ma. J. S., a Cádiz; L. M. V., a Huelva. Al regreso los días laborables siguientes.

MADRID-GRANADA-ALMERIA-MÁLAGA-ALGECIRAS

Rápido L. M. V.	TAP (1)	Expreso diario	Correo Exp. diario	Rápido Ma. J. S.	TAP (1)	Expreso diario	Correo Exp. diario
8,15	12,30	20,30	23,00	22,00	22,45	10,15	7,30
17,15	19,35	9,40	14,25	12,10	15,40	21,00	15,25
20,00	22,35	11,55 (2)	17,30	9,25	12,40	17,30 (3)	12,00
23,30	0,35	9,45	16,45	7,00	11,40	18,45	12,00
		12,30	21,30		16,45	18,45	8,05

Madrid A. ↑
 Granada
 Almería
 Málaga
 Algeciras

(1) Los Ma. J. S. va a Málaga, y L. M. V., a Granada y Almería. Al regreso, días siguientes laborables.
(2) La rama de Almería continúa saliendo de Madrid Ma. J. S., y de Almería L. M. V.

MADRID-BADAJOS

Rápido Ma. J. S.	Auto Tuf. L. M. V.	Tuf. Cor. Exp. diario	Rápido L. M. V.	Auto Tuf. Ma. J. S.	Tuf. Cor. Exp. diario
8,15	14,00	20,00	20,45	18,30	9,10
12,10 (1)	0,45		17,00 (1)	4,50	
20,00	22,25	9,15	8,40	9,30	20,15

Madrid D. ↑
 Badajoz

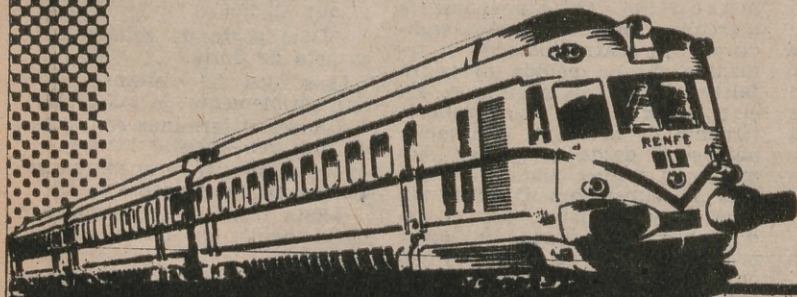
(1) Por Cáceres.

MADRID-CACERES-LISBOA

Auto Tuf. L. M. V.	Luziania Ma. J. S.	Cor. Exp. diario	Auto Tuf. L. M. V.	Luziania Ma. J. S.	Cor. Exp. diario
14,00	20,00	22,45	18,30	9,30	8,40
20,00	11,00 (1)	7,00 (1)	11,20	20,30 (1)	14,25 (1)
		15,00 (1)			

Madrid D. ↑
 Cáceres
 Lisboa

(1) Los horarios de Lisboa, hora portuguesa.



EN LAS OFICINAS DE
VIAJES DE LA R. E. N. F. E.
OBTENDRA USTED IN-
FORMACION COMPLETA



RED NACIONAL DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES



EL 26 del próximo pasado se ha presentado en Washington la llamada «Moción Bridges-Mansfield», que solicita el ingreso de España en la O. T. A. N. La propuesta —vale la pena de reproducirla— dice así:

Por cuanto a los Estados Unidos, Bélgica, Canadá, Dinamarca, República Federal de Alemania, Francia, Grecia, Islandia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega, Portugal, Turquía y el Reino Unido.

Por cuanto por el tratado de las partes se unieron en un acuerdo de defensa colectiva de la zona del Atlántico Norte, dentro del marco de la Carta de las Naciones Unidas y sobre la base del derecho de autodefensa colectiva o individual establecida por el artículo 51 de la Carta y

Por cuanto la participación de España, como miembro, fortalecería la posición estratégica de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y de los Estados Unidos,

Resuélvase por el Senado, concurriendo la Cámara de Representantes, que se sentir del Congreso de los Estados Unidos que el departamento de Estado adopte las medidas apropiadas y necesarias para que España sea invitada a convertirse en miembro y parte del Tratado del Atlántico Norte y miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte

La propuesta precedente parece haber tenido una singular acogida. El Senado americano ejerce, de siempre, una especial influencia en la política exterior de su país. Los catorce firmantes de la proposición, por otra parte, se reparten exactamente por igual en-

ESPAÑA EN LA N. A. T. O. UNA FORTALEZA ESTRATEGICA AL MARGEN DEL PACTO ATLANTICO

FOSTER DULLES: "ME AGRADA LA PROPUESTA PARA QUE ESPAÑA INGRESE EN LA O. T. A. N."



Arriba: Cuartel general de la O. T. A. N. en Francia. — Abajo: Aviadores de la N. A. T. O. en ejercicios tácticos de adiestramiento

tre los partidos republicano y demócrata. El propio presidente de la Comisión del Senado de Relaciones Extranjeras, en ocasión de ser presentada la propuesta anterior, comentó tajante: Me gustaría ver a España dentro si quiere entrar.

El subsecretario de Estado, Foster Dulles, hizo a su vez manifestaciones análogas:

Me agrada la propuesta para que España ingrese en la O. T. A. N., dijo.

El propio general Gruenther no tendría menor satisfacción si

España se incorporara al Pacto Atlántico. En el Pentágono, el deseo es unánime. Y aun el propio Presidente de los Estados Unidos es seguro no piensa de otro modo.

En los medios periodísticos de Washington, añade un informador, se expresa el convencimiento de que la entrada de España en la O. T. A. N. es una simple cuestión de tiempo, a despecho de la actitud ambigua hasta aquí seguida por Inglaterra y Francia. Cierta avisado corresponsal de un diario de Boston ha afirmado que este ingreso en la O. T. A. N. de nuestro país es posible incluso en un plazo corto de tiempo. «Paris y Londres —dice el periodista— están comprobando que, con las bases americanas que se construyen en la Península, España resulta de hecho ya un miembro de la N. A. T. O.» Y añade:

La pública aprobación dada por Dulles a la proposición presentada en el Senado por el senador Bridges y trece de sus colegas es una llave que abrirá en su momento las puertas de la N. A. T. O. al Generalísimo Franco.

LAS PARADOJAS DE MISTER CHURCHILL

Por excepción sin embargo, permitásenos una cita histórica, porque precisamente en ella se origina lo que luego debía fatalmente pasar. La guerra mundial declinaba a la sazón, cuando el 8 de octubre de 1944, exactamente, el Caudillo español decía, por intermedio de nuestro embajador en Londres a la sazón —el duque de Alba— lo siguiente a mister Churchill:

Porque no creemos en la buena fe de la Rusia comunista y conocemos el poder insidioso del comunismo tenemos que considerar que la destrucción o debilitamiento de sus vecinos acrecentarán grandemente su ambición y su poder, haciendo más necesaria que nunca la inteligencia y la comprensión del occidente de Europa.

Pocos días después el propio Churchill contestaba así: *En la carta de V. E. al duque de Alba hay varias referencias a Rusia que no puedo pasar sin comentario... Le induciría a V. E. a serio error si no desvaneciera de su ánimo la idea equivocada de que el Gobierno de S. M. está dispuesto a considerar ninguna agrupación de potencias en la Europa occidental o en cualquier otro punto, basada en la hostilidad a nuestros aliados rusos o en la supuesta necesidad de defensa contra ellos. He aquí lo que decía Churchill a finales de 1944. Evidentemente no se acreditó con ello, ni mucho menos, de perspicaz. Una mejor inteligencia por su parte, en su calidad de «leader» de la potencia europea occidental más fuerte en el momento. ¡Cuántos males y cuántos errores no habría evitado al mundo entero y a la propia Inglaterra? Pero Churchill no comprendió entonces. Necesitó más tiempo para entender. Y, ¡oh! paradoja, debía ser él mismo, en consecuencia, vuelto a la cordura, quien precisamente hiciera luego como apun-*

tara Franco y el que planteara e instara una organización de potencias en Europa occidental, basada en la hostilidad de los rusos y para defenderse contra ellos.

LA RATIFICACION DE SAN FRANCISCO

La rectificación vino así: el 26 de junio de 1945 se firmó en San Francisco la llamada «Carta de las Naciones Unidas». Del valor de este calificativo unitario no hay sino que decir que los cinco «gordos» firmantes fueran: la U. R. S. S., Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la China nacionalista! La era de la paz, se dijo entonces, quedaba abierta así. Los fundamentos de aquel documento fundacional eran, en esencia, los siguientes: los «grandes» constituirían un Consejo de Seguridad para garantizar la paz; las potencias victoriosas renunciaban, por otra parte, a todo género de reivindicaciones y ambiciones territoriales. ¡Salvo, eso sí, las que Rusia esgrimía contra el Japón!

En realidad, «la supuesta paz» empezaba mal. Tan mal, que el 12 de mayo del citado año, esto es, unas pocas semanas antes de firmarse la «Carta», ya Churchill acusaba sus temores ante Truman. En un telegrama cifrado le expresaba sus profundas preocupaciones, en efecto, por la situación europea y por la rapidez con que los occidentales liquidaban sus Ejércitos. Efectivamente, las Fuerzas Armadas angloamericanas abandonaban Europa continental y se licenciaban precipitadamente. Francia, observaba el «premier», era ya demasiado débil. Rusia surgía, por otra parte, cada vez más amenazadora. ¡Tal era el pensamiento del jefe del Gobierno británico en el momento, esto es, quince o dieciséis meses después de haber rechazado, escandalizado, las sabias y prudentes advertencias del Generalísimo Franco!

REDUCCION DE EFECTIVOS EN EUROPA

Y en verdad que las cosas ya estaban mal por entonces. Al terminar la guerra, de los 3.100.000 hombres puestos en Europa por los Estados Unidos no quedaban de primera intención más que 400.000 escasos. Los ingleses redujeron sus efectivos marciales de 1.321.000 soldados a una cifra análoga. Mientras tanto la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se comportaba, ante la mirada atónita de sus aliados de la guerra exactamente tal como Franco había profetizado. En resumen, se había engullido de un colosal bocado 1.400.000 kilómetros de países extraños, con un total de 87.000.000 de habitantes. ¡Churchill veía las cosas desgraciadamente ya muy tarde! Pero, en fin, algo era menester hacer. Por el camino de la debilitación occidental y de la agresividad soviética, ¿hasta qué punto podían aún llegar las cosas en Europa? A instancias de Churchill, en fin, surge el 4 de marzo de 1948, casi tres años después de la guerra, la reunión de Bruselas, a la que acuden ingleses, belgas, holandeses, luxemburgueses y franceses. Cinco países, en fin, que acarician la idea de constituir un pac-

to occidental. Moscú se alarma. Quiere «amigos» inermes. Presiona a Finlandia para que no se les una, lo que consigue con facilidad por la especial situación de este país. Lo mismo pretende lograr de Noruega, pero en esta ocasión debería fracasar. El 17 de marzo del citado año de 1948 la reunión termina y los cinco citados países forman así el llamado Pacto de Bruselas, que es el origen remoto del actual Pacto del Atlántico. Se crea de este modo un Consejo Consultivo, que integran los ministros de Asuntos Exteriores de las potencias citadas, y el llamado Comité de Defensa Occidental, que forman los respectivos ministros de Defensa. Ello exaspera a Moscú. Y es por entonces cuando desencadena el bloqueo de Berlín, que durará justamente trescientos veintitrés días, y que sólo salva el esfuerzo colosal del «puente aéreo». El 30 de abril de 1948 los ministros de Defensa y jefes de Estado Mayor de las potencias del Pacto de Bruselas se reúnen en Londres para estudiar la cuestión militar. En julio del mismo año aparecen ya en las reuniones de «los cinco» expertos americanos: de Canadá y de los Estados Unidos. La organización militar está en vías de ampliarse. El primer cuartel general de aquella se establece inicialmente en Versalles, apareciendo a su frente el mariscal británico Montgomery. Con él son primeramente designados como colaboradores los generales Latre de Tassigny, francés, para las tropas terrestres; Robb, inglés, para las fuerzas del Aire, y el almirante Jaujard, también francés, para la Marina.

LA RESOLUCION NUMERO 239

Y llegamos a un momento crucial en la historia del Pacto. El 11 de junio de 1948 se vota en el Senado americano la llamada «Resolución número 239», o, por otro nombre, la «Resolución Vardenberg». Por sesenta y cuatro votos contra cuatro, la propuesta de ingreso de los Estados Unidos en el Pacto occidental queda aprobada.

Las conversaciones para perfilarla terminan el 9 de septiembre del citado año. Los Estados Unidos y Canadá se adhieren así al acuerdo. El Pacto naciente tiene por finalidad asegurar la paz: resistir toda agresión exterior, localizando los esfuerzos comunes en el área del Atlántico septentrional. Abiertas así las puertas a la colaboración exterior, el Pacto logró, además, otras aportaciones importantes. Cierta, en efecto, que Irlanda y Suecia no entraron en él, pero sí lo hicieron Noruega, Dinamarca, Portugal —nuestro fraternal aliado peninsular—, Italia, apoyada por Francia, incluyendo esta última potencia en la alianza los territorios argelinos, políticamente similares a los metropolitanos por su régimen administrativo.

La Unión Soviética se enoja y vuelve a la carga. Envía a cada una de las potencias fundadoras de la O. T. A. N. un memorándum agresivo y falaz. Pero los miembros del Pacto la contestan un escrito común. Al fin el Pacto queda firmado el 4 de abril de 1949; hace, por lo tanto, ahc-

ra algo más de seis años. Los firmantes de aquel trascendental documento son: Spaak, por Bélgica; Lester Pearson, por Canadá; Rasmussen, por Dinamarca; Dean Acheson, por los Estados Unidos; Bjarni Benediktsson, por Islandia; Sforza, por Italia; Bech, por Luxemburgo; Lange, por Noruega; Stikker, por Holanda; Caeiro da Matta, por Portugal, y Bevin, por Inglaterra. Algún tiempo después, el 18 de febrero de 1952, exactamente, se adhieren al Pacto Grecia y Turquía, aunque en realidad no son potencias atlánticas, como tampoco lo era Italia. La O. T. A. N., animada por la actividad política de Washington principalmente, se fortifica.

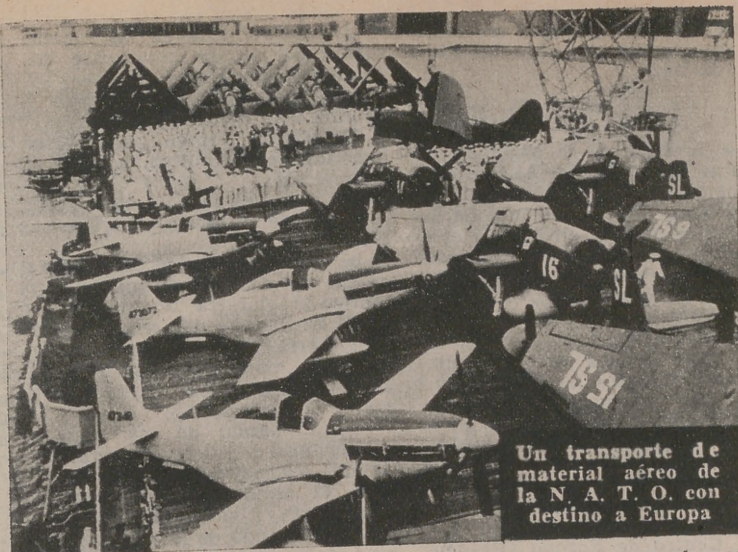
EL ARTICULO QUINTO

El texto del Pacto no es largo. Destacan de su contenido algunos artículos. El quinto, por ejemplo, es el capital del documento. Señala éste como móvil de aquél la previsión de una agresión exterior. Todo ataque, viene a decir, dirigido contra un miembro de esta colectividad, sea en Europa o en América pero dentro del área que se prevé, será considerado por todos como una agresión propia. Ello implica el empleo de la fuerza armada para restablecer la seguridad, aunque dejando a cada cual actuar según sus fórmulas propias constitucionales al efecto. El artículo noveno crea el Consejo del Atlántico Norte, y los doce y trece previenen la duración indefinida del Pacto, aunque a partir de 1969 cualquiera de sus miembros pueden abandonarle sin más que prevenirlo con un año de anticipación. Fué el artículo anterior, el décimo exactamente, el que fija la posibilidad de admitir nuevos adeptos. La O. T. A. N., viene a decir aquél, no es una alianza exclusivamente. *Todo Estado europeo—atención a esta referencia—puede ser invitado a entrar si se considera útil su ingreso para contribuir a la seguridad común de la región del Atlántico Norte.* Fué exactamente este artículo décimo el que se invocó para que los griegos y los turcos se adhirieran al Pacto.

QUINCE POTENCIAS, CON 454 MILLONES DE HABITANTES

He aquí un brevisimo relato de la historia de la O. T. A. N., la organización nacida para asegurar la paz, en forma prevista incluso en la Carta de las Naciones Unidas. De un conglomerado inicial de cinco potencias europeas, de ellas la mayor parte pequeñas, ha pasado a sumar quince. En total, 454 millones de habitantes y 20.600.000 kilómetros cuadrados. O dicho de otro modo: una extensión poco menor que la de Rusia, pero una población más de dos veces superior a la de esta última potencia.

Sobre estas bases, la O. T. A. N. inició sus actividades. En 1950 la situación, en síntesis, era la siguiente: número de divisiones del Pacto situadas en Europa católicas; número de aviones a disposición del nuevo organismo, algo menos de un millar. Por entonces Rusia disponía acá de su frontera, en los países satélites,



Un transporte de material aéreo de la N. A. T. O. con destino a Europa

de un Ejército integrado por 25 divisiones y 6.000 aparatos.

Se comprende la necesidad de reforzar el bloque occidental y se dan los primeros pasos por los americanos para contar con la colaboración alemana. Al menos se pretendía en el primer momento incrementar la defensa del Occidente con algunas unidades militares germanas, sin más alcance. El 18 de diciembre de 1950 Eisenhower fué designado jefe supremo de la O. T. A. N. Sucesivamente se verifican conferencias en Ottawa, Roma y Lisboa. Esta última, en noviembre de 1952. En la capital lusa se señala como objetivo alcanzar próximamente el de 50 divisiones, parte en reserva, y el de 4.000 aviones. La organización civil ha quedado, mientras tanto, ultimada. Comprende como organismo supremo un Consejo Superior, y como servicios diversos, dependientes de éste, el de información y asuntos culturales, el de trabajo y mano de obra, el de presupuesto civil y el de presupuesto militar, el de producción de armamentos, el de grupos especializados de trabajo, el de transportes el de infraestructura, el de aprovisionamientos y el de la or-

ganización civil de tiempo de guerra igualmente.

La organización militar comprendió el llamado Consejo del Atlántico Norte en primer término; el Comité Militar y, como dependiente de éste, la Jefatura Suprema en Europa; en el Atlántico, la de la estrategia regional americana (Canadá y Estados Unidos) y el llamado Comité de la Mancha. La originalidad del pacto en lo que respecta a la disposición de las fuerzas militares de los países miembros radica en que unas veces estas tropas están totalmente afectas a la O. T. A. N. Otras se afectan sólo en determinado momento, aunque semejante disposición está prevista, y otras, en fin, las tropas en cuestión quedan solamente bajo el mando nacional respectivo. Así, por ejemplo, en la estructura diversa de los países del Pacto, solamente Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Canadá y, en muy pequeña cuantía, otras potencias, tienen efectivos militares destacados en Europa central. Portugal, por su parte, conserva íntegro su Ejército en su país. Lo mismo ocurre con Grecia y Turquía. En cambio, Islandia carece de fuerzas



Los altos jefes de la N. A. T. O. En primer lugar, el jefe supremo, Ridgway, y Montgomery, segundo jefe, acompañados de los generales y oficiales del Estado Mayor

armadas. Luxemburgo, en razón de su singular pequeñez, las tiene escasísimas.

LA MEDULA DE LA ORGANIZACIÓN MILITAR

La medula de la organización militar del pacto del Atlántico es la siguiente:

El Gran Cuartel General de las Potencias Aliadas en Europa es el organismo supremo y coordinador del que dependen los siguientes teatros de operaciones:

1. *Norte de Europa (Oslo)*, comprendiendo:

a) Las fuerzas terrestres aliadas de Noruega (Oslo).

b) Las fuerzas terrestres aliadas de Dinamarca (Copenhague).

c) Las fuerzas aéreas aliadas del norte de Europa (Noruega, Sandvika).

d) Las fuerzas navales del norte de Europa (Oslo).

2. *Centro de Europa (Francia, Fontainebleau)*:

a) Las fuerzas terrestres aliadas del centro de Europa (Francia, Fontainebleau).

b) Las fuerzas aéreas aliadas del centro de Europa (Francia, Fontainebleau).

c) Las fuerzas navales aliadas del centro de Europa (Francia, Fontainebleau).

3. *Sur de Europa (Italia, Nápoles)*:

a) Fuerzas terrestres aliadas del sureste de Europa (Turquía, Izmir).

b) Las fuerzas terrestres aliadas del sureste de Europa (Italia, Verona).

c) Las fuerzas aéreas aliadas del sureste de Europa (Italia, Nápoles).

d) Las fuerzas navales de intervención y de sostén del sureste de Europa (Italia, Nápoles).

4. *Mediterráneo (Malta)*:

a) Sector occidental del Mediterráneo (Argel).

b) Sector oriental del Mediterráneo (Atenas).

c) Sector noreste del Mediterráneo (Ankara).

d) Sector de Gibraltar (Gibraltar).

e) Sector central del Mediterráneo (Nápoles).

f) Sector sureste del Mediterráneo (Malta).

Este cuadro es menester completarlo con el siguiente, relativo a la organización del Mando aliado en el Atlántico:

Comprende ésta, como organismo supremo, la Jefatura de las fuerzas aliadas del Atlántico situada en Norfolk, Estados Unidos. De ella depende el mando de la flota de intervención del Atlántico, también en Norfolk.

El Atlántico, a su vez, a los efectos citados se divide en dos amplísimas zonas: la *oriental* y la *occidental*.

El Mando Supremo del sector *occidental* del Atlántico comprende:

a) La Jefatura del sector oceánico (Estados Unidos, Norfolk).

b) La Jefatura del sector americano del Atlántico (Estados Unidos, Nueva York).

c) La Jefatura del sector canadiense del Atlántico (Canadá, Halifax).

d) La Jefatura de las fuerzas aéreas del sector canadiense del Atlántico (Canadá, Halifax).

e) La flota de intervención y fuerzas operativas especiales.

El Mando Supremo del sector *oriental* del Atlántico, a su vez, comprende:

a) La Jefatura del sector oriental del Atlántico (Inglaterra, Northwood).

b) La Jefatura de las fuerzas aéreas del sector oriental del Atlántico (Inglaterra, Northwood).

c) El mando del sector norte (Inglaterra, Pitreavie).

d) El mando de las fuerzas aéreas del sector norte (Inglaterra, Pitreavie).

e) El mando de las fuerzas submarinas del sector oriental del Atlántico (Inglaterra, Gosport).

f) El mando del sector central (Inglaterra, Plymouth).

g) El mando de las fuerzas aéreas del sector central (Inglaterra, Plymouth).

h) El mando del sector del Golfo de Vizcaya (Francia, Brest).

i) La flota de intervención y las fuerzas operativas especiales.

DEFICIENCIA EN LA MAQUINA MILITAR

Tal es la estructura y armazón del Pacto del Atlántico en lo fundamental, esto es, en su aspecto militar. Sin duda hay demasiados compartimientos en razón con la complicación internacional del acuerdo. Sería bueno simplificar las cosas, porque siempre en la guerra lo sencillo es lo mejor. Pero en cuanto a la máquina militar movilizadora por el Pacto, las objeciones tienen que ser más terminantes. De las quince potencias de la O. T. A. N., casi la mitad tienen, en razón de su pequeñez, ejércitos menguados. Otras, entre las potencias más importantes, acusan en su política interior evidentes problemas. No se olvide que el comunismo es para estos países no sólo lo que tienen enfrente, sino lo que tienen, ya en parte, en su propio interior. Así, en Italia, el 23 por 100 del censo electoral se ha manifestado comunista; en Francia, en las últimas elecciones cantonales, si el comunismo perdió sólo el 3,2 por 100 de votos—aun así sigue siendo el partido más fuerte del país—, el socialismo ganó el 7,3. En Islandia, el comunismo representa el 20 por 100 de los votos; en Noruega, el 6, y el 46 el socialismo; en Holanda, el 6 y el 23, respectivamente, y en Bélgica, el 5 y el 35. En Inglaterra mismo—el dato no se ha hecho notar—el partido comunista ha obtenido últimamente un 50 por 100 de votos más que en las penúltimas elecciones, bien que el partido sea numéricamente insignificante aún, en cuanto al número en la Gran Bretaña no se puede negar que su influencia en los Sindicatos es importante.

En todo caso, la U. R. S. S. representa un potencial militar singularmente más fuerte que el del pacto. No quiere ello decir que éste no haya hecho progresos en los últimos tiempos. En diciembre de 1949 el pacto no disponía más que de 12 divisiones y 400 aparatos; en abril de 1951 contaba ya con 15 divisiones y un millar de aviones; a finales del mis-

mo año, con 35 divisiones y 3.000 aeroplanos y 700 buques; en 1952, en febrero, con 50 divisiones—la mitad en activo—y 4.000 aparatos. En este año se añadirían también al pacto Turquía y Grecia que incrementaron notablemente su poder, y se disponía de 125 bases aéreas en Europa. Un saldo definitivo—no hay sino que observar cómo ello inquieta a Rusia—será ahora la incorporación del último miembro de la O. T. A. N. Alemania, efectivamente, sumará al esfuerzo común, en un periodo de tiempo no demasiado largo, 12 divisiones magníficas, así como un número apreciable de aviones y buques menores, además de otras 12 divisiones inicialmente de reserva.

LOS EFECTIVOS TOTALES

Los efectivos de las fuerzas totales de las naciones del Tratado del Atlántico Norte han ido aumentando en consecuencia, desde los 4.000.000 de hombres de 1950, a los 6.000.000 de 1951, 6.500.000 de 1952, 6.700.000 de 1953, 7.000.000 de 1954 a los contingentes actuales, sin precisar. Los gastos militares de la O. T. A. N. han subido, en consecuencia, también rápidamente: 20.000 millones de dólares en 1949, 42.000 millones en 1951, 62.733 millones en 1953... De esta última cifra correspondieron a los países americanos Estados Unidos y Canadá, 31.694 mil millones, y el resto, esto es, 11.227 mil millones, a los miembros europeos. En marzo del año pasado la O. T. A. N. había gastado en obras de infraestructura, para construir 135 aeródromos, 310 millones de libras esterlinas; 112 millones, en transmisiones; 76, en la construcción de depósitos y oleoductos para los carburantes; 56 millones de libras más en otros menesteres, tal como la fabricación de armamentos, además de 26 millones en instalaciones diversas. Los gastos de material militar pasaron de 9.700 millones de dólares en 1951, a 20.800 en 1952 y a 24.800 en 1953. Estas cifras absolutas representan, respectivamente, el 23, 35 y 40 por 100 de los gastos totales de defensa. La ayuda americana—yanqui y canadiense—desde 1948 a abril del año pasado montó la cifra de 30.000 millones de dólares, de ellos sólo 11.500 para ayuda económica y el resto para la militar. Los Estados Unidos han fomentado también las compras «off shore» de diverso material en los países europeos—entre ellos, España—, principalmente municiones, aviones, electrónica, carros de combate, camiones, artillería y fusiles.

He aquí unas cifras—las precedentes—que, sin duda significan una progresión evidente. Es verdad que queda aún mucho por hacer. Pero el camino, al fin, parece emprendido. Por último, los recursos del Occidente—como apuntaba el Caudillo a un informador extranjero recientemente—y concretamente del Pacto son muy superiores a los de la U. R. S. S. y sus satélites europeos. Ya hemos visto cuáles son las relaciones de población y extensión. En orden económico bastan unos pocos ejemplos para probar una superioridad no menor. Los países de la O. T. A. N.—circunscr-



Los componentes del Pacto del Atlántico reunidos en el palacio de Chaillot, en París. Mister Bidault dirige la palabra

biendo a ellos la estadística—extraen anualmente de 900 a 1.000 millones de toneladas de carbón. Rusia y sus satélites no llegan, con mucho, a los 400. Los países del Pacto puede decirse que disponen prácticamente de todo el petróleo del globo, esto es, de unos 576 millones de toneladas anuales. Rusia no dispone ni siquiera de 50. Los países de la O. T. A. N. suman una producción eléctrica equivalente a 671.000 millones de kw. h. Rusia y sus satélites, a 130.000 millones. Los países del Pacto producen al año más de 150 millones de toneladas de acero. Rusia, de 35 a 40.

Ante semejantes evidencias se comprende que el problema occidental es—y no puede ser otro—armarse más, estrechar los lazos entre todos los países anticomunistas y, en ciertas naciones, solidificar el bloque político interno. Y sobre todo, como decía el

**Caudillo, ¡no temer a Rusia!
ESPAÑA Y LA DEFENSA
DE OCCIDENTE**

Comprendemos que con más sensatez, impresión del peligro e inteligencia en la tarea a realizar se piense—y hasta se quiera y se pida—fuera de España en la incorporación de ésta a la obra común de contención del comunismo soviético. La política del aislamiento «a fortiori», mendaz y suicida; la de los hermetismos y exclusivismos que sólo comprendía como Europa a los europeos de Estrasburgo y sólo consideraba de interés económico a los asociados inicialmente a este o aquel «pool»; la de una O. T. A. N. o de una O. N. U. cerrada a cal y canto ha tenido que ceder. Y cederá más si no quiere asfixiarse a sí misma. España es un aliado en el que cabe confiar, y

nos interesa que sea muy fuerte, escribe ahora «The Daily Telegraph», el órgano oficioso del partido que gobierna actualmente en Inglaterra. América—añade el periódico yanqui «Herald Tribune»—puede respirar mejor por el hecho de su amistad con España. El apoyo de nuestro país—reconoce el diario—ha costado a España más de lo que ha recibido, y esto es algo—añade—que merece la mayor atención por parte del Gobierno de Washington. En fin, están aún resonando los ecos de las palabras del embajador Lodge en Barcelona, reconocimiento el singular valor de nuestra Patria, como un formidable baluarte contra los designios de la agresión comunista. En España—en fin—América—ha dicho su propio embajador—ha encontrado una perfecta comprensión del peligro comunista.

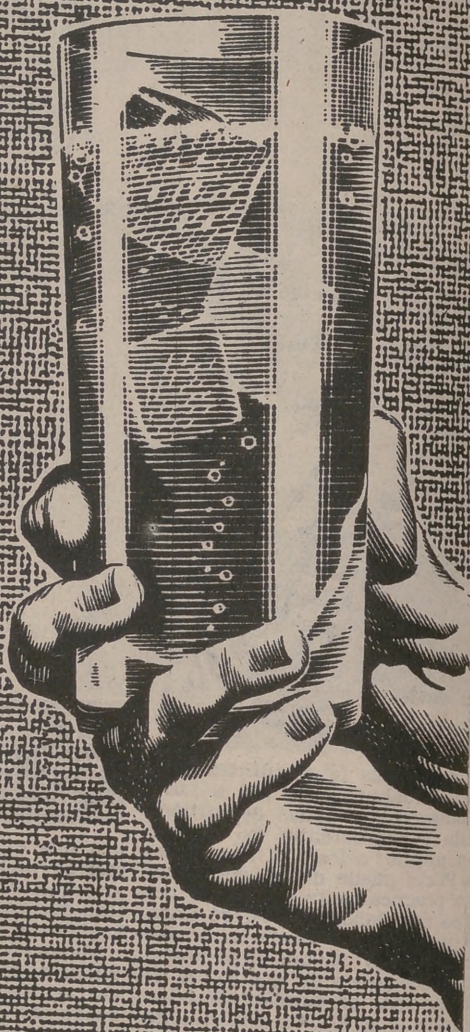
En cuanto al pensamiento español—que alguien pudiera echar de menos en nuestros comentarios al tema aquí abordado—la respuesta es clara. Y autorizada. No tenemos sino que remitirnos a ella. Hace breves días David Lawrence, de la revista yanqui «U. S. News and World Report», se entrevistaba en El Pardo con nuestro Generalísimo. Franco estuvo, como siempre, claro y concreto. He aquí lo que dijo:

Si no hubiera habido tirantez en las relaciones de España con Francia e Inglaterra en los últimos años hubiera sido conveniente y natural que España hubiera entrado en el Pacto del Atlántico Norte, porque era un medio de colaboración de todo el Occiden-

te europeo en una tarea común de defensa frente al peligro del ataque comunista. Pero como ha habido en Francia e Inglaterra unas campañas políticas jerosces contra España en todos estos años, en que incluso se llegó a cerrar la frontera y a cortar las comunicaciones entre Francia y España por voluntad francesa y no nuestra, esto creó un estado político interior, lo mismo en Francia que en Inglaterra, muy difícil de superar, y ha producido asimismo en España reacciones de repugnancia natural sin una necesidad, en la alianza del Atlántico Norte. Esta situación fué superada por la inteligencia nuestra con Portugal. Al ligarnos luego con otro pacto y otros acuerdos con Norteamérica, nos encontramos asimismo ligados a ese conjunto defensivo. De modo que la eficacia es la misma. Lo único que echamos en falta es una colaboración más íntima nuestra con los Estados Mayores del Pacto Atlántico, sea directamente o a través de los Estados Unidos, que nos permita, por ejemplo, exponer nuestro pensamiento respecto a las necesidades de esa defensa del Occidente. Porque nosotros—termina el Caudillo—tenemos muchas reservas que se han hecho públicas sobre la defensa del Occidente. Creemos que se puede sacar mucho más rendimiento a la N. A. T. O. y que se le regala a Rusia una superioridad que no debe tener y que podría no tener...

El pensamiento español sobre la O. T. A. N. ha quedado, pues, así expuesto. Las palabras precedentes, ni por su claridad ni por su autoridad admiten ni precisan de ninguna exégesis.

HISPANUS



PARA LA SED
SOBERANO
HIELO Y SELTZ

Solero

GONZALEZ BYASS

CARTAS DESDE EL SUR DE FRANCIA



LOURDES, PARAISO DEL DOLOR

UN MILLON DE PEREGRINOS ANUALMENTE LLEGAN AL SANTUARIO

La mañana del día 11 de febrero del año 1858, una pastora blanca, de rosadas mejillas, se postró ante una gruta, situada en las afueras de un pueblo pirenaico. Era—la taj pastora—Bernardette Soubirous, hija de molinero. La gruta—al pie de un abetal—, se sopeñaba, umbrosa, cerca de una pradera sesgada por un río. El nombre de esa gruta—Mas-sabielle—sería invocado luego por todos los enfermos de la Cristiandad. A la pastora Bernardette se le apareció, en tal día de tal año, una Señora. La Señora era blanca, resplandeciente, y de ojos muy azules. Le dijo, en dialecto bearnés, un dialecto de raíz española y catalana: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...». Bernardette, turbada, no entendió esas palabras. Luego—el 25 de marzo—, la Señora diría, textualmente: «Que soy era Inmaculado Concepcion»... Bernardette entendió y entonces comenzó a ser santa.

CIEN ANOS DE MILAGRO

Pronto se cumplirá un siglo desde que la Virgen Pirenaica se expresara, dirigiéndose a una pastora enfermiza, un poco en español, un poco en catalán y un poquito en francés. Monseñor Theas, obispo de Tarbes-Lourdes, me ha dicho que para el año centenario, espera tres millones de peregrinos. Es corriente que, año tras año, la cifra de estos sobrepase el millón. En fiestas importantes, se reúnen aquí, en un sólo



Inválidos y enfermos de lejanos puntos llegan a Lourdes en espera de curación para sus males.—Arriba, a la izquierda, una vista de la basilica de la ciudad del Milagro

día, de ochenta a cien mil personas, gente de todo el mundo. En la oficina médica de Lourdes, se han comprobado, en lo que va de siglo, más de tres mil prodigios sobrenaturales. La Virgen, por lo tanto, sigue ahí, en la ahumada

gruta. Encima de la gruta, se ha cumplido su deseo. La Señora pidió un templo. Y el templo—maravilloso templo—, fué erigido.

EL SANTUARIO

Le escribo a usted esta carta en un café de la place Marcadal, hacia la media mañana. La place Marcadal cae por el centro del recinto urbano, es decir, fuera de la basilica. En el recinto de la basilica no hay un mal café, no hay un sólo lugar donde gastarse un puñado de francos. Si existe en el mundo un sector urbanizado donde el dinero no sirva para nada, ese sector es el Lourdes católico. En tal recinto—separado del resto de la ciudad por las aguas del río—, flota—a partir de las primeras flores, desde el primer parterre—, un hálito extraordinario de espiritualidad. Atravesado, por ejemplo, el puente de más tránsito—el de Saint Pierre—, el peregrino empieza a sentirse embriagado dulcemente embriagado, de espiritualidad. El mundo, allí no cuenta. Creo que es ese el único vasto jardín universal donde se debe ir descubierto, donde fumar está prohibido. Esto es un jardín santo, un parque de piedad. A trechos, a ambos lados, se encuentran bancos—poyos—, donde suelen sentarse los enfermos, las monjitas y los sacerdotes. La explanada es vastísima—aunque resulta insuficiente en las grandes jornadas anuales—, y en ella se han postrado millones de personas. De noche, esa explanada



Peregrinos de todo el mundo ante la basilica de Lourdes

EL VIEJO LOURDES Y EL LOURDES ACTUAL.

Ahora Bernardette Soubirous

no podría reconocer su pueblo, su ciudad. Lourdes ya no es un lugar escondido entre montañas. Suma 25.000 habitantes, y todos esos habitantes viven de las peregrinaciones. Ciento cincuenta hoteles de primer orden, 350 pensiones de familia, infinidad de restaurantes, 500 tiendas dedicadas a la venta de «souvenirs» y artículos religiosos, muchos cafés, infinidad de guías y agencias de turismo...

En tiempos de Bernardette Lourdes era un pueblecito de 3.000 habitantes con una fonda. Vivían las gentes del pueblo de practicar la agricultura, del pastoreo, de las marmolerías... Vida exigua, difícil... Lo que queda del viejo Lourdes, atestiguan los siglos de miseria. El nuevo Lourdes—el Lourdes enclavado a las puertas del recinto—es diferente, sí, muy diferente...

La temporada de las peregrinaciones comienza después de Semana Santa y termina a primeros de noviembre. Imagine usted una ciudad pequeña—pequeña como Soria, como Gerona, como Huelva—a la que acuden diariamente millares y millares de visitantes. En agosto y septiembre recibe Lourdes cada domingo un término medio de 80.000 peregrinos. Los peregrinos, casi siempre, permanecen dos días. Esto es el mínimo.

A las seis de la mañana la vida religiosa del santuario empieza con las comuniones. Y termina muy tarde, hacia las doce de la noche, después de la procesión de antorchas, ceremonia de una grandiosidad imponente.

A las cinco de la mañana, el Lourdes comercial ya está al pie del cañón. Las tiendas de la rue de la Grotte y del boulevard de la Grotte trabajan incansablemente. Los hoteles no paran desde las seis y media de la mañana. Empezan a partir los autobuses hacia los «cols»—el Tourmalet, el Aubisque, el Aspin, el Midi d'Ossau—, hacia las grutas subterráneas de Méouds y Bétharram, hacia Pau, hacia Luchon... Funcionan ininterrumpidamente los telesféricos de Béout y de Pibeste y el funicular del Puy de Ger. Al propio tiempo llegan por las rutas y en los trenes grupos y grupos. Los hoteles sirven los desayunos a millares. Se venden cantidades industriales de medallas, de postales y cajitas de música, y cuadritos... Circulan por las calles 56 fotógrafos ambulantes con permiso oficial. Trencientos veintisiete guías de turismo acechan a la caza de cliente. Y no han de esperar mucho... El Museo de Arte y Folklore pirenaico, instalado en el Château-Fort, recibe oleadas de curiosos. Después del Louvre y de Versalles, es el más visitado de Francia.

Hacia el atardecer, los peregrinos cenan. Muchos de ellos se han traído provisiones para todo el viaje y las guardan en los inmensos paradores del recinto, donde no se les cobra por dejarles abrir las fiambreras ni por nada. Con frecuencia se quedan

huele a cera. Hacia la madrugada—sesgado el cielo por las golondrinas—, se esparce sobre ella un olor «quistecite, un olor de flor-cilla. La explanada conduce, en línea recta, a las agujas góticas de la basílica, largas y finas, cenicientas, brillantes bajo el sol, que, a veces, con la niebla temprana—la niebla mañanera—, se pierden cielo adentro. Magnolios, cedros, árboles gigantes y correctos, de hoja vetusta, se yerguen sobre tramos de gazon. El conjunto es valiente, sinuoso y ordenado. A espaldas de la cripta se eleva la montaña, montorte el camino del Calvario, y luego, hacia los Pirineos. El río—el «Gave» de Pau, nacido en la frontera, casi en tierras oscenses—, atraviesa una fértil campiña verde, verde, mullida, tierna, virgiana, por donde pasa, hacia lo lejos, alguna que otra vez, un tren eléctrico lleno de peregrinos.

Esa explanada se derrama en una plazoleta, frente a la iglesia del Rosario, que por dentro, es una maravilla elevada con mármol pirenaico: blanco de Paros, azul de Louvio, negro de Arudy, «bize», rosado, violeta de Sarrancolin, verde Campan, amarillo colin. La estructura del Lespomme... La estructura del templo es bizantina, de un bizantismo muy bien matizado. Cada piedra—cada una de las piedras—atestigua un prodigio de la Virgen. Descubro inscripciones en francés, en inglés, en italiano, en flamenco, en español... «A la Virgen de Lourdes, que ha curado a mis tres hijos. Francisco Miera. Zaragoza, 1903...», leo, al azar. La iglesia del Rosario no ha sido construida poniendo piedra sobre piedra, sino sumando miles de milagros. Ni una sola inscripción del dador de una de esas piedras indica simple vanidad, vanidad reverencial. Una a una, esas piedras han sido amontonadas sin pensar en su coste. Puede decirse que cada una de ellas es un exvoto.

A la izquierda de la basílica, a unos cien pasos de la plazoleta, se abre la «gruta»—la «grotte» Massabielle—, pequeña, con varios reclinatorios y millares de cirios chisporroteantes a los pies de la Virgen. La Virgen—la imagen de la Virgen—, se acoda sobre una prominencia, vestidita de blanco, con faja azul, una rosa de oro en cada pie, las manos juntas sobre el pecho y los ojos suavemente entornados hacia el cielo. Cerca, muy cerca de la «grotte», bulle el río, batiéndose sobre un lecho guijarroso, desnudo. El viento, alguna vez, sacude la cutícula del agua, y se lleva su polen hacia la misma «grotte». Y frente a la «grotte», oran los enfermos. En plena temporada, hay siempre cientos de literas tendidas frente a la Señora. Un sacerdote, sobre un fonde de cirios, dirige las plegarias. El sacerdote extrae de su

ser una voz conmovida al impugnar:

—¡Dios, te amamos!...

—¡Dios, te amamos!...—corresponde la masa de creyentes, la masa enferma, esperanzada.

—¡Dios, te amamos!...

—¡Dios, te amamos!...

—¡Confiamos, Señor, en tu bondad y misericordia!...

—¡Confiamos, Señor, en tu bondad y misericordia!...

La gruta, ennegrecida por el humo de millones de cirios, recoge los murmullos. Arden cirios enormes—altos como hombres—, y cirios menudísimos. Cuida de ellos un empleado. Ese empleado lleva treinta años dedicado al manejo de esa cera litúrgica. Su rostro es blanco, blando. El hombre suele trabajar rezando. Entre silencios se oye el chisporroteo. Hacia atrás—hacia el «gave»—, se ven las batas blancas y los manguitos de las enfermeras, las tocas de las monjas, la ropa negra de los sacerdotes. Los pájaros revolotean. Las montañas se yerguen en lontananza. Una hilera de chopos señala el perfil del río, zigzagueante.

—¡Orad, hermanos míos, con los brazos en Cruz!...—suplica el sacerdote.

De pronto, en las literas, asoman brazos lánguidos, brazos enfermos, implorantes. Corre alguna enfermera, y sus talones rozan el silencio. Cientos, miles de brazos se extienden. Vibra en ellos un poder colectivo, aglutinado, intenso; un poder que recorre una a una las almas y estremece e invita a ser mejor. Ese primer prodigio constante, ininterrumpido de la Virgen de las Montañas tiene una fuerza estremecida contenida, estrujada. Los ateos confiesan la emoción del momento. Cuando miles de brazos se extienden y suplican, el alma del ateo se sublima. Es una fuerza vaga, telúrica, electrizante: la fuerza del amor, la fuerza del dolor, la fuerza de la fe, tumultuosamente silenciosa. Algo de eso intuyó Alexis Carrel en su primer viaje al santuario. Un vietnamita amigo mío—médico, ateo, hombre cerebral—me confesó ayer por la mañana:

—Se siente esto tanto, con tanta intensidad, que todo pensamiento se enfanga en el ridículo...

Los enfermeros cuidan en turnos reducidos de bañar en las piscinas a los enfermos. Cerca de aquí a muy pocos metros, los peregrinos beben el agua de la «source» mariana. Ella—María—suplicó a Bernardette que pusiese la mano en una de las rocas, y al hacerlo la niña comprobó cómo el agua fluía entre sus dedos. Desde entonces la fuente de la Virgen ha seguido manando. Los peregrinos beben de esa agua. Muchos juntan las manos para hacerlo. A veces se apretujan y el chorro salpica un vestido. Siempre suele haber algún sacerdote de quién sabe qué parte de este mundo—un sacerdote anciano, tímido—que se pasa la mano por el alzacuello, esperando su turno con paciencia.

Trenes especiales llegan diariamente a la estación de Lourdes, donde depositan una carga de fervorosos peregrinos para visitar la milagrosa gruta



muchos grupos sin albergue, y—a última hora, antes de la procesión de antorchas—han de buscarse medio de trasladarse a Pau o a Tarbes, en donde pasarán la noche.

La procesión de antorchas comienza hacia las nueve y media. Los grupos van saliendo de las fondas, de los hoteles, de las casas de huéspedes y se agregan a la cola de la serpiente. Miles, miles de antorchas rebrillan en las orillas del «gave», y pasan por delante de la casa de Bernardette, y se encaminan hacia la basílica, despacio, muy despacio, sin una voz, sin que nadie se vea en la precisión de poner orden. La explanada se llena marcadamente de fuego humano. Muy cerca, en la «grotte» milagrosa, aun crepitan los cirios. Y mana el agua eterna de la fuente. Bajo la luna pirenáica y fría, las antorchas salmodian un rosario. Desde lo alto del Chateau-Fort, el espectáculo es fantasmagórico. Los murmullos—los rezos—tienen oídos en lo alto del castillo, un sabor vegetal de fermento agri-dulce. Todo el ambiente se estre-mece. En sus camas, los enfermos suspiran de emoción. Puede que hoy—o mañana, o pasado—obre otro milagro. El milagro sin ser frecuente, no es raro. Los médicos del centro de comprobación no se alteran si un hombre irrumpe en el local anunciando que ya no tiene síntomas de peritonitis, o si una mujer entra llorando porque su hija—que está aun en la litera—dice que puede andar. Aquí—en el recinto—, entre esa atmósfera extrañamente, perpetuamente sobrenatural, el milagro no es más que un saltito de pulga. No se puede pensar. El sentimiento salta, estalla, retumba...

UNA FAMILIA...

Le escribo—también lo he dicho antes—desde una mesa de café. Es a media mañana. He vuelto a estar en la Grotte-Mas-sabielle, donde había hoy un millar de muchachas holandesas vestidas a la usanza típica de su país. Será autosugestión, pero creo que todas las holandesas huelen a campo. Ya sé que está prohibido generalizar. Usted perdone.

Esta noche ha llovido un poco, y los alrededores de la «grotte» están hoy encharcados. A primera hora de la mañana el cielo era muy bajo y neblinoso. A trechos lloviznaba. Pese a eso, el recinto reservado a los enfermos estaba abarrotado de literas. He pasado unos minutos dialogando, en la baranda que domina el «gave», con mi amigo vietnamita. Mi amigo vietnamita ha sido varias veces protestante. Me contó ayer su vida en Bétharram, cuando chapeábamos sobre una barca en un oscuro lago subterráneo, a 600 metros de profundidad. Mi amigo vietnamita es un hombre muy leído. Además de estar muy preocupado por la cardiología y por los padecimientos nerviosos, se ha pasado toda su carrera pugnando por convertir la fe de sus antepasados en algo racional. En París le pillaron unos com-patriotas protestantes, con los

que convivió durante mucho tiempo. No le fué difícil admitir la fe en Cristo. No obstante, al razonar hallaba baches en el protestantismo. Ahora es ateo por tercera o cuarta vez. Sin embargo vino a Lourdes para pasar sólo dos o tres días, y pronto pagará su segunda semana en el hotel. Le preocupa muchísimo una frase de Zola sobre el tema: «Las gentes que vienen a discutir aquí me producen risa cuando hablan en nombre de las leyes absolutas de la ciencia...» Parece que mi amigo vietnamita vino a Lourdes dispuesto a diseccionar uno por uno los milagros insertos en los anales médicos. Y no ha tenido suerte, claro...

En la baranda estábamos dialogando hace un par de horas. Se sube a esa baranda por tres o cuatro escalones. Podíamos observar cómodamente la multitud de enfermos, las cofias de las jóvenes holandesitas, el negro impresionante de la gruta y la llama azulina de los cirios luciendo a pocos metros de la imagen lourdense. Un sacerdote, pálido, dirigía los rezos.

A todo esto hemos visto cómo llegaba a nuestro lado un hombre joven, de unas treinta años con la mochila al hombro, acompañado de tres niños. Sin duda eran sus hijos. Resultaba muy fácil descubrirlos un parecido físico extraordinario. Los niños parecían sanos, como él. El hombre vestía con gran modestia. El mayor de sus hijos quizá tuviese unos ocho o nueve años. El menor no pasaba de los cuatro. El hombre, cerca de nosotros, se arrodilló. Los niños hicieron lo mismo. Rogaba al sacerdote: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, etc.»

Los niños contestaban la oración. Observamos que el padre no sabía rezar. Balbuceaba incoherencias. Alguna que otra vez su hijo mayor, arrodillado a su derecha, le miraba de reojo, tímidamente. Los niños eran rubios de piel fina. Cerca de mí, el pequeño parecía una pieza de porcelana. Al entornar los párpados se alargaba sobre éstos una débil cutícula de venas.

Más hacia allá, unos hombres rezaban en flamenco. Las monjitas, delante lo hacían en francés. En lo alto, sobre la negresa «grotte», las nubes se cernían a filo de arboleada.

«¡Orad, hermanos míos, con los brazos en cruz!», suplicó el sacerdote desde el círal.

Entonces la explanada se ensanchó. Las literas, de lejos, parecían barquitas con los remos dispuestos. Caía una llovizna delicada, inconsútil, sobre las faldas de las religiosas. Entre el rumor de rezos brotaba una quietud indecible, abrasadora y dulce.

Mi amigo vietnamita no perdía de vista al hombre de la mochila. Me pareció escuchar su rezo. Oraba ahora él por su cuenta en italiano. Y lloraba. Sus finos niños rubios se acercaron a él, le apretaron. Los tres a un tiempo, los tres unidos en la adversidad ignorada por nosotros, pedían una gracia a la Señora...

Casi una hora después, en el



Esta es una escena que se repite miles y miles de veces al cabo del año. Un alto en el camino antes de llegar a Lourdes para curar las heridas de los pies

albergue de los peregrinos, me tropecé con este hombre. Iba conmigo el médico vietnamita y se acercó a preguntar. Yo no me atreví a tanto. Pasé de largo entre los grupos de peregrinos pobres. Aquello era una torre de Babel.

Mi amigo vietnamita ahora me acaba de contar el hecho:

—Son milaneses—me ha dicho—. La madre de los chicos tiene en una rodilla una tumefacción. Hace años sufrió síntomas de carcinoma en la boca. Esperan otro hijo, pero ella tiene miedo de morir. Los médicos de la policlínica dicen que hay que amputar. Parece que no existen esperanzas. A instancias de la madre han venido el marido y los tres hijos a rogar a la Virgen.. La madre ha suplicado que no pidan por ella, sino por el hijo que ha de nacer. Ella lo espera todo en la otra vida...

—¿Y el padre?—he preguntado—. ¿Es creyente?

—Lo fué en su infancia. Ahora no sabe lo que le ocurre. De-sea confesar y comulgar...

En el comedor del hotel, una mujer—muy joven—asegura que su hijo está curando. Llevan sólo tres días en el santuario. El hijo padece una atroz insuficiencia mitral. Los médicos no se atreven a intervenir. La mujer ha pasado tres días y tres noches rezando en duermevela. Mañana si la mejoría de ese hijo persiste aún se estudiará su caso en la oficina médica.

He salido. En la mesa de este café le escribo a usted una carta balbuciente. Pido perdón. Pido incluso perdón por no estar como tantos peregrinos—un poco enfermo. La gimnasia mejor para curar las heridas del alma es sencilla: consiste en postrarse de hinojos ante la Virgen pirenáica, y abrir mucho los brazos, y orar en cualquier lengua...

Jaime POL GIRBAL
(Enviado especial)

DIVAGACIONES SOBRE
ELECCIONES INGLESAS

LA VICTORIA CONSERVADORA LA DIO LA BAJA CLASE MEDIA HARTA DE IMPUESTOS, CONTROLES Y HUELGAS



Una de las mesas de escrutinio de votos en las últimas elecciones inglesas

La campaña electoral cogió a los laboristas en muy mala situación

AUNQUE todo ello se veía venir, el anuncio de que para el 26 de mayo habría elecciones generales sorprendió un poco a todo el mundo. Que todo ello se produjo inmediatamente después de la salida de Churchill del Poder confirmó a mucha gente en la idea de que el Gabinete conservador había puesto a Churchill en la disyuntiva de irse en beneficio del partido, o bien quedarse y seguir adelante solo, porque sus colegas se declararían en huelga de brazos caídos, con lo que los únicos que saldrían ganando serían los laboristas. Churchill sigue la historia, apeló a los buenos sentimientos y a la gratitud de los líderes conservadores; pero ellos se cerraron en banda; Anthony Eden y lord Salisbury, más tenaces que nunca. Finalmente, Churchill tuvo que retirarse.

LOS COMPETIDORES DE MR. EDEN

Bajo los años de autocracia churchilliana el partido conserva-

dor vivió bajo una tapadera herméticamente cerrada. Las estrellas nacientes—MacMillan, Butler—se sentían sofocadas y las estrellas veteranas—Eden—veían desesperados que su hora se iba para no volver. «Si Churchill tardara dos años más en retirarse y los conservadores perdieran las próximas elecciones —debió pensar Eden—, el jefe del próximo Gobierno tory no seré yo, sino Butler, y el subjefe será MacMillan; así, pues, ahora o nunca.»

Butler, por su parte, se sabe superior a los demás, aunque no lo sea, y calcula su futuro político con la misma frialdad con que calcula, pongamos por caso, sus presupuestos nacionales. Al dejar pasar primero a Eden ha jugado una carta que quizá le pierda. «Eden—debe pensar Butler—es una nulidad; bajo la sombra gigantesca de Churchill esto se verá tan claro que, aunque por pura chiripa, hiciere las cosas bien, la gente echará de menos al gran hombre desapare-

LA OPORTUNIDAD DE ANTHONY EDEN



Eden saluda a sus electores después de conocida su victoria

cido. El partido conservador se le echará encima y tendrá que acabar por irse después de cuatro o cinco años de jefatura mediocre. Entonces es cuando ven-go yo.»

El caso de MacMillan es más simple: de éxito en éxito, se siente capaz de grandes cosas; es maduro, rico y snob; tiene mucho ingenio y, sin duda, acabará sus días como una especie de segunda edición de Eden. MacMillan no tiene la grandeza vital de Churchill ni la sombría grandeza de Butler; es un dandy en tono menor, un arri- vista en la alta sociedad inglesa. Lord Salisbury, marqués de Salisbury, es algo más comple-



La huelga de ferrocarriles en Inglaterra origina estas extrañas situaciones

jo. Rico, heredero de una tremenda tradición familiar, eminen- cia gris hereditaria del partido conservador, aristócrata hasta las guías de los bigotes, lord Salisbury se siente como estafa- do por la vida. El es el primer ministro natural y lógico que de- biera tener Inglaterra; pero por el mero hecho de que los títulos ya no pueden ser primeros mi- nistros—no es que haya una ley en este sentido; es más bien una convención aceptada por todos, y las leyes no escritas son en In- glaterra las que más fuerza tie- nen—, lord Salisbury tiene que resignarse a vivir en la rebotica. Su influencia es muy grande, a pesar de todo: fué él quien hizo de criada para toda una vez que Churchill cayó enfermo, y fué ministro de Asuntos Exteriores en varias ocasiones; fué él quien se puso del lado de los america- nos cuando Churchill quería pro- vocar como fuese una reunión de los cuatro grandes, y ahora es él quien ha jugado la carta decisiva, según se dice por aquí, en la retirada del gran viejo.

COMIENZA LA CAMPANA

La campaña electoral anuncia- da sin consultar antes a los li-

deres de la oposición, cogió al partido laborista en muy mala situación. Aún fresca la lucha por la expulsión de Bevan y sin un programa político definido que ofrecer al electorado, los laboristas tuvieron que improvisar programa y fraternización entre los enemigos. Attlee y Morrison estaban en el extranjero pronun- ciando conferencias y tuvieron que volver a toda prisa.

El primer movimiento laboris- ta fué realzar la figura de Chur- chill, a quien tanto habían ата- cado hasta entonces: «Este gran hombre, salvador de la patria, traicionado por sus colegas», los políticos laboristas se rasgaban las vestiduras sólo de pensarlo. De aquí se pasó a decir que la verdad, Eden no podía compa- rarse con Churchill; que, falto de Churchill, el país sólo podía confiar en la otra gran figura. Attlee. «Eden será un canene en manos de sus ambiciosos colegas y de los millonarios, que quie- ren volver a los días en que po- dían explotar al pueblo ampara- dos por la Ley; Eden hará lo que le digan, no como Churchill o Attlee, que saben lo que quie- ren y van por ello.» Todo el país

se llenó de grandes fotografías de Attlee que decían en grandes letras: «Attlee es hombre de con- fianza». Los conservadores repli- caron publicando en uno de sus periódicos una caricatura de esa misma fotografía, pero con Be- van detrás, apuntándole en voz baja lo que tenía que decir, y abajo ponía: «Attlee es el hom- bre de confianza... de Bevan». La insinuación era clara: Attlee sí que será un canene en manos de sus subordinados; no Eden.

Todos los defectos posibles le fueron echados en cara: su dan- dismo tradicional, su falta de se- guridad en sí mismo, su tempe- ramento colérico. Un caricaturis- ta laborista sacó a relucir que también Eden pinta en sus ra- tos libres: «Hasta en eso imi- ta a Churchill», comentaron los laboristas. La verdad es que la pintura es un viejo pasatiempo en la familia de Eden: su padre fué pintor conocido y su herma- no, que vive aún, pinta también en sus ratos libres.

LOS CUATRO GRANDES PRECIPITAN LA COSA

Pero los conservadores llevaban varias semanas trabajando de- trás de bastidores y no tardaron en hacer una sonada: «Norte- américa ha aceptado una conver- sación de los cuatro grandes por todo lo alto y sin ataduras pro- tocolarias; justo como quería Churchill».

A los laboristas esto les sentó muy mal; las conversaciones de los cuatro grandes habían sido inventadas por Churchill, y lue- go, en vista de que Churchill, por las razones que fuese, no las volvía a mencionar, fueron pa- tentadas por ellos. Lo que hacía Eden era ilegal; los únicos que tenían derecho a llevar a buen fin las famosas conversaciones de los cuatro grandes eran los labo- ristas.

Pero a lo hecho, pecho; los la- boristas, en vista de que no po- dían acusar a Eden de no ser ca- paz de convocar la famosa re- unión, intentaron zapar su pre- stigio de diversas maneras. Dije- ron primero que los conservado- res no fueron capaces de convo- carlas antes porque Norteaméri- ca no quería acceder a ellas; que la súbita buena voluntad norte- americana se debía solamente a que el partido laborista no era persona grata en Washington por su independencia y su deseo de paz; «ahora acceden para que los conservadores ganen las elec- ciones; pero ya veréis cómo des- pués del 26 de mayo comienzan a surgir dificultades». A Eden le acusaban de oportunismo, de convocarlas con vistas a ganar votos, a pesar de que continua- mente se había opuesto a ellas. Añadían que Bulganin y Krus- chev son hijos del pueblo, inca- paces de conversar con gente co- mo Eden, aristócrata y tal; «Attlee, en cambio, les entiende, y con él se mostrarán más ex- pansivos». Todo esto no merece ni siquiera los honores de la re- futación: es un ejemplo más de lo mal que condujeron los labo- ristas la campaña electoral.

La verdad es que la política exterior laborista fué siempre ca- tastrófica, excepto en uno o dos casos concretos, en que Attlee in-

tervino personalmente; Morrison es, probablemente, el peor ministro de Asuntos Exteriores que ha tenido Inglaterra en lo que va de siglo. Bajo Attlee los obreros se declararon en huelga tantas veces como bajo los conservadores, con la diferencia de que sir Walter Monckton, el ministro del Trabajo conservador, ha sido más eficaz y se ha ganado la confianza de los trabajadores mucho mejor, creo yo, que sus contrapartidas laboristas.

EL BARONCETE INDEPENDIENTE

Todo el asunto de la bomba de hidrógeno está aún demasiado confuso para que un partido político pretenda saber de ello más que los demás; las profecías laboristas, verdaderas o no, sonaban a hueco. Tanto más cuanto que, poco antes de que se anunciara la fecha de las elecciones, se había producido un hecho curioso en el partido laborista. Un baroncete (es decir, justo menos que barón, y justo más que plebeyo; «baronet», en inglés), sir Richard Acland, hombre rico y muy idealista, era diputado laborista por el distrito de Gravesend. Cuando el Gobierno conservador anunció que Inglaterra iba a construir bombas de hidrógeno, sir Richard protestó y aguantó marea; cuando los laboristas apoyaron la decisión del Gobierno, sir Richard se rebeló. No bastaron halagos ni amenazas; sir Richard dijo que él no podía pertenecer a un partido que condenaba la fabricación y el uso de una cosa tan monstruosa como es la bomba de hidrógeno, y que en adelante se consideraría diputado independiente, no laborista.

Los laboristas entonces dijeron que presentarían un candidato rival y que harían cuanto estuviese en sus manos para expulsar de Gravesend a sir Richard. La cosa era muy perjudicial para ellos, porque las elecciones éstas iban a ser ganadas o perdidas por un margen mínimo, y Gravesend era uno de esos distritos poco de fiar, que podían pasarse al enemigo. Si los votos tenían que repartirse entre un conservador, un laborista y un independiente, era más que probable que la mayoría laborista desapareciera y que los conservadores ganasen la partida en Gravesend, como de hecho ocurrió.

LA CAMPANA SE ACELERA

Las insinuaciones laboristas sobre si Churchill estaba prisionero de su propio partido que no quería que la presencia del gigante hiciera desaparecer a los gusanos, continuaban en retanto. Algo de verdad había detrás de ellas, porque, de hecho, Churchill se mantenía callado y en una relativa oscuridad. Es comprensible que Eden quisiera ganar las elecciones a pulso, sin que nadie pudiera decirle luego que fué su padre político quien se las puso en bandeja. Pero lo cierto es que las insinuaciones laboristas pedían muy bien hacerles perder votos a los torios, pues Churchill es inmensamente popular entre la gente hasta el punto de que muchos laboristas votan contra

él al tiempo que confiesan tenerle una admiración sin límites. Eden, Butler y MacMillan, pues, debieron decidir que no había más remedio que sacar al viejo, desempolvado y exhibirlo.

El viejo funcionó bien. Su primer discurso comenzó acusando a Attlee de ser débil e incapaz de mantener unido su propio partido; le llamó «caballo de dos colores», porque, para seguir siendo el jefe tenía que pintarse un lado de blanco y el otro de negro. A Bevan le llamó «oportunistas sin escrúpulos». Ambos contratacaron: Attlee dijo que Churchill era un caballo de cincuenta colores y que los había cambiado todos en el curso de su carrera política; Bevan, que, en el fondo, la vida de Churchill muestra mucho más oportunismo y muchos menos escrúpulos que la suya. «Yo, al menos—dijo—, todavía no he cambiado de partido, a pesar de que muchos lo desearían.»

Bevan, por un momento, volvió a ser el centro de la atención de todos; Butler comenzó uno de sus discursos: «No tengo intención de ocuparme del tipejo ése...» y el resto del discurso no trató más que del tipejo en cuestión. El tipejo, en tanto, campaba por sus respetos: decía que los conservadores son anticristianos, que el partido conservador es «un grupo armónico de bobos». «De acuerdo—replicó MacMillan—en lo de los bobos; después de todo el señor Bevan es un experto en bobos; pero en lo del cristianismo ya no estoy de acuerdo; de cristianismo el señor Bevan no sabe absolutamente nada.»

A través de toda la campaña electoral hubo lluvia y frío; muchos mítines políticos hubieron de ser suspendidos porque, parte por el mal tiempo parte por la indiferencia general, la gente no acudía. Solamente algunos peces gordos conseguían reunir un auditorio en torno suyo, y a los esos no siempre. Bevan, Churchill y Eden fueron los únicos que atrajeron multitudes todo el tiempo. Tanto fué así, que los laboristas, incluso, pensaron que convenía cobrar a dos duros la entrada en los mítines de Bevan.

LA TELEVISION FALLO A MEDIAS

Todo el mundo había puesto grandes esperanzas en la televisión; se decía que éstas iban a ser las primeras elecciones de la «era de la televisión». Inglaterra, con sus millones de aparatos, tenía, prácticamente, televisión en todos los hogares. Para evitar abusos, la B. B. C. limitó los programas políticos televisados a tres por partido, fijando el número máximo de minutos de cada programa. Eden se dejó ver detrás de una mesa; Attlee, sentado en el sillón de la chimenea de su casa. Los tres torios más importantes, Eden, Butler y MacMillan, apretujados tras una mesa demasiado pequeña para ellos, respondieron a las preguntas que iban haciéndoles. Eden dió, en general, una impresión como de poca iniciativa, tirando a mediocridad; Attlee parecía un buen padre de familia que lo que quería era que no le votasen, por-

que la política no deja tiempo para cuidar del jardín.

Algo falló, sin embargo; los técnicos de la B. B. C. aseguraron que el número de gente que conectó el aparato para ver los programas políticos fué relativamente pequeño. En general, la gente escuchó el programa de su partido, sin preocuparse de conectar el de los otros, para ver si tenían algo que decir. Las primeras elecciones de la era de la televisión, pues, están aún por venir. Varios de los candidatos laboristas que fueron derrotados en sus distritos, eran famosos por sus programas televisados; pero los electores no se dejaron deslumbrar.

Si la televisión falló a medias, los estadísticos tampoco quedaron en zaga. Sacando la raza cuadrada del número de ingleses que tienen ojos azules y multiplicándola por la mitad del número de comunistas que tiene Inglaterra, los estadísticos sacaron en consecuencia que los conservadores ganarían con una mayoría de casi cien; la mayoría fué de menos de sesenta, que es cómoda y amplia, pero que no anula, ni mucho menos, a la oposición.

EL NIVEL DE VIDA Y LOS ALIMENTOS

Butler prometió a los electores que bajo los conservadores Inglaterra podría mejorar al doble su nivel de vida actual. «Bajo los conservadores» significa bajo el sistema económico de libertad vigilada que él preconiza, con él al timón, al cuidado de corregir los errores al primer síntoma. Los laboristas, por el contrario, se mostraban pesimistas y hablaban de una crisis inminente. «Si volvemos al Poder—decían—, cuidaremos de que haya comida para todos, controlando los precios si hace falta, y nacionalizaremos cuantas industrias sea preciso.» Pensaban nacionalizar la industria del acero, ya nacionalizada por ellos y desnacionalizada luego por los conservadores; las empresas de transporte por carretera y la gigantesca «Industrias Químicas Imperiales», el sistema de industrias químicas más vasto del mundo que se extiende por muchos países, gana millones de dólares para el Tesoro inglés y es, virtualmente, un monopolio.

Contra las continuas reducciones de impuestos que han venido efectuando los torios, los laboristas no dijeron nada; pero era inevitable que acabasen por volverlos a subir para sufragar los gastos de administración que sus controles y sus nacionalizaciones tendrían que acabar por traer.

Así las cosas, los conservadores aseguraron que los laboristas, si volvían al Poder, volverían a introducir el racionamiento. Yo no creo que tal fuera su intención; pero la gente identifica a las cosas con quien las trajo, aunque las circunstancias sean diferentes, y por eso muchos ingleses, al pensar en los días del racionamiento y en las cosas, se acuerdan instintivamente del laborismo, sin pensar que, en tales circunstancias, hasta los conservadores hubieran tenido que racionarlo todo. La acusación torry, injusta y todo, causó mucha

impresión y los laboristas se vieron perdidos. Juraron oficialmente que ellos no pensaban traer racionamientos ni nada; pero ni con ésa s. Las pancartas conservadoras mostraban cartillas de racionamiento y decían: «¿Te acuerdas?» Esta jugada conservadora fué muy hábil, y, sin duda, les costó muchos votos a los laboristas.

Los laboristas prometieron acabar con los monopolios, nacionalizándolos; los conservadores prometieron dividirlos en grupos de empresas rivales; más prosperidad, libertad, abundancia, trabajo para todos y sueldos altos. Y así como los laboristas, los creadores del estado nodriza, se vieron derrotados por los ex enemigos de la igualdad social, transformados ahora de arriba abajo; y todo porque los conservadores tuvieron la suerte de ser derrotados en las primeras elecciones de la posguerra, cuando las medidas impopulares eran necesarias para reconstruir la economía nacional.

LA DOCTORA EDITH SUMMERSKILL

La doctora Edith Summerskill es una de las personas más influyentes del partido laborista, ex ministro y futuro ídem. De momento se contenta con ser presidenta del Comité Ejecutivo del partido y antibevanista convicta y confesa. Sueña con ser la primera mujer que llegue a primer ministro en Inglaterra, y todos los años propone una ley que dé a las mujeres divorciadas derecho a quedarse con la casa, mas la mitad de los muebles, mas la mitad del dinero del marido. Los diputados ingleses, maridos casi todos, se la derrotan invariablemente. En su casa es ella la que lleva los pantalones y sus hijos tienen el apellido de ella, no el del padre.

Bueno; pues la doctora Summerskill, en un programa televisado sobre el nivel de vida en Inglaterra bajo los tories, dijo que los precios han subido desproporcionadamente desde que los laboristas cayeron del Poder. Para demostrarlo enseñó un paquete de té de entonces y otro de ahora. El de entonces costaba un duro; el de ahora, seis. La razón era que la buena doctora mostró el té más barato de aquellos días y lo comparó con el más caro de éstos. Este fraude fué recogido por los conservadores y mostrado al pueblo como ejemplo de la falta de escrúpulos de la propaganda laborista.

No es esto todo: la doctora Summerskill luego, encarándose con su audiencia televisante, les dijo:

—Está demostrado que desde que subieron al Poder los tories, los niños ingleses comen menos huevos, carne, leche, y mantquilla que antes. Es preciso que vuelvan al Poder los laboristas para remediar esta injusticia.

—¿De qué injusticia habla la doctora Summerskill? — replicaron los conservadores—. Bajo los laboristas los niños comían poquísimos de todo eso porque esta-

ba racionado; ahora está todo a venta libre y los precios son, relativamente, bajos en comparación con el nivel general de sueldos. De modo que si los niños comen pocos huevos y poca carne será porque prefieren pasteles de hojaldre, porque otra razón no hay. ¿O es que la doctora Summerskill piensa forzarles a que coman huevos y leche, aunque no les guste?

Aquí dieron en el clavo, porque al inglés normal le horrorizan los métodos, y los que se creen con derecho a forzar a esto o a lo de más allá. La doctora Summerskill tiró dos veces; pero ninguna de ambas dió en el clavo.

EL DIA CRITICO

Recuerdo que cuando las elecciones pasadas el «Daily Mirror», laborista perdido, causó un escándalo de última hora publicando en primera página una caricatura que tendía a dar la impresión de que Churchill era un enemigo público, que quería la guerra por motivos de lucro personal. Churchill, ganadas las elecciones, puso en pleito al periódico

y le forzó a pedir excusas. Ahora se esperaba que el «Mirror» hiciese otra de las suyas; el ejemplo del jueves 26 de mayo fué escrutado cuidadosamente, para ver lo que había; no había nada, sin embargo; solamente unos titulares grandotes que decían: «No dejéis sueltos a los conservadores, no les déis una mayoría excesiva». Tal era el estado de depresión reinante entre los laboristas que ya no se trataba de ganar las elecciones, sino de no perderlas por demasiados votos. Si la idea del «Mirror» era que continuase este estado de incertidumbre, con un Gobierno que está en el Poder gracias a una mayoría casi inexistente, se equivocó de medio a medio.

El escándalo—si bien en tono menor—corrió a cargo de un periódico tabloide conservador que lanzó a toda plana una información sensacional: «Hemos descubierto una intriga en el partido laborista para derrocar a Attlee y poner a Bevan en su lugar». Uno se imagina a miles de burgueses placidos levantándose de su lecho de muerte y yendo a votar lluvia o nieve para que ese bandido de Bevan no suba al Poder.



Enormes colas de aspirantes a viajeros en una estación ferroviaria de Londres

La huelga de los ferroviarios puso la situación al rojo vivo; una huelga en plena elección no beneficiaba a nadie, ni a los partidos políticos ni al ciudadano. Una huelga, además, que se basa en motivos puramente ansiosocialistas: rivalidad entre dos sindicatos y envidia que nada tienen que ver con sueldos o con patronos explotadores. Eden hizo cuanto pudo por parar la huelga antes de las elecciones, pero sus esfuerzos fallaron y la cosa, en el momento en que escribo, pasa ya a mayores. El hecho concreto es que, al abrirse las urnas, había miles de personas a quienes la huelga perjudicaba personalmente, y pocas de ellas eran millonarios o duques. La victoria conservadora la dió la baja clase media, harta de impuestos, controles y huelgas irresponsables, y deseosa de un Gobierno estable que tenga en jaque a los sindicatos y a los comunistas camuflados en el sistema sindical inglés. Los obreros mismos tienen que haber reaccionado hostilmente a todo esto, porque si todos los obreros hubieran votado a los laboristas los conservadores habrían perdido con mucha diferencia.

La noche de las elecciones llovó y Picadilly estaba poco menos que desierto; los guardias controlaban la aglomeración de coches, y la gente que se sentía con fuerzas de desafiar la lluvia aclamaba los resultados según iban siendo publicados en grandes letreros luminosos sobre las fachadas de la plaza. Yo, al recorrerla, recordé con nostalgia que, durante las elecciones pasadas, el centro todo de la ciudad hervía de entusiasmo. Mi huésped me llevó a un Club céntrico donde seguimos los resultados entre copa y copa de champaña; detrás de nosotros un borracho rompía un vaso cada vez que los laboristas ganaban un distrito:

—Si ganan los conservadores —murmuraba— pagaré todo lo que sea, porque me lo ahorraré en impuestos.

—¿Qué le parece la voz de la democracia inglesa, Pardo?— me preguntó mi huésped.

—Poco melodiosa—le respondí.

EL «ESTADO DE URGENCIA» SE FIRMA EN UN CASTILLO DE BALMORAL

De todas formas la huelga de los ferrocarriles se ha convertido en un acontecimiento decisivo para medir las fuerzas personales de Mr. Eden quien ha vivido hasta ahora con la preocupadora sensación de compartir la sucesión de Mr. Churchill con el trío Mc Millan, Butler y Salisbury. El con-

flicto cobra así, aparte de sus tremendas consecuencias sobre la vida económica de Inglaterra, un interés enorme.

El gigantesco paro laboral no ha nacido de intereses exclusivamente económicos, sino que corresponde, esencialmente, a una crisis extremadamente grave del mecanismo sindical de Inglaterra. Puede hablarse, por tanto, de una verdadera revuelta sindical contra el monopolio de autoridad que hasta el momento ha venido efectuando la Confederación de los Trade Unions. Rota, pues, la disciplina sindical por Jim Baty, secretario general del A. S. L. E. F. (Sindicato de los conductores de locomotoras) los acontecimientos se han precipitado. Ninguna gestión del Gobierno o de la Confederación sindical ha servido para modificar los aspectos fundamentales del primer día. Por lo tanto, el Gobierno de Eden se resolvió por la proclamación del Estado de urgencia o de crisis.

Después de celebrada la reunión ministerial del día 30 de mayo se llegaba al acuerdo de solicitar de la Reina la apertura de un ciclo de medidas mayores. El día 31, un avión «Viking» de la escuadra aérea de la Reina aterrizaba en Balmoral. Tres hombres subieron, rápidamente, a un automóvil, y tras ellos rodaron los servicios de vigilancia. Uno de los recién llegados, lord Salisbury llevaba un maletín rojo que contenía el texto de la ordenanza real proclamando el «estado de crisis» que, como todo el mundo sabe, proporciona al Gobierno inglés poderes excepcionales.

El mismo día, pocas horas después de su llegada, los tres ministros, lord Salisbury, lord Munster y Geoffrey Lloyd informaban a la Reina, constituidos en Gabinete privado, de la primera crisis grave de su reinado. En el castillo de Balmoral, donde la Reina pasaba sus vacaciones, se firmaba la proclamación.

LAS MEDIDAS DE EXCEPCION TIENEN QUE SER RATIFICADAS POR EL PARLAMENTO

De acuerdo con la ley del año 1920 la proclamación del «estado de crisis» tiene que ser ratificado por el Parlamento siete días más tarde. Por esta razón la sesión parlamentaria del día 14 ha sido suspendida y provocada varios días antes. Es decir, para el día 7.

El «estado de urgencia» permitirá al Gobierno, en líneas generales, lo siguiente:

1.—Le requisa e incautación de toda clase de camiones y de coches para el transporte de viajeros.

2.— Contratar e eventualmente los conductores y mecánicos necesarios para las locomotoras.

3.— Poner en pie de guerra el Ejército para asegurar ciertos transportes indispensables.

4.—Requisar los depósitos y también los «stocks» de combustibles.

5.—Perseguir a los huelguistas que se opongan a las medidas tomadas por el Gobierno.

Solamente en tres ocasiones, en la huelga general de 1926, y en las de 1948 y 1949, estas dos últimas bajo el Gobierno laborista, se ha consumado el «estado de urgencia».

En la primera ocasión, en 1926, la huelga se terminó antes de que los poderes especiales pudieran tomar sus medidas. Al revés, en 1949, por orden del jefe del partido laborista, Attlee, las tropas se encargaron de asegurar el trabajo en los muelles.

LA CATASTROFE DE LA HUELGA

Solamente unas cuantas cifras pueden dar idea de lo que significa la paralización de los ferrocarriles ingleses y de algunas de los puertos. Por lo pronto, el 60 por 100 de la alimentación inglesa procede de la importación.

Los ferrocarriles transportan, semanalmente, cuatro millones de toneladas de carbón a lo largo de sus vías con destino a los puertos y a las industrias del acero. En las regiones del Norte, el carbón se apila con progresión geométrica de tal categoría que en todas las minas ha cesado el trabajo en el subsuelo. Las empresas han anunciado ya, para fines de semana, el paro.

La industria química de la rívera del Tees, que emplea nada menos que 60.000 obreros, se encuentra en las mismas condiciones. A su vez las industrias del acero y las del automóvil se encuentran amenazadas de idéntico paro por falta de los materiales indispensables.

Lo más grave, al menos en los momentos de redactar estas cuartillas, es la posibilidad de que, el movimiento huelguístico, pudiera extenderse a los puertos. Londres tiene 17.000 obreros portuarios en huelga y aunque en líneas generales, en los cuatro puertos, Londres, Liverpool, Hull y Manchester, predominan los sindicatos no inclinados a la huelga les amenaza, igualmente, el paro.

La huelga, por la situación creada a la nación, con pérdidas ya fabulosas, se ha hecho decididamente impopular. Los conservadores como los laboristas se han unido en esta ocasión contra los sindicatos rebeldes intentando resolver el conflicto, pero no conseguido éste el país está paralizado. El sindicato de los locomotoristas, eje del problema, supone un núcleo obrero de 70.000 hombres.

Se cuentan, sin embargo, cosas de humor. Dos amigos londinenses que se encontraban en la villa de Cornualle al sentirse inco-municados compraron una apisonadora y se pusieron, si así puede decirse, en camino. Antes, en telegrama consolador y humorístico, avisaron a sus familias que esperaban llegar el próximo domingo.

JESUS PARDO, desde Londres, y desde nuestra Redacción de Madrid



Empleados ferroviarios en Inglaterra discuten la situación



ARMONIA y SIMPATIA



LAS IMITACIONES NUNCA SATISFACEN. RECHACELAS.
Compruebe la marca Amor, en el interior del puente.

Las líneas de las gafas **AMOR**, tanto en sus modelos femeninos como en los varoniles, se ajustan funcionalmente a la armonía del rostro. Confieren a la mujer mayor belleza y al hombre más carácter, aplomo y simpatía. Son las gafas que gustan, adoptadas en el mundo entero. Su campo de visión es amplio. Se ajustan perfectamente, sin deslizarse. Son resistentes, fuertes, indeformables y virtualmente no pesan. Son cómodas. Dótelas de cristales **FILTRAL**. Eliminará las radiaciones nocivas, manteniendo los ojos descansados.

Amor

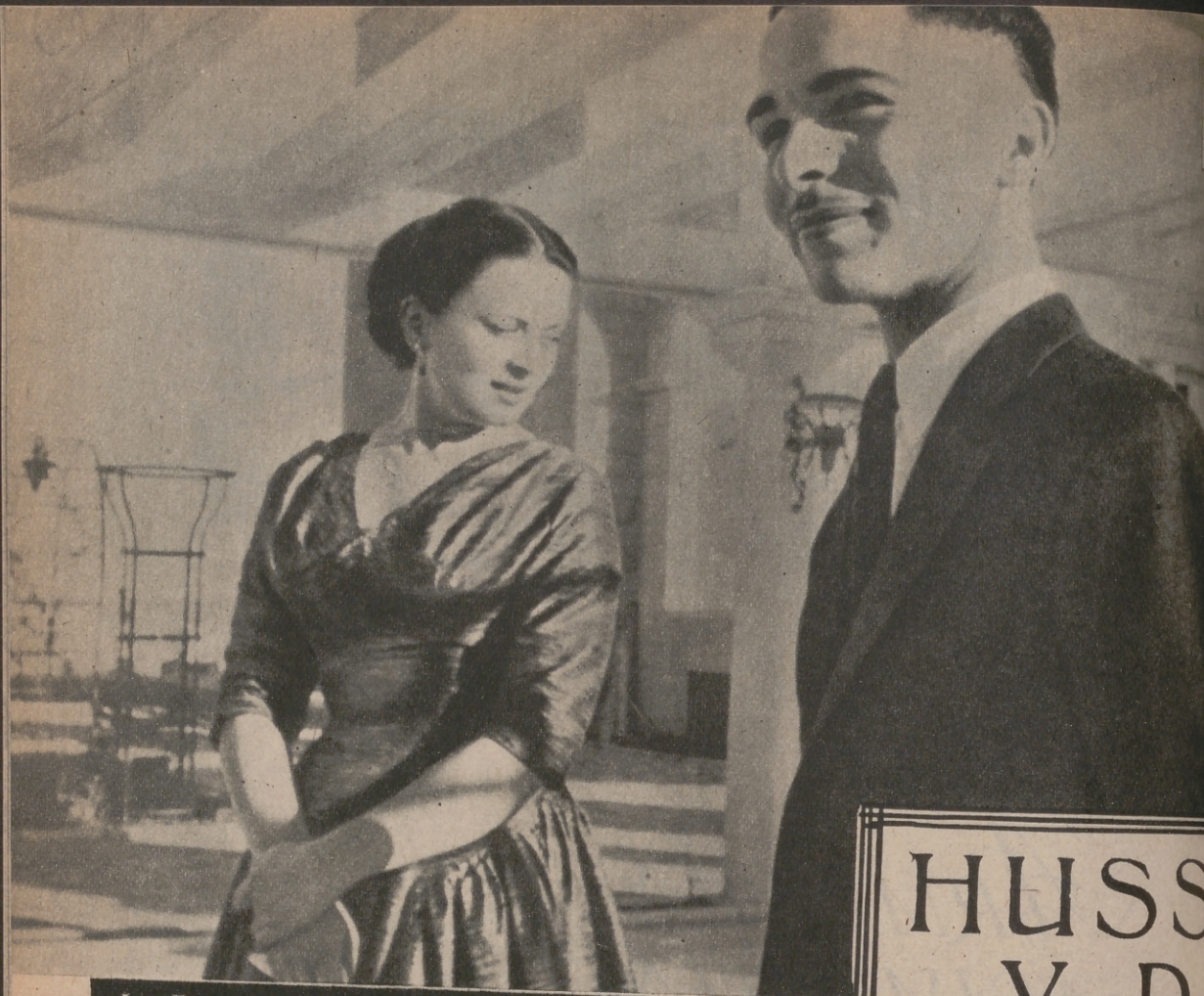
las gafas deseadas

ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE
LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES

Monturas gafas **AMOR**,
enchape-oro 50/1000.
Sin aros, Ptas. 300.
Con aros, ptas. 325.
En oro de 18 quilates,
Ptas. 1.620

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A.
MADRID - BARCELONA - SEVILLA - VALENCIA





Los Reyes de Jordania, Hussein I y Dina, que actualmente visitan España

DESE a la lejanía histórica, pese a la lejanía geográfica, Jordania es para los españoles un país amigo. No es ésta la primera vez que nos visita un Rey de Jordania. Fué en 1949 cuando el pueblo corufés tributó un clamoroso recibimiento al Rey Abdullah, ilustre abuelo del actual Soberano reinante, que ahora nos visita. Como recordará el lector, Abdullah fué asesinado a las puertas de una mezquita de Jerusalén por un fanático poco después.

En cierto modo, el viaje a España de Abdullah coincidió casi exactamente con el comienzo de una etapa histórica española: la de la rehabilitación internacional de nuestro país después de los años de bloqueo. El entonces Rey de Jordania fué el primero de la serie de Jefes de Estado, de jefes de Gobierno y de personalidades que, a partir de entonces, vinieron aquí. Cuando el pueblo corufés aclamaba al Caudillo y a Abdullah en el puerto de La Coruña acababa de fondear en El Ferrol el «Columbus», barco insignia de la Flota norteamericana del Atlántico, que nos visitaba por primera vez desde la terminación de la guerra.

El Rey Abdullah recorrió después muchas regiones españolas, sobre todo aquellas en las que quedó la brillante huella de la

civilización musulmana, y nos consta que se fué de aquí hechizado por nuestro país. Tal vez algún día, en su blanco y remoto palacio de Amman, el viejo Rey habló a Hussein, su nieto, de España y de los gratísimos recuerdos que de ella se llevó, suscitando en el joven príncipe el deseo de visitarnos. Deseo que ahora se cumple, y en una ocasión solemne de su vida, pues, como es sabido, el 19 de abril pasado contrajo matrimonio con la princesa Dina. Así, pues, Hussein de Jordania, por invitación del Gobierno español, nos ha hecho el honor de venir a España en viaje de luna de miel. Estos viajes nunca se eligen al azar, y su itinerario lo elabora siempre el corazón. Aparte, pues, las razones de Estado que hayan podido aconsejar la realización de este viaje, y que siempre darán magníficos frutos tratándose de dos países tan amigos como España y Jordania, el hecho de que Hussein y Dina hayan venido a nuestro país en estos momentos denuncia bien a las claras que España está muy cerca de su corazón.

UNA TIERRA BIBLICA

Aunque resulte un poco superfluo describir a estas alturas la historia y las características del Reino hachemita de Jordania,

HUSSIN I Y DINA SOBERANOS DE JORDANIA

pues nuestra Prensa se ha ocupado en múltiples ocasiones de este país, pensamos que no estará de más recordar algunos datos que fijan plásticamente en nuestra imaginación el perfil de este joven Estado palestino.

La extensión de Jordania es aproximadamente de 96.000 kilómetros cuadrados. Su población es de 1.250.000 personas, en su mayoría árabes de religión musulmana si bien se cuentan en el país 50.000 árabes cristianos y una minoría de musulmanes circasianos del Cáucaso.

A esta población hay que añadir cerca de 300.000 refugiados procedentes de las regiones de Palestina ocupadas por los judíos.

Estos refugiados árabes ya sabe el lector que constituyen la más grave y lamentable secuela de la guerra que enfrentó en 1948 al nuevo Estado de Israel y a los países árabes. En núme-

La famosa Legión Árabe de Jordania vigila las fronteras de Palestina

LAJE REGIO POR ESPAÑA

ro total de cerca de un millón, estos refugiados, que viven en tiendas de campaña y gracias a la hospitalidad y filantropía de los países que los han acogido, son los que mantienen latente el peligro de un nuevo conflicto armado entre árabes y judíos. Recientemente los refugiados árabes jugaron un papel tan importante como peligroso en los incidentes árabes israelitas de Gaza. Podemos decir que Jordania tiene dos capitales: una espiritual y otra administrativa. La primera es la parte vieja y sagrada de Jerusalén; la otra es Amman, que cuenta con una población aproximada de 130.000 habitantes.

Los cristianos tenemos contraída una inmensa deuda con los Soberanos de Jordania por las grandes facilidades que han dado siempre para mantener el difícil «statu quo» de Jerusalén, que nos permite el acceso a los Santos Lugares. Debemos recordar a este respecto que ni el abuelo del Rey actual ni éste han puesto obstáculos en ningún momento a la internacionalización de los Santos Lugares, en la que tan lógicamente interesado está todo el orbe cristiano.

Aparte Jerusalén, y Amman, cuenta Jordania con ciudades de la impor-

tancia histórica y espiritual de Belén, Naplusa y Jericó, cuyas bíblicas murallas se derrumbaron al son de la trompetería de Josué. Entre las ciudades que están en período de crecimiento figura en primer lugar Aqaba, en el mar Rojo, donde actualmente se está construyendo un puerto destinado a ser la salida al mar, el Dantzig de Jordania, por donde en su día saldrán los fosfatos que este país extrae del mar Muerto, tan ligado a lo que pudiéramos llamar la historia secreta del Estado de Israel.

ESTRUCTURA POLITICA DEL REINO

Ya hemos dicho que Amman es la capital administrativa del país. Allí viven los actuales Soberanos, en un palacio de mármol blanco, y funcionan todas las instituciones políticas del Reino.

Este es una Monarquía parlamentaria y constitucional. No obstante, es tradicionalmente fuerte la autoridad del Soberano, cosa que responde perfectamente a la estructura política y social de un país árabe.

El Parlamento es bicameral y está compuesto por una Asamblea legislativa, integrada por 40 miembros elegidos por sufragio. Las mujeres de Jordania todavía no tienen derecho a voto aunque están luchando denodadamente por conseguirlo. Pero si alguien pensase que es éste un síntoma de inmadurez política, nos permitimos recordar al lec-



Hussein I ante el retrato de su abuelo, Abdullah

tor que en Suiza, país de los más civilizados de Europa y de los más maduros, políticamente hablando, tampoco las mujeres tienen derecho a acudir periódicamente a las urnas.

La otra Cámara es un Consejo de notables, en número de diez, designados por el Rey. Es en realidad una especie de Consejo de la Corona. Queda dicho que el Rey asume importantes atribuciones del Poder ejecutivo. Estas atribuciones han sido empleadas con gran moderación y tacto por Abdullah, por el Rey Talal y por su hijo y soberano reinante Hussein, compensándose de esta manera las posibles imperfecciones de un sistema no muy fogueado, pues comenzó a funcionar en abril de 1950.

FUERZAS POLITICAS

La vida política jordana, por diversas circunstancias históricas que no es necesario traer ahora a colación, ha sido siempre muy agitada. Es natural así que lo que los occidentales entendemos por libertad de asociación, de palabra, etc., necesiten una severa vigilancia. Amman ha sido en estos últimos tiempos escenario de vastas intrigas, en las que a veces se ha jugado la misma suerte de todo el Orien-



La real pareja hachemita el día de la boda

te Medio, y por ello los gobernantes jordanos han tenido que emplear constante y simultáneamente la prudencia y la energía.

No hay en este Reino hachemita de Jordania partidos políticos propiamente dichos, en el sentido occidental de estas palabras. No cuentan con un estatuto legal, es verdad, pero de hecho existen varias organizaciones políticas de muy diversas tendencias. Entre esas organizaciones podemos nombrar el llamado Partido del Renacimiento («Hib an Nahda»), que es el único partido oficial y palatino reconocido como tal. Le nutren los principales funcionarios permanentes del Reino y las clases dirigentes de más solvencia. La oposición, siempre en el sentido restringido a que venimos refiriéndonos, está representada por la Asociación de Trabajadores Arabes, dirigida por el doctor Omar Al Jabil. En la extrema izquierda encontramos la llamada Liga de Liberación Nacional, que es de tendencia comunista. El resto de las organizaciones políticas están vinculadas a personas y situaciones ya superadas, y de ellas puede decirse que apenas ejercen influencia en la vida política jordana.

Económicamente, Jordania es un país eminentemente agrícola, y en su subsuelo hay importantes recursos minerales, ahora en

vías de explotación. Pero lo que sin duda revolucionará la economía de Jordania, será la explotación hidráulica y agrícola del río Jordán y de los ríos menos caudalosos de Zerq y Quilt.

LA LEGION ARABE

El Ejército de Jordania está constituido por la famosa Legión Árabe, que es una fuerza armada de «élite» sin par en todo el Oriente Medio. Fué organizada por el famoso Giudb Pachá, un inglés que, siguiendo las huellas del legendario Lawrence, asimiló por completo la mentalidad y las costumbres de los árabes. Fué esta Legión la que, sin duda, se batió más heroicamente y con más conocimiento del arte militar moderno durante la campaña de 1948. Fué también el Ejército jordano el único que no cedió un palmo de terreno a los israelitas.

Como sin duda sabe el lector, la historia de Jordania, de su nacimiento como Estado independiente, está estrechamente relacionada con Inglaterra y con la política que ésta ha venido realizando en Palestina desde la famosa «rebelión del desierto» hasta que se retiró de Tierra Santa. La alianza entre Inglaterra y Jordania se traduce actualmente en el hecho de que este país permite la presencia de

ciertas guarniciones británicas en su territorio a cambio de una pensión anual de 7.000 libras esterlinas, que se dedican en parte al sostenimiento de la citada Legión Árabe.

REGIO IDILIO

Queda dicho que los Soberanos Hussein y Dina contrajeron matrimonio en Amman el 19 de abril de este año. Con tal motivo nuestros lectores han tenido ocasión de leer abundantes relatos sobre esta ceremonia y sobre las circunstancias que la precedieron.

Hussein I nació en 1935. Hizo sus estudios en el Colegio Islámico de Amman, en el Colegio Victoria, de Alejandría; en Harrow, la famosa «Public School» británica, y finalmente en la Academia Militar de Sandhurst. Ha sido, pues, magníficamente preparado para desempeñar con brillantez su papel de Soberano. Subió al Trono el 11 de agosto de 1952.

La Reina Dina es pariente lejana de su egregio esposo y pertenece también a esta ilustre familia de los hachemitas, familia de reyes. Tiene seis años más de edad que el Rey Hussein. En cierto modo esta Soberana simboliza la emancipación de la mujer musulmana, sin perder por ello sus virtudes tradicionales.

Estudió en las Universidades de Cambridge y Londres. Domina a la perfección varios idiomas y obtuvo una cátedra de Literatura inglesa en la Universidad de El Cairo. Puede decirse de ella que ha sido la primera cátedrático de Universidad que ha vestido la «púrpura real».

El regio idilio se inició hace cosa de tres años. Se encontraron por primera vez en el jardín de la casa en que ella vivía en El Cairo; una casa confortable, pero no principesca. El mundo tuvo noticias de sus relaciones cuando gracias a la indiscreción de un sirviente, se supo que Dina adornaba diariamente con rosas el retrato de Hussein.

La ceremonia, celebrada recientemente en Amman, no tuvo el fasto oriental a que estamos acostumbrados. Todo estuvo rodeado de sencillez, aunque también de solemnidad, muy a tono con los tiempos que corren y con la educación moderna recibida por los regios contrayentes.

Después del breve reinado de Abdullah y del padre de Hussein I, Talal, malogrado por razones de salud, todo el mundo espera que esta joven pareja lleve por fin la felicidad y el bienestar al pueblo de Jordania, interrumpiendo al mismo tiempo ese trágico sino que ha pesado siempre sobre la gran familia de los hachemitas, y que un día puso sombras de melancolía en la expresión de este Soberano que hoy nos honra con su presencia, y que parece haber recuperado la felicidad y la esperanza al desposarse con la mujer a quien había amado desde su adolescencia cuando, a pesar de su ilustre sangre real, estudiaba como un cadete más en una Academia Militar inglesa.

Unidad motorizada del Ejército jordano



AZOR

PHILIPS



Con PHILIPS vivirá mejor

PHILIPS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre

Domicilio

Plaza

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELEC. TROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS FLUORESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TODOS LOS DEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM. • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

NOTA: Este anuncio ha sido publicado por primera vez en la Prensa el día 1.º de Enero de 1955.

ANNA

NOVELA

Por Antonio Manuel CAMPOY

«Cuidado, que jugando a los fantasmas nos volvemos fantasmas.» (Advertencia de cábala.)

I

QUERIDO Carlos: Todavía no llevamos aquí una semana y ya somos viejos amigos de todo esto. Sí; ya sé que mi madre no aprobaría esta carta. Me diría que a ti no conviene decirte cosas que te hagan sentirte más aún... como estás. Pero yo sé que a ti te gustará saber qué hacemos por estos mundos. ¿Recuerdas lo mucho que deseamos siempre este viaje a Alemania? Ya tenemos el programa del curso que explicará el profesor Otto Hahn, de la Universidad de Gotinga; pero, ¿de veras que te gustará oírme hablar del profesor Hahn y de sus elementos radioactivos? ¿No será mejor que hablarte del radiotorio, del protactinio y del mesotorio, contarte, por lo pronto, lo hermosa que es Heidelberg? Mira: ahora te escribo desde el ático en que Esteban y yo vivimos. y por la ventana se ve estupendamente el río, el Néckar, abriéndose a la campiña renana...»

Carlos deja caer la carta sobre sus rodillas y sus ojos recorren lentamente la habitación, hasta pararse en un cuadro que hay frente a él. Es el retrato de un niño como de seis años, rubio y con el gesto muy alegre. Carlos inclina la cabeza sobre el pecho y después la levanta dando un hondo suspiro. Ya está anocheciendo sobre el campo, y el macizo de lirios que hay junto a la ventana comienza a volverse una mancha oscura. Un perro rompe a ladrar súbitamente, y Carlos apoya sus manos afiladas en los volantes que ponen en movimiento las ruedas de su silla. A los pocos minutos entra un perro en la habitación, precediendo a una señora de pelo blanco y grandes gafas de concha negra.

—¿He tardado mucho, hijo mío? ¿Estás solo? ¿Dónde fué tu tío a estas horas? ¡Quietito, «Caribe», que me manchas!

—Ven aquí, «Caribe»... El tío salió hace cosa de una hora, y no creo que vuelva hasta las diez. ¿Qué cuenta tía Carlota, mamá?

—Ella siempre dice lo mismo, hijo. ¿Y dónde fué mi hermano?

—A la botica. Dijo que quería discutir algo con el cura. Ya imaginarás qué podrá ser, sus manías de siempre... He recibido carta de Pedrin.

—¿De Alemania?

—Sí; de Heidelberg. Dice que aquello es muy hermoso.

—¿Es que querías tú ir a Alemania, hijo mío? ¿Y por qué no me lo has dicho? Tu tío estuvo allí dos o tres veces, cuando era joven, pues entonces le dió por viajar, lo mismo que ahora le ha dado por no salir de aquí... ¿Sabes de lo único que se acuerda cuando habla de Alemania? Pues de un Campeonato de bebedores de cerveza y de una profesora de no sé dónde que le dijo que no había oído jamás a un español hablar alemán tan bien como él... Hijo, ¿de verdad que te gustaría ir a Alemania? Anda, hermoso, animate y nos acompañaría tu tío, que se conoce aquello muy bien...

—Por Dios, mamá..., ya sabes que los viajes no son para mí, y yo estoy aquí mejor... ¡Baja, «Caribe», que tienes las patas sucias!

—Hay que ver lo que te quiere este perro, ¿verdad? Algunas veces pienso que este animal tiene inteligencia...

—¡Calla, hombre, no ladres tan fuerte... Sí, mamá, es muy inteligente y muy cariñoso... ¡Silencio, «Caribe»!

—Es que habrá oído a alguien, a ver...

—Sí, alguien entra.

—Ese debe ser tu tío, como si lo viera.



Se abre la puerta de la habitación y entra un hombrecillo casi extravagante, metido en un enorme abrigo color café, calzado con botas que hacen crujir el piso de madera. El hombrecillo tiene todo el pelo blanco, lleva una gorra también de color café y los pantalones que le asoman por los cuatro dedos de distancia que hay entre el abrigo y las botas son unos pantalones blancos. En el bolsillo del abrigo lleva un fajo de periódicos, y en el bolsillo superior, un gran clavel. Tiene ojos penetrantes el viejo, la frente surcada de arrugas y muy despejada.

—Sobrino: siempre que me miro e te clavel en la solapa o en el bolsillo, es igual, me tengo por el asesino de la primavera... Bueno, no estaba allí don Servando, que si está ya le habría dicho yo, apyándome, en Santo Tomás, naturalmente, si existe o no existe una unidad entre ciencia y fe, entre lo natural y lo sobrenatural... ¡Estos curas de pueblo! ¿Cómo está Carlota?

—Como siempre. Dice que a ver cuándo te dejas ver un poco.

—Ya iré; ahora tenemos mucho que hacer aquí, ¿verdad, sobrino?

—¿Y qué es lo que estáis haciendo, si puede saberse?

—El tío me está enseñando sueco, mamá.

—¿Pero tú sabes sueco, Alfredo? Y qué callado que te lo tenías.

—Supongo que no tendrás la pretensión de saber todo lo que yo pueda saber o ignorar, ¿eh?

—Hombre, yo...

—Tú no sabes nada de esto. Mira, conozco Suecia como la palma de mi mano, la he recorrido dos veces de Escania a Laponia, como los patos salvajes...

—¿Y qué fuiste tú a hacer en Laponia, Alfredo?

—¿Y qué fui a hacer a Alemania, al Congo, a Italia, a Chile?

—Es que a ti siempre te gustó viajar, no me digas...

—Me gustó; pero un día me di cuenta de que viajar es una sandez. A uno le faltarían días, así viviera cien años, para dedicarse a conocer el propio rincón familiar. Creo que eso de viajar es un disparate, inventado por los ociosos y los pobres de fantasía, y por creerlo así es por lo que no he de moverme de aquí en toda mi vida.

—Sí, tío, de aquí no nos moveremos nunca... Mira; he recibido carta de Pedrín, desde Heidelberg.

—¿De Heidelberg? Es una ciudad absurda, Carlos, y el Néckar es un río pestilente. No iría yo otra vez allí ni por todo el oro del mundo. ¿Cómo se le ha ocurrido a ese muchacho ir a tal sitio? Se necesita ser todo lo imbécil que es Pedrín para...

—¡Alfredo, no empieces...!

—Pero si es la verdad. ¿A quién se le ocurre escribirle a éste diciéndole que Heidelberg es una maravilla? Porque te lo habrá dicho, ¿no es eso?

—Dice que no está mal.

—Tonterías. Bueno; ¿jugamos esa partida de ajedrez?

—¿Otra?

—¿Cómo otra? ¿Acaso hemos jugado alguna esta tarde?

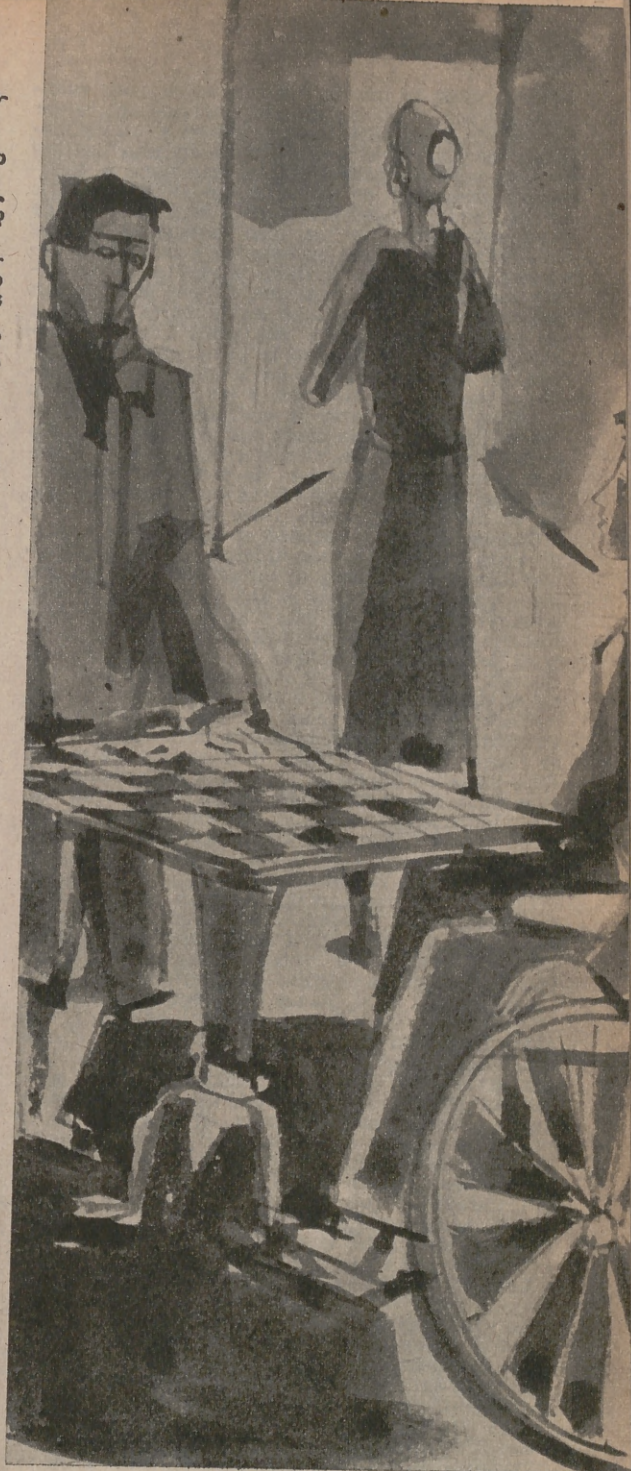
—Jugamos después de comer, tío.

—Y también comimos, lo cual no será obstáculo para que cenemos. Anda, Luisa, di que me hagan un poco de café, y tú puedes vernos jugar si quieres; pero a condición de estar en silencio: es lo que siempre le recomendé a tu marido.

La madre de Carlos lleva ante la silla de ruedas una mesita de ajedrez y sale de la habitación. Cuando vuelve, el reloj de pared da lentamente ocho campanadas. Ella se sienta en un sillón y se pone a ojear los periódicos que su hermano traía en el bolsillo del gabán. Carlos y el vejete comienzan a jugar su eterna partida de ajedrez. A los pies de Carlos, el enorme perro dogo está echado, y de vez en cuando empina sus medias crejas, gruñe y vuelve a dormir. A través de la ventana ya no se ve nada.

Carlos también ha sido un niño alegre y robusto. Hasta los seis años, ninguno de sus amiguitos le ganó a corretear por los campos. Una tarde sintió mucho frío y sus padres llamaron al médico. Desde entonces anda en su silla de ruedas. Su padre murió creyendo que lo de Carlitos no era definitivo. Su madre, muchas veces se lo repite ella misma, no habría sabido qué hacer de no tener junto a ellos a su hermano Alfredo. Su hermano, hasta aquel entonces, había parado muy poco en casa. Se dedicaba a viajar por el extranjero, y cada año volvía cargado de libros y de objetos extraños. Pero cuando Carlitos se subió para siempre en su silla de ruedas, el viejo ya no salió más a viajar, y se convirtió en una especie de pifera del pobre sobrino. El fue el que le hizo estudiar, él que le hace aprender tantas cosas.

Pedrín y Esteban, los estudiantes que están en Heidelberg, son vecinos de Carlos, sus fincas lindan, y desde muy chicos fueron tres camaradas de juegos. Luego, cuando ellos tuvieron que ir a la Universidad, Carlos únicamente pudo verlos durante las vacaciones y alguna que otra vez, muy rara, cuando iba con su madre y con su tío a Madrid. Los tres amigos se quieren mucho, aunque son de caracteres muy diferentes. Pedrín es un muchachote optimista, aficionado a los deportes, y a los viajes. Todo lo ve color de rosa. Esteban, el menor de los tres, anda siempre tras sus compañeras de facultad, y se tiene por un galán de cine frustrado. Carlos, a pesar de la voluntad que procura insuflarle su tío, es un chico apático



y triston, amigo de estar solo y de imaginar extrañas historias de amor y de peligro. A Carlos, no obstante la educación racional que su tío le procura, le habría gustado ser algo así como un pirata valiente o un vagabundo sin brújula. El, cuando piensa en estas cosas, se ríe de su imaginación pueril, pero cuando llega el momento no puede sustraerse a protagonizar, mientras las tardes caen sobre los campos, locas empresas de amor y de peligro. Le gusta cerrar los ojos y hacerse el dormido. Entonces es cuando se entrega libremente a sus sueños. Tío Alfredo sospecha estas aficiones de Carlos, y constantemente intenta distraerlo, aunque él sabe que tal cosa no es fácil. En una ocasión propuso a su sobrino establecer una correspondencia diaria, a lo largo de la cual los dos se plantearon una serie de problemas interesantes. Las cartas que se escribían se las dejaban uno a otro en sus respectivas habitaciones. Así lo hicieron durante más de un año, hasta que un día se cansaron. En otra ocasión el tío propuso montar una granja avícola, pero no prosperó tampoco este proyecto. Las partidas de ajedrez y las interminables conversaciones son, en definitiva, lo único que siempre les queda. El tío de Carlos tiene una imaginación fértil y casi

nunca repite la misma historia, salvo unas cuantas que son como los grandes motivos del vejete.

Una de tales historias se refiere a un tatarabuelo de Carlos, el cual reventó en una ocasión treinta caballos para llegar a Barcelona a tiempo de desafiar y de matar a un enemigo mortal de la familia. También le cuenta la historia de otro antepasado que se hizo cartujo porque se convenció de que era incapaz de gobernar su hacienda. Otro abuelo, irritado porque su mujer tenía metido en la cabeza que un día le entrarían abejas por las ventanillas de la nariz, mandó a un escultor que hiciera una gran cabeza de escayola, con los rasgos de la de su mujer, la instaló en mitad del patio de la casa, y en su interior instaló una colmena, y las abejas entraban y salían por los anchos orificios nasales de la cabeza-colmena, y así hasta que una mañana amaneció loca su mujer. Carlos escucha estas historias con mucha atención, no porque le interesen ya, sino porque se entretiene en comprobar que su tío no pone ni quita frase en ellas.

Cuando Pedrín y Esteban se marcharon a Madrid por primera vez convinieron escribirle a Carlos. Ahora le escriben semanalmente. En un pupitre guarda las cartas, y frecuentemente se distrae releýéndolas. En esas cartas está la posible historia de lo que él también habría hecho de no estar sentado para siempre en su silla de ruedas. Cuando sus amigos regresan, Carlos les pide detalles de tal o cual cosa de las que ellos le han contado, y algunas veces sus amigos tienen que concentrarse y hacer memoria para saber a qué se refiere Carlos. Ya hace más de dos meses que ellos están en Heidelberg, y todas las semanas recibe carta. Estas cartas de ahora las aguarda con más impaciencia que las que le escribieron en otros viajes. Tiene verdadero interés en saber en qué acabará esta aventura de la excursión por el Nécar con las dos italianas.

En las primeras cartas, Pedrín y Esteban citaban igualmente a Anna y a Mariella, dos chicas de Milán que han ido a Heidelberg a completar estudios. Pero en las cinco últimas cartas no hablan más que de Anna, de Mariella no dicen nada. Por lo visto, Anna ha predominado desde los primeros días. Pedrín le describe como una chica más bien pequeña, de pelo castaño y ojos asustadizos. Según dicen ellos, Anna tiene una voz deliciosa y canta dulcísimas canciones napolitanas. De cuanto le cuentan, de todas las cosas que les suceden en Heidelberg, se desprende siempre la presencia de Anna. Carlos está verdaderamente interesado, y alguna vez hace a Anna protagonista de sus historias de amor y de peligro. Parece ser que una tarde se despertó bruscamente nombrando a Anna, y su tío, que estaba leyendo junto a él, le preguntó quién diablos era esa Anna. Carlos no supo qué contestar a su tío.

Cada día que pasa la madre y el tío encuentran más distraído a Carlos, y observan que muchas veces se ensimisma durante horas y horas. Su tío anda dado a todos los diablo y jura que Pedrín y Esteban son indiscutiblemente unos imbéciles. Una noche se decidió a registrar el pupitre de Carlos y se encontró con el paquete de cartas que hablan de Anna. Al día siguiente contó a su sobrino que en uno de sus viajes a Italia conoció a una gentil napolitana, muy linda y con una voz la mar de armónica. Aquella napolitana se llamaba Camilla, y no era capaz de hablar durante cinco minutos sin decir que su madre era prima de Benedetto Croce. Un día la invitó a ir con él a Cortina d'Ampezzo, y ella, tras hacer muchos remilgos, aceptó. En Cortina d'Ampezzo se encontró con un tenor que había conocido en Florencia, en un café de la parte vieja, y lo invitó a cenar con ellos. Fueron a comer a un lugar muy pintoresco y le presentó a Camilla. El tenor era un tipo fatuc y como encorsetado, de dientes muy blancos y pelo rizado. Tuvo que dejarlos solos unos minutos, y cuando volvió a donde estaban Camilla y el tenor se los encontró abrazados. No está tan claro eso de la fidelidad, según dice el tío a manera de moraleja.

Después de esa historia contó a su sobrino cinco o seis por el estilo, y le aseguró que las italianas son mujeres de mucho cuidado, precisamente porque tienen la voz muy dulce y saben cantar muy bien a media voz. En Torino conoció también a una muchachita que parecía incapaz de matar una mosca, y un día la llevó a cierto Salone Internazionale della Tecnica, que por entonces se celebraba en Torino, y resultó que aque-

lla muchachita estaba medio enredada con un ta Chiarini, famoso en toda Italia por sus extravagancias amorosas. Carlos escucha a su tío como quien oye llover, y únicamente cuando el viejo comienza nuevamente a desconfiar de las amistades que Pedrín y Esteban puedan hacer, «porque tales botarates sólo conocerán mujeres estúpidas», Carlos le suplica que no siga, y como el tío no está acostumbrado a que le interrumpen, se pone a dar grandes voces y a decir que las mujeres son unas bestias de ideas cortas y de cabellos largos, y que el Papa Gregorio VII se quedó corto al prohibir únicamente el casamiento a los clérigos. Carlos suplica a su tío que lo disculpe, que es el caso que está un poco nervioso y no sabe exactamente de qué está hablando cuando lo interrumpe, pero el tío no le hace caso y sigue despotricando contra todo lo humano y lo divino, y acaba jurando a su sobrino que todavía se considera con fuerzas suficientes para tomar un tren y meterse en Heidelberg, cosa esta que no debe dudar nadie en la casa. Si un día de éstos será capaz de meterse en Heidelberg sólo por darse el gustazo de demostrar a Pedrín y a Esteban que son perfectamente incapaces de conocer a una mujer.

«Ayer fuimos de excursión al Königsstuhl, uno de los sitios más agradables que he visto. Anna nos hizo hacer grandes ramos de flores, y cargados con ellos fuimos por el puente de Orthneuenheim para ponérselas a la Minerva que hay en él y como aun quedaba luz en la tarde, Anna se subió al pie de la estatua de un príncipe elector y le hicimos varias fotografías. ¡Si vieras lo bonita que estaba, querido Carlos! Nadie diría que esta fráfil chiquita es nada menos que un médico, y ni Esteban ni yo nos la imaginamos en el Luisenheilanstalt practicando con los niños enfermos que hay allí. Anna debe ser el hada buena del hospital. Yo no puedo imaginármela con el bisturí en la mano, y de hecho no lo maneja, según nos ha confesado estremeciéndose. A ella, según nos dijo, le gusta más tener a los enfermitos en sus brazos. Claro que esto no quiere decir que Anna acuda al hospital en plan de nifera sentimental, y es el caso que todos sus compañeros aseguran que es de las más impuestas entre los discípulos del profesor Harnack. Cuando regresamos del Königsstuhl, nos fuimos a cenar a un restaurante típico y después volvimos a casa de Anna, en Orthneuenheim. Anna estuvo tocando el piano y cantó también. ¡Si vieras cómo canta el «Vola, colomba...», una canción premiada en el último festival de San Remo... Estuvimos charlando hasta las dos de la madrugada, y cuando salimos de casa de Anna, Esteban y yo nos fuimos a pasear por todo Heidelberg hasta que empezó a amanecer. ¡Por Dios, Carlos, que no se entere tu madre que te he enviado la revista. En todo caso, que la lea tu tío, y pensad luego en las posibilidades que pueda tener el artículo que te envío...»

Carlos lee la carta dos o tres veces, la guarda cuidadosamente en uno de los bolsillos de su chaqueta, coge la revista que tiene sobre las rodillas y se pone a leer. El artículo en cuestión está escrito por un médico norteamericano, y en él se revisan todos los aspectos de esa inflamación de la sustancia gris de la médula espinal que se llama poliomyelitis. Según el doctor Thruston, las malformaciones óseas y articulares pueden ser corregidas, y ya se está en el camino de llegar a combatir con éxito los virus localizados en el sistema nervioso central y en la pared intestinal. El doctor Thruston tiene su laboratorio en Jefferson City, en Missouri. Carlos lee el artículo hasta el final, y a pesar de la emoción que su lectura le acarrea, puede darse cuenta que esta reciente esperanza no le llega aislada: puede confesarse que la presencia intangible de Anna anda entre todo esto asociada entrañablemente a este súbito optimismo que le ha deparado la lectura del artículo del doctor Irving Thruston.

Durante la cena, Carlos se siente más animado que de costumbre. Su madre se pone muy alegre de verlo contento, de ver que habla por los codos y está conforme con todo cuanto dice el tío. Esto escama un poco al viejo, y cuando se quedan solos pregunta al sobrino qué lo tiene tan alegre. Carlos le hace una seña de tipo misterioso y le da a entender que cuando se acueste su madre han de hablar ellos dos. Mientras toman café, tío Alfredo da muestras de impaciencia. Ahora se pone a con-

tar como en época de cierto político famoso en Murcia se vivía como en un feudo aparte, y en Madrid, para resumir el grado de cacicazgo que el político imponía en tal ciudad, en la que no se hacía sino lo que a él le daba la gana, se decía aquello de «mata al rey y vete a Murcia», con lo que se quería significar que en Murcia no tenía nada que hacer el Gobierno. Por lo que cuenta, él estuvo una vez en Murcia, y el casino aquel de la calle de Platería, o de Trapería, no recuerda bien, le pareció una fanfarronada. En Murcia conoció a un viajante de comercio que era mudo, pero más listo que el hambre. Por aquellos días se cometió en un pueblo de Murcia un crimen espantoso, y años más tarde, estando él en Bruselas, se encontró con un arquitecto belga que le preguntó si se había descubierto al asesino murciano. Pero en medio de sus relatos da señales de impaciencia y hace a su sobrino señales enigmáticas, y en una ocasión le dice unas palabras en alemán, a propósito de lo despierta que anda esta noche su hermana.

Por fin sube a acostarse la madre de Carlos y tío y sobrino pueden quedarse solos. Carlos cuenta rápidamente a su tío lo que ha leído y le pasa la revista para que lea el artículo del doctor Thruston. El viejo cambia de gafas, y mientras va leyendo su fisonomía adquiere este aspecto meditativo que tanto le gusta ver a Carlos, porque cuando tío Alfredo echa a un lado la máscara estrambótica se convierte en un hombre distinto, y sus ojos se llenan de inteligencia y de serenidad, no imaginadas por quienes sólo lo conocen superficialmente. Es entonces cuando más lo admira Carlos, pues sabe que tras sus bromas se esconde un temperamento ecuánime y un pensamiento vigoroso, no importa que entre sus meditaciones más hermosas deslice de vez en cuando alguna que otra teoría extravagante.

—Sobrino, ya tenía yo ciertas noticias sobre el particular. El año pasado lei en una revista norteamericana, creo que en el *Newsmagazine*, un artículo de este mismo doctor Thruston sobre la parálisis atónica. Sí, será cosa de pensarse, desde luego... Pero ya sabes tú cómo hemos de tomar estas cosas...; aquí sólo estamos ante vías experimentales, y muy del comienzo... En realidad... No, no debemos agarrarnos así como así a cualquier esperanza..., y una cosa es que confiemos en la realización de nuestros deseos, que casi siempre son nuestras necesidades, y otra cosa es que tales deseos se cumplan... La felicidad, hijo mío, no debe ser otra cosa que la viabilidad de nuestro más alto deseo..., y a menudo sucede que no somos felices porque pusimos nuestras ansias en cosas insensatas... Sí, creo que estoy diciendo tonterías, Carlos. De todas formas habrá que pensar seriamente en esto, y, desde luego, no hay que decir nada a tu madre. Ella está resignada y cree que con sus misas todo está en su lugar; pero si la hacemos concebir esperanzas que a la postre tal vez no se realicen..., su mentalidad panglosiana se desequilibraría y... Sí, yo haré por enterarme de lo que pueda haber de verdad en todo esto. Además, ya tenía yo ganas de volver a los Estados Unidos. Estuve allí siendo un muchacho, y conocí a una señora, de Raleigh, creo que en Carolina del Norte, que estuvo empeñadísima en hacerme nada menos que cuáquero, y me regaló las obras de Penn, un iluminado que se creía poseo de la gracia de Dios y que todos sus actos estaban movidos por ella. Estos cuáqueros... Bueno, Carlos, pensaremos en esto, y mira por donde se me presenta ocasión de llevar a cabo mi proyectado viaje a Missouri, porque es el caso que siempre he deseado ir a Missouri, a San Luis concretamente...

—Tío...

—Nada de lágrimas, sobrino. No creas que es el doctor Thruston el único que me hace ir a Jefferson City. Además, ahora se hace un viaje de éstos en menos que se cuenta: en veinticuatro horas se va de Madrid a Nueva York...

Cuando su tío sube a acostarse, Carlos se queda solo en el gabinete. Son más de las doce de la noche y todo lo envuelve el silencio. Junto a Carlos, echado a sus pies, está «Caribe». Carlos lee nuevamente la carta de Pedrín, luego vuelve a leer el artículo del doctor Thruston. Sus ojos van a posarse en el retrato del niño rubio y alegre, y se imagina a aquel niño convertido en hombre, pero no en un hombre sentado en una silla de ruedas, sino en un hombre como Pedrín y como Esteban, en un hombre ágil y fuerte, capaz de subir al Königsstuhl sin sentirlo, capaz, sobre todo,

de levantar en sus brazos a Anna y dejarla al pie de la Minerva que hay en el puente de Osthmeuhenheim. Sí, aquel niño podría convertirse en un hombre como Esteban y Pedrín, en un hombre capaz de esperar horas enteras paseando, sin cansarse, por la puerta del Luisenhellanstalt hasta que Anna saliese... «¡Si vieras cómo cantaba!...» Carlos lleva su silla de ruedas hasta el mueble de la radiogramola, saca un álbum de discos, busca uno y lo pone en el platillo, y la voz acariciadora de Nilla Pizzi, regulada confidencialmente, salta a la habitación...

*Vola, colomba, vola sola,
diglielo tu, che tornerò...*

El silencio lo inmoviliza todo. Por los cristales de la ventana, muy lejanos, se asoman los relámpagos. Carlos apoya la cabeza en el respaldo de la silla...

Diglie che non sarat più sola...

II

Sí, todo ha salido muy bien; pero él vive como sumergido en un mundo muy raro, como de algo. Tiene una idea confusa del viaje a Jefferson City. Sí, veinticuatro horas de viaje sobre campos de nubes blancas, y luego Nueva York, la ciudad absurda, gigantescamente amontonada, con esa estatua de la libertad rodeada de aviones en vuelo que zumban y que a él se le antojan abejas, como aquellas que cuenta tío Alfredo. ¿Se metió una de esas abejas, de esos aviones por uno de los enormes agujeros de la nariz de la estatua de la Libertad? Y luego, lo que se parece el doctor Thruston a su tío Alfredo. ¿Cómo se le ocurrió a su tío ir de viaje con el abrigo de color café y con los pantalones blancos? Recuerda que su tío estuvo discutiendo con el doctor Thruston sobre las diferentes clases de atrofia muscular, pero mezclando en su discurso extrañas teorías relativas a la moral de los cuáqueros. ¿Y por qué las cartas repetidas? ¿Por qué las últimas cartas de Pedrín son exactamente iguales que las anteriores, sólo que escritas en italiano y con enormes letras, como las de los titulares de los periódicos? ¿Y por qué no se decide de una vez a dejar su silla? A tío Alfredo se le ocurrió la estrambótica idea de hacerse una bicicleta con las dos ruedas grandes de la silla. En esto se abre la puerta del gabinete y entra su madre.

—*Vola, colomba, vola sola*, hijo mío.

—¿Podré levantarme ya de esta silla?

—Pues claro que sí, hijo. ¡Si parece un milagro!

—Sí, es un milagro, madre, y el milagro lo ha hecho Anna, ¿no es cierto?

—Sí, hijo, sí. ¿Tienes muchos deseos de verla?



—¡Muchísimos! Hemos de ir sin esperar ni un momento más.

—Tu tío lo está arreglando todo. No le hagas caso, hijo... El dice esas cosas para quitarte preocupaciones. ¿Por qué habría de pensar nada malo de Anna?

—Es lo que yo digo... Sí, es muy bueno.

—Tiene sus manías. Ahora dice que va a Heidelberg a tomar parte en un Campeonato de bebedores de cerveza.

—Eso dice, y cree que se encontrará allí con una profesora alemana que le dijo que no había oído nunca a un español cantar... ¿qué canción, mamá? El *Wer nicht liebt Wein?*... Yo no sabía que tío Alfredo se emborrachara. ¡Mira cómo me levanto, mamá!

—¡Es un milagro, hijo mío!

—¿Dónde está tío Alfredo? ¡Cómo me pesan las piernas!

—Sí; después de la parálisis, las piernas parecen de plomo. Cuando hablo de esto con el señor cura, después de rezar a la Virgen, decimos siempre que tus piernas son de plomo... *Vola, colomba, ¿te gusta?*

—¿Por qué no me habías dicho antes que sabías cantar tan bien?

—He estado muy triste, hijo mío.

—Todos hemos estado siempre tristes; pero cuando cantas, tú no eres tú, tu voz no es tu voz... ¿Sabe cantar tío Alfredo?

—Antes, cuando era joven, cantaba unas canciones muy raras que aprendía en sus viajes.

—¿Y por qué dice que es el asesino de la primavera?

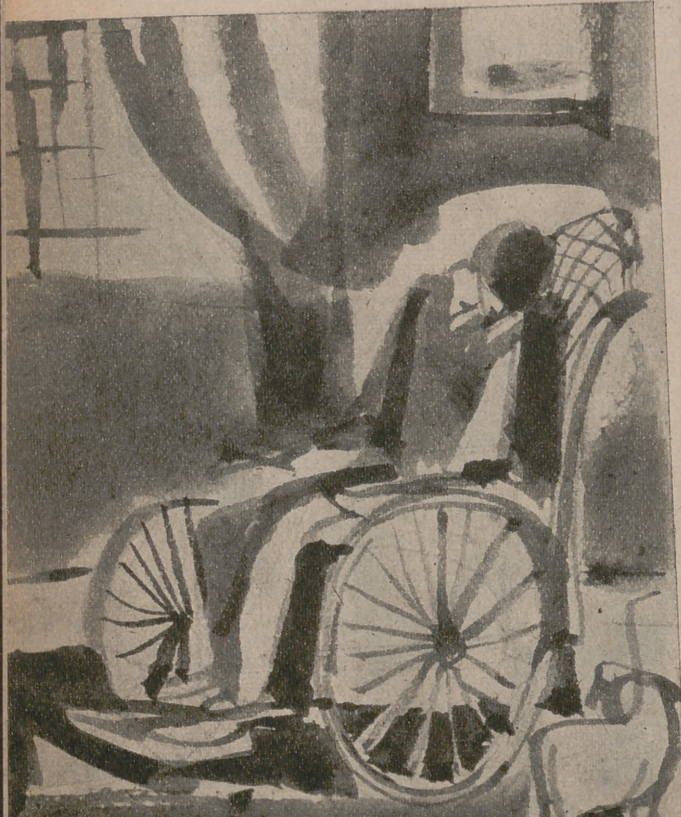
—El dice que quien prolonga la vida de las flores más allá de su estación es un asesino de la primavera, porque mata su brevedad, que es lo que la hace estupenda. Dice que si un beso se prolongara, habría también asesinos del beso.

—Sí, eso dice.

—No le hagas caso.

«Caribe» gruñe sordamente a lo lejos. Carlos también ha llegado de muy lejos. Ha estado horas y horas corriendo por los campos. Llegó hasta el molino, pero no por la carretera de siempre, sino a través de los sembrados. Anduvo y anduvo por los sembrados con el trigo a las rodillas, sin cansarse. Era como si el chiquillo rubio del cuadro hubiese echado a correr, y corriendo por los trigales se convirtiera súbitamente en hombre.

No se cansa de correr, pero aun no están sus piernas en condiciones, porque es el caso que no llega nunca al molino. Pero más bien será que él no tiene noción de la distancia, porque el caso



es que ha visto el molino desde el primer momento, saltando el agua espumosa entre las grandes muelas; pero los campos de trigo y amapolas se hacían muy largos, interminables. Ahora sí que siente una sensación de cansancio... Se abre la puerta y entra su tío, y luego su madre, y después su tía Carlota, y sus dos primas, y Esteban, y Pedrín también entra.

—¡Parece un milagro, hijo mío!

—Y es un milagro, ¿verdad, tío Alfredo?

—Nenas, no digáis tonterías. ¿Qué clase de hijas tienes tú, Carlota?

—Alfredo, no me saques de mis casillas, y más te valiera hacer más caso a mis hijas, que son tan sobrinas tuyas como Carlitos.

—¿Luego tú crees que Carlos es simplemente sobrino mío? Veo, querida hermana, que sigues tan tonta como siempre.

—¡Mucho cuidado con la lengua, tío Alfredo, y no olvides que mi madre es hija de la tuya!

—Mata al rey y vete a Murcia...

—¿Qué dice este chiflado?

—¡Callaos ya, por Dios! ¿No veis que vamos a aguar la fiesta? Aun no le habéis dicho nada a mi hijo.

—¿Cómo va eso, Carlitos?

—Muy bien, tía.

—Ya podrás acompañarnos a Madrid, y venir a bailar con nosotras, ¿verdad, primo?

—Claro que sí. ¿No dices tú nada, Esteban?

—Nada de particular. ¿Has hablado ya con Pedrín?

—Sí, ya hemos hablado.

—Eso me ha dicho. Ya te contaré lo que me pasó una tarde en Heidelberg. Creo que aquellas dos chicas estaban enamoradas de mí, ¿no crees, Pedrín?

—Eso parece.

—Bueno, que conteste el que tenga que contestar.

—¿Y qué hay de Anna?

—Pues, eso..., que mañana llega. ¿Cuándo os casáis?

—¿Cómo! ¿Se casa tu hijo?

—Yo lo oyes, Carlota. Anna es una chica monísima y buena como ella sola. Además, canta muy bien y es médico de niños.

—¡Y nosotras sin saber nada!

—Nada de nada...

—¡Alfredo, tengamos la fiesta en paz!

—¿Cómo es tu novia, primo? ¿Es como yo de alta?

—Anna es más bien pequeña, tiene el pelo castaño y los ojos asustadizos. Tío Alfredo y la madre de Anna... ¿Tendrá madre Anna?

—¿Cómo! ¿Vas a casarte con una mujer que no sabes si tiene madre?

—Desde luego, tío Alfredo y la madre de Anna serán los padrinos.

—Tus hijos serán como mis nietos. Recuerdo que Fox, el padre de los cuáqueros...

—¡Qué majadero es este hermano, hija mía!...

—¿Por qué no te vas con tus preciosas hijas, Carlota?

—¡No discutáis, por Dios! Supongo que te quitarás ese abrigo y los pantalones blancos, ¿verdad, tío?

—¿Vestirme de gala para casarte? Ya veremos; pero siempre te he dicho que el hábito no hace al monje.

—Nunca habríamos pensado, cuando conocimos a Anna en Heidelberg, que llegaría a ser tu mujer, Carlos.

—Nunca, y hemos sido nosotros los que le hemos hablado de ti.

—Ya lo sé... ¡Si supierais la de cosas que nos han pasado ya a Anna y a mí? Pero, ¿no notáis que cuando levanto las piernas flojo?

—No, eso es que todavía no tienes costumbre. Ya te irás acostumbrando.

—Claro que me acostumbraré. ¿Tú crees, Pedrín, que le gustará a Anna vivir aquí? ¿No echará de menos el Luisenheimanstalt y la plaza del Duomo de Milán?

—Le gustará vivir aquí. Siempre dice que le gustaría tener una casita en el campo.

—Pues aquí estará divinamente. Tío Alfredo y yo pensamos arreglar esto un poco.

—¿Es que ya no te gusta nuestra casa, hijo mío?

—Sí, mamá; pero Anna es una chica muy alegre, alegre como un pájaro, y nuestra casa es algo triste, ¿no crees?

—Pues yo no pienso cambiar ni una púa en mis habitaciones, sobrino.

—Ya verás, tío Alfredo, cómo Anna te conquista.

—Yo invité una vez a una italiana a ir conmigo a Cortina d'Ampezzo y ya sabes...

—¡Tío!...

—Bueno, Anna será otra cosa, claro; pero yo no tengo buena opinión de tus amigos: me parecen un par de idiotas.

—¿Y qué arreglos piensa hacer aquí tu hijo?

—Ni yo misma lo sé, Carlota.

—¿Tan distinguida es tu futura nuera que esta casa le parece una choza? Dios sabe en qué casa vivirá ella...

—No es eso, tío: es que Anna es una mujer muy sensible. Además, ella pondrá aquí una nota alegre. ¿Vendrá el jardinero ese, mamá?

—Sí, hijo. Supongo que tu tío se entenderá con él.

—No plantaremos flores de esas que se comen a los pájaros, ¿no? Anna es como un pájaro.

—Vámonos todos, hay que dejar solo a este chico.

—No se queda solo, porque aquí está «Caribe».

* * *

Se impone afinar este piano. Este piano está tan acostumbrado a tocar la obertura de «Egmont», que ya no sabe tocar otra cosa. Y hay que tapizar urgentemente el salón de baile. Y no nos olvidemos de comprar un collar nuevo al perro. ¿Cuándo acabarán de quemar esas cosas? Hay aquí verdaderas montañas de polvo, y aunque siempre está flotando en el rayo de sol, no deja de ser polvo. También hay que contratar a un policía, para que impida que las enormes mariposas con alas de telas y manos de niño se asomen a la ventana. Y hay que sacar de los armarios los grandes floreros y llenarlos de flores, de muchas flores, no importa que diga el tío que por aquí hay asesinos de la primavera. En uno de los búcaros más altos hay que poner ese clavel gigantesco que el tío lleva siempre en la solapa, metidito en un tubo de aspirina. Y hay que despejar los muebles inútiles, hay que dejar las cosas en su sitio, pues Anna y yo ballaremos por todas las habitaciones, sin nadie ni nada que nos estorbe. Bueno, mi tío y mi madre pueden discutir mientras Anna y yo ballamos. ¿Qué podrían hacer si no discutieran? ¿Estás ahí, mamá?

—Sí, hijo, yo estoy siempre aquí. Llevo más de quince años sin moverme de aquí.

—¿Encargaste mis trajes?

—Todos tus trajes.

—¿Y los de Anna?

—Todos los de Anna.

—Consigue del tío que se ponga otros pantalones. ¿Qué ganas tenía yo de hacerme trajes a la medida, pero de esos que toman la medida de pie, como tú cuando la modista te hace los trajes!

—Te dejo, Carlitos; tengo mucho que hacer. Hay que preparar todo esto para mañana. ¿No recuerdas que mañana viene Anna?

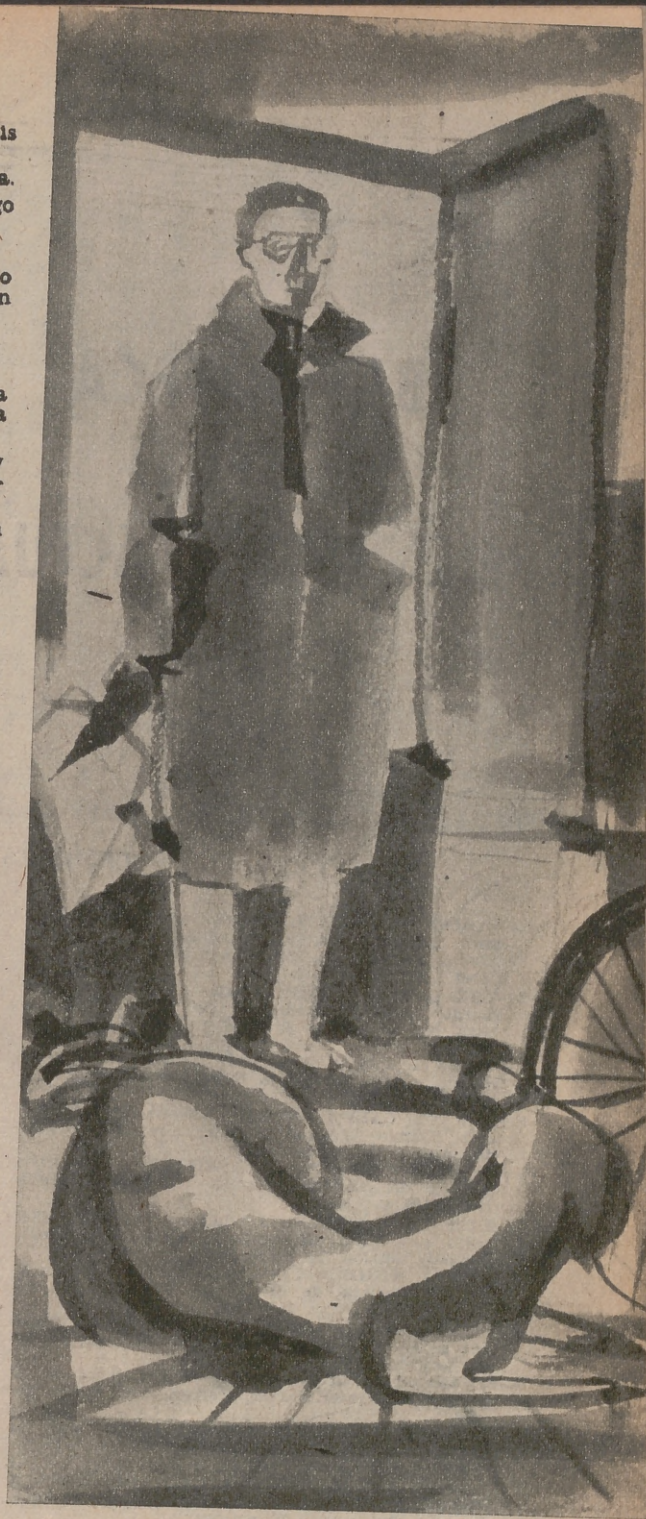
—¿Mañana?

—¿No lo sabías? Oye, ¿por qué sigues ahí sentado? ¿No te acuerdas ya?...

—Es verdad, lo había olvidado. El doctor Thruston...

El aire está tan cargado de electricidad, que parece mascarse la electricidad del aire. Hace calor. Y, cosa rara, en la casa no se oye ruidos. Lo que pasa en la casa, es que ya está todo preparado. Todo espera a Anna. Pero, ¿a qué viene este palpitar del corazón? El corazón le late como un motor de coche. Y es un coche el que se oye. ¿Anna está llegando! ¿Se la oye cantar al otro lado del pasillo! ¿Dónde estará su madre? Al tío Alfredo se le oye también, cantando en italiano, contestándole a Anna con su voz cascada y meliflua. ¡Dios mío, ya llegan! Carlos tiene que asomarse a la ventana para que la lluvia le dé en la cara y se le lleve el fuego; pero la lluvia no es la lluvia, es su madre que está regando las flores con una regadera, y las gotitas de agua producen escalofríos. ¿Se le irá a parar el corazón? Ya se oye a Anna en la habitación inmediata. Anna está abriendo la puerta...

—¡Anna!



Se abre la puerta del gabinete y entra tío Alfredo. Lleva puesto el abrigo color café y los pantalones blancos, y en la mano derecha lleva un periódico.

—Anda, Carlos, que si se entera tu madre que has pasado aquí la noche, se llevará un disgusto tremendo. ¿Te dormiste? A ver, deja que cierre la ventana. Esta maldita llovizna... Vamos, yo te desnudaré y tu madre creerá que has dormido en la cama.

—Sí, tío.

—Y el perro sin moverse. ¡«Caribe»!

—Entre sueños lo he oído gruñir...

—Pues su obligación era haber ladrado, y así te habrías podido despertar. Vamos, Carlos, que tienes ojos de fiebre.

—Sí, tío, vamos...

La lluvia cae menudísima, arrancando a la tierra su perfume húmedo. Se oye el canto de los gallos, y mientras el perro se estira, saca la lengua, bosteza y emite un gruñido lastimero, tío Alfredo empuja la silla de ruedas de su sobrino.

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

VOLUMENES PUBLICADOS

- 1.—ROMANO GUARDINI. — «El mesianismo en el mito, la revelación y la política». (Prólogo de Alvaro d'Ors. Nota preliminar de Rafael Calvo Serer.) En reimpresión.
- 2.—THEODOR HAECKER. — «La joroba de Kierkegaard» (Estudio preliminar de Ramón Roquer. Nota biográfica por Richard Seewald.) En reimpresión.
- 3.—VICENTE PALACIO ATARD. — «Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII». En reimpresión.
- 4.—RAFAEL CALVO SERER. — «España, sin problema». Premio Nacional de Literatura 1949. Segunda edición. 23 pesetas.
- 5.—FEDERICO SUAREZ VERDEGUER. — «La crisis política del antiguo régimen en España (1800-1840)». 22 pesetas.
- 6.—ETIENNE GILSON. — «El realismo metódico». (Estudio preliminar de Leopoldo Eulogio Palacios). Segunda edición. 22 pesetas.
- 7.—JORGE VIGON. — «El espíritu militar español». Premio Nacional de Literatura 1950. En reimpresión.
- 8.—JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO. — «De Cánovas a la República». Segunda edición, aumentada. 54 pesetas.
- 9.—JUAN JOSE LOPEZ IBOR. — «El español y su complejo de inferioridad». Tercera edición. 26 pesetas.
- 10.—LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS. — «El mito de la nueva Cristiandad». Segunda edición. 24 pesetas.
- 11.—ROMAN PERPIÑA. — «De estructura económica y economía hispana». (Estudio final de Enrique Fuentes Quintana.) 75 pesetas.
- 12.—JOSE MARIA VALVERDE. — «Estudios sobre la palabra poética». 26 pesetas.
- 13.—CARL SCHMITT. — «Interpretación europea de Donoso Cortés». (Prólogo de Angel López-Amo.) 22 pesetas.
- 14.—DUQUE DE MAURA. — «La crisis de Europa». 24 pesetas.
- 15.—RAFAEL CALVO SERER. — «Teoría de la Restauración». 45 pesetas.
- 16.—JOSE VILA SELMA. — «Benavente, fin de siglo». 29 pesetas.
- 17.—AURELE KOLNAI. — «Errores del anticomunismo». 24 pesetas.
- 18.—ANGEL LOPEZ-AMO. — «El poder político y la libertad. La Monarquía de la reforma social». Premio Nacional de Literatura 1952. 33 pesetas.
- 19.—AMINTORE FANFANI. — «Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo». 40 pesetas.
- 20.—RAFAEL CALVO SERER. — «La configuración del futuro». 33 pesetas.
- 21.—CHRISTOPHER DAWSON. — «Hacia la comprensión de Europa». 48 pesetas.
- 22.—RAFAEL GAMBRA. — «La Monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional». 25 pesetas.
- 23.—JOSE CORTS GRAU. — «Estudios filosóficos y literarios». 43 pesetas.
- 24.—MARCELINO MENEZES Y PELAYO. — «La estética del idealismo alemán». (Selección y prólogo de Oswaldo Market). 32 pesetas.
- 25.—JOHN HENRY CARDENAL NEWMAN. — «El sueño de un anciano». (Traducción, nota biográfica, prólogo y glosa de Andrés Vázquez de Prada.) 26 pesetas.
- 26.—JUAN DONOSO CORTES. — «Textos políticos». 52 pesetas.
- 27.—FRANCISCO ELIAS DE TEJADA. — «La Monarquía tradicional». 26 pesetas.
- 28.—ALVARO D'ORS. — «De la guerra y de la paz». Premio Nacional de Literatura 1954. 26 pesetas.
- 29.—THEODOR HAECKER. — «El cristiano y la Historia». 30 pesetas.
- 30.—VICENTE MARRERO. — «La escultura en movimiento de Angel Ferrant». 37 pesetas.
- 31.—JORGE VIGON. — «Teoría del militarismo». 45 pesetas.
- 32.—PETER WUST. — «Incertidumbre y riesgo». 56 pesetas.
- 33.—FLORENTINO PEREZ EMBID. — «Nosotros, los cristianos». 30 pesetas.
- 34.—FRITZ KERN. — «Derechos del Rey y derechos del pueblo». 45 pesetas.
- 35.—JOSE IGNACIO ESCOBAR, JORGE VIGON, EUGENIO VEGAS LATAPIE. — «Escritos sobre la instauración monárquica». (Prólogo del marqués de Valdeiglesias.) 37 pesetas.
- 36.—ANTONIO PACIOS, M. S. A. — «Cristo y los intelectuales». 40 pesetas.
- 37.—MARCELINO MENEZES Y PELAYO. — «Textos sobre España». (Selección, estudio preliminar y notas de Florentino Pérez Embid.) 62 pesetas.
- 40.—FRIEDRICH HEER. — «La democracia en el mundo moderno». 38 pesetas.
- 46.—RAFAEL CALVO SERER. — «Política de integración». 45 pesetas.
- 47.—ANTONIO MILLAN PUELLES. — «Ontología de la existencia histórica». Segunda edición. 40 pesetas.

Dirigida por RAFAEL CALVO SERER

EDICIONES RIALP, S. A. - Preciados, 35 - Madrid



MUSICA PARA FIESTA MAYOR

Las "coblas" llevan su estridente alegría a todas las plazas de los pueblos catalanes

"Pep Ventura", el precursor de la sardana actual nació en la provincia de Jaén

SITUE usted el hecho en un pueblo cualquiera de Cataluña: en Mollerusa, en Tremp, en Gavá, en Perelada, en Olot, en el paseo del Mar, de San Feliu de Guixols... Lo bonito es que el hecho suceda hacia el atardecer, cuando caen los colores. En la plaza del pueblo —o en el paseo, eijase lo que convenga— se levanta sobre un par de trabancas un tabladiño con once sillas dispuestas en dos filas. El aire huele a aceite de churrería, a feria, a colonia de esa que se vende a granel. Discurren muchachas vestidas de amarillo, de verde, de escarnado, de azul, es decir, de colores sólidos. Pasean matrimonios con niños, y viejos engolados gracias al almidón de un día, y grupos de muchachos rubicundos de pelo y atezados de piel, muchachos campesinos entusiastas usuarios de la bicicleta. De algún café llega ruido de cucharillas y sueña cerca la música de un tiovivo.

Pasa un hombre pequeño, jorobadito, lleno de globos. Parece que los globos lo van a levantar.

De pronto, once hombres vestidos como si fueran hermanitos atraviesan los grupos, entre la expectación, y se dirigen hacia el

Se baila al son de la «cobla»



La música y el baile rítmico de la sardana anima las fiestas catalanas.

tabladiño. Cada uno de ellos lleva en la mano un maletín. Es decir, uno de estos caballeros —el de atrás— aparece cargado con una especie de guitarra enorme —un contrabajo— y necesita ayuda para encimbar el chisme.

Los once hombres vestidos como si fueran hermanitos se sientan en dos filas. Casi todos son jóvenes, pero siempre hay un viejo de cesárea calvicie. El viejo saca unos papeles y los distribuye. Se abren los maletines —un purista diría: «Se abren los estuches»— y aparecen fiscornos, trombones, trompetas y, además —eso en primera fila—, dos tiples, dos «tenoras», una flauta y un tamborino.

Los cinco hombres de primera fila se sientan. A la izquierda del



La «cobla La Selvatana». famosa allá por 1913

público, uno de ellos manejará el flautín con una mano y con la otra le sacará al menudo tamborino unos sonos preciosos.

En la fila de atrás —algo más elevada— se acomodan los demás caballeros, excepto el que maneja el el contrabajo, y asoman dos fiscornos, dos trombones y dos trompetas.

Llega ahora el momento en que usted, español que no conoce Cataluña, alegará:

—Está usted hablando de una orquesta.

Pues no, no le hablo de una orquesta, es decir, no le hablo de una orquesta corriente. Le hablo, por sí le interesa, de una formación musical especialísima, corriente en Cataluña, ante la cual los entendidos se quitan el sombrero. Le hablo de una «cobla»...

LAS «COBLAS» DE SARDANAS

Periodísticamente, la sardana tiene prefabricada ya su historia. Existe sobre el tema una bibliografía varia y abundante que, por lo general, empieza refiriéndose a la vida del viejo «Pep» Ventura, se pierde en bellas e importantes digresiones sobre los orígenes y, por fin, echa el rollo sobre los «curts», los «llargs» y la forma precisa de bailar y contarla, porque, en rigor, un sardanista de solera debe bailar cantando y repartiendo.

No me puedo sustraer a estos detalles y, por tanto, diré que en 1818, cuando nació Ventura, la vieja, feudal y tronadita «cobla» catalana consistía en grupos de músicos un poco saltimbanquis, bastante fachendosos y de un aireado analfabetismo, que recorrían pueblos y masadas en las fiestas «anyals», es decir, en las fiestas mayores. Esas «coblas de ballas» constaban de dos típles, «fluvio» (flauta), tamborino y cornamusa. Con todo esto, alguna hambre y unos sombreros de copa lustrosos e indulgentes, los músicos de «balles» vivaqueaban. Su música era simple. Su repertorio, escaso. Por tales tiempos, la sardana era sólo conocida en los pueblitos del viejo Ampurdán.

EL VIEJO PEP

José Ventura —es decir, «Pep Ventura», o «en Pep de la tenora»—, nació en febrero de 1818, en Alcalá la Real (Jaén), hijo de

un sargento de Infantería. El sargento cambió de guarnición, con trastos y familia, camino de Figueras, la capital del llano ampurdanés. De ahí viene que Ventura —el muchacho que pudo ser un «Joselito» maletilla—, se transformara en «Pep», a secas. Sentía afición por la música, pero la música, en Figueras, no daba un céntimo. El precursor de la sardana actual —de la fina, irisada, armoniosa, encendida sardana actual— fué, durante años y años, aprendiz de sastre. Las tijeras se le iban hacia el solfeo, y, a ratos, pudo aprender música con un tal Juan Llandrich, maestro de «cobla» que ha pasado a la historia del folklore gracias a él. Formó en la «cobla» de Llandrich durante algunos años. El maestro no era precisamente un hacha en conocimientos musicales. El «not Pep» —que suplía su propia ignorancia con la intuición— consiguió introducir, muy despacito, la formación actual, la «cobla» actual: once músicos. Supo hallar la difícil musicalidad brillante del conjunto. Después compuso la primera sardana «llarga», la sardana avanzada, dibujada, diluida. La «cobla» del Llandrich, gracias a estos hallazgos, se transformó de pronto, en algo serio. Llandrich, entonces, pidió a Ventura que se fuese con la música a otra parte...

«PER TU PLORO...»

«En Pep de la Tenora» compuso infinidad de bonitas sardanas. Los entendidos dicen que son sardanas fáciles, sin otro mérito que el de la inspiración. Creo que los juicios de los entendidos —en el caso Ventura— son juicios meritorios, pero poco inspirados. Si usted no se molesta, le diré que en la línea de la sardana moderna ha habido dos grandes hombres de inspiración potente, desbordante, alocada, magistral. Esos dos grandes hombres han sido «Pep» Ventura y el viejo «Vigenc» Bou, de Torroella de Montgrí. El viejo Bou aún vive. Los genios oficiales opinan que la música de Ventura y de Bou es bonita y vibrante, pero carece de mérito artístico. Los genios oficiales nunca me han hecho gracia.

Vuelvo a la línea de lo que le contaba, y le hablo a usted de una sardana extraordinaria: «Per tú ploro...». Ventura la compuso

en un momento crítico de su vida, después de la faenita del maestro Llandrich. El pobre «Pep» estaba ya perdidamente tuberculoso cuando, al quedarse sin trabajo como músico, fundó el grupo «Els Pepes». El grupo «Els Pepes» —«Los Pepes», en lenguaje de «La Odor-niz»— estrenó «Per tú ploro...» (Por tí lloro...) en la plaza de Cabanas, en un día de sol. Los músicos del grupo —de la «cobla»— sabían que, a su director, la partitura le había costado lágrimas. El hombre de Jaén no «plorava», no lloraba, en su música, más que por cosas simplemente humanas: por veinte años de amistad con Llandrich, por veinte años de lucha... Se dice que, en la plaza, cuando, al obligar el sol de «tenora», «Pep» alzó al cielo el instrumento y emitió la salmodia triste, larga, humedosa, de toda su ignorancia inspiradísima, los grupos de danzantes se quedaron clavados sobre el polvo. Todo el pueblo sabía el porqué de «Per tú ploro...». Nadie aplaudió. Pero obligaron a Ventura a repetir la pieza. Ventura tenía un hijo. El hijo figuraba aquel día entre los músicos. Falleció «Pep» varios años después, en Figueras —creo que en 1875—, más pobre que una rata. Cataluña le debe la sardana moderna y Figueras le debe un monumento...

EXPLICACION MUY POCO CLARA

Aseguran que Homero habló de la sardana, y que ésta, por tanto, es de origen griego. Dicen que antaño se bailaba en las eras, en torno a las gavillas de trigo, y que constituía un homenaje al sol. Algunos aseguran que sus veinticuatro compases —los compases de la simple versión antigua— simbolizan el paso de las horas; afirman que el «introito» del «flavio» simboliza el canto del gallo, y que la plenitud del «obligado» solo de «tenora» equivale a la fuerza de las horas solares. Todo esto parece muy claro y, además, es de un tono literario muy amable.

En cuanto a la manera de bailar la sardana —la sardana actual—, dice el «Espasa»: «El caramillo anuncia el «introito» y la «cobla» comienza. El bailarín debe estar atento para recordar la danza inicial, correspondiente a los pasos llamados «cortos», y que se repite para que aquél pueda enterarse bien de su extensión; luego aparece otra melodía más extensa y de colorido diferente, que sirve para la ejecución de los pasos llamados «llargs», que también se repite. Todo ello vuelve a repetirse en la misma forma, y cesa la «cobla». Durante ese tiempo, el sardanista, mientras baila, va contando los compases de las referidas melodías, los cuales equivalen a igual número de pasos en el baile, y ello con objeto de repartirlos de suerte que terminen precisamente con la melodía. Los cortos se bailan de dos en dos, a la izquierda, y de dos en dos, a la derecha, alternando, y los «llargs» se bailan de cuatro en cuatro, de igual modo. Después de esto, el caramillo toca, a solo, dos compases, que no se bailan, y que llevan el nombre de contrapunto...»

Venero la sabiduría del «Espasa»

sa). Tiene cosas muy buenas. No obstante, se me hace difícil entender claramente esa explicación. Si usted no es catalán y desea aprender a bailar la sardana, olvide cuanto ha leído y aprenda como pueda. Puedo garantizarle, por otra parte, que no es necesario contar y recontar los «cortos» y los «largos». En cada rueda hallará usted a un señor de esos que entienden en el mando, es decir, un improvisado «cap de colla». Hay «caps de colla» muy acreditados, que jamás se equivocan. Por ejemplo, en el Bajo Ampurdán es famosísimo el veterano señor Lladó, ingeniero del ferrocarril de San Feliú de Guixols, quien, a sus setenta años, no se pierde ocasión de contar, repartir, brincar y hacer buena gimnasia de folklore.

Si usted lo toma a pecho, el ejercicio de bailar sardanas le va a hacer un gran bien. Es un baile armonioso, higiénico. Cada pieza suele durar un poco más de diez minutos. Los compases denominados «largos» se puntean a saltitos. Con los brazos en alto, el busto erguido y las piernas brincando sobre las puntas de los pies, es muy fácil llegar a la embriaguez del primer punto de la fatiga.

Lo mejor que ha logrado la sardana es la sublimación de la belleza femenina. Una mujer saltando limpiamente, sosegadamente, minuciosamente, sobre el regato polvo de una plazuela; una mujer con el corpiño refajado, el pelo suelto, los brazos levantados, la frente un poco húmeda, los ojos serenísimos, a pie sobre la música pastoril, diáfana, de «Levantina», o de «El cant dels aucells», o de «Bona festa», gana una trémula serenidad helénica. Es difícil creer que todo sardanista pierda el tiempo contando los compases. Personalmente, le diré que yo soy un mal danzarin, pero termino casi siempre con la orquesta. No obstante, jamás me he entretenido en contar, distribuir... Yo creo, como usted, que para cada cosa, se necesita vocación.

Se dice que una vez llegaron a una villa ampurdanesa dos judíos, dispuesta a dejarla sin un real. La villa estaba en fiestas. Se bailaban sardanas en la plaza, y los judíos, al acercarse a un grupo —a una «colla»—, advirtieron que cantaban los compases.

—Moisés, hermano, aquí no hacemos nada. Los catalanes cuentan hasta cuando bailan...—dijo el judío primero al judío segundo. E hicieron mutis por el foro.

LAS «COBLAS» DE HOY

Fray Benito de Tocco era un obispo, obispo de Gerona, por más señas. Según Julián de Chía, el mitrado se vió en la obligación de disponer, el día 22 de mayo de 1573, que desapareciera de la catedral y de otras iglesias diocesanas la costumbre de que «els joglars entren cantant cançons inhonestes e ballant sardanes...». Fray Benito de Tocco consiguió que las sardanas se bailasen en lugares profanos. El músico Ventura transformó la sardana en una cosa seria. Fray Benito era gerundense. Ventura era figuerense adoptivo. Figueras y Gerona siguen siendo, hoy por hoy, capitales del mundo sardanístico.



«La Principal de Perelada», la mejor en 1926

De las ciento ocho «coblas» que existen en el mundo, setenta y ocho radican en esta provincia. A juicio de lerdos y discretos, la mejor de entre todas es, desde hace muchos años, la «Cobla Principal de La Bisbal». Le siguen en méritos las «coblas» «Sevotana», «Barcelona», «Girona» y «Caravana». Cada una de esas ciento ocho coblas—dos de ellas, francesas, radican en Perpignan—ejecuta en público, como mínimo, cinco sardanas cada siete días. Cataluña, cada año, baila unas 30.000 sardanas. Más de mil músicos de «cobla» recorren en verano el mapa regional. Los músicos de «cobla» son personas de oficio, capacitadas, enamoradas de su profesión. Entre los tipos pintorescos que conoció Ventura y los virtuosos de ahora existe una abrumadora diferencia.

«LA COMISION...»

Los pueblos de Castilla, cuando es fiesta mayor, piden toreros. Los pueblos catalanes, en la misma ocasión, piden sardanas. Cada pueblo, a su tiempo, nombra una Comisión. Los miembros de esa Comisión suelen ser hombres jóvenes, amigos de acudir a los mercados. Calculan, echan cuentas, y cuando saben lo que el pueblo está dispuesto a pagar a los músicos, se ponen en contacto con los «representantes», es decir, con los «apoderados» de las «coblas». Esas «coblas», esencialmente sardanísticas, se dedican también a la práctica de la música de baile, al concierto, a la música religiosa, al pasacalle... Ultimamente se han visto aumentadas con la híbrida pre-

sencia de un nuevo personaje: el vocalista. El vocalista es casi siempre un joven ignorante que cantaba por gusto en las verbenas. Esa clase de jóvenes se han producido, por generación espontánea, a causa del micrófono. No tienen la menor idea de lo que es una página de solfa, pero presentan a la consideración de las doncellas, a la hora del baile, las ondas más sinuosas del planeta. Además rascan los palillos, y mecen las maracas, y saben gangosear aquello tan bonito de «Estoy triste sin ti...» Un vocalista guapo y solterito viene a ser, en el agro catalán, algo así como un Marlon Brando de vía estrecha. Algunos de esos personajes, con el tiempo, sientan cabeza, estudian solfeo y aprenden a ganarse lo que cobran. Entonces los relegan a músicos corrientes y molientes. La «cobla-orquesta» busca un nuevo vocalista, el cual, reglamentariamente, se llamará «Del Pino», o «Del Olmo», o «Del Río»...

Hoy en el gusto de toda «Comisión de Fiestas» cuentan estas cuestiones al emprender la búsqueda de «cobla-orquesta»:

Primera. Las disponibilidades de dinero.

Segunda. La calidad del conjunto como «cobla».

Tercera. La calidad de ese mismo conjunto de cara a los conciertos.

Cuarta. La voz y la figura del vocalista.

Quinta. El «ensemble» de «jazz».

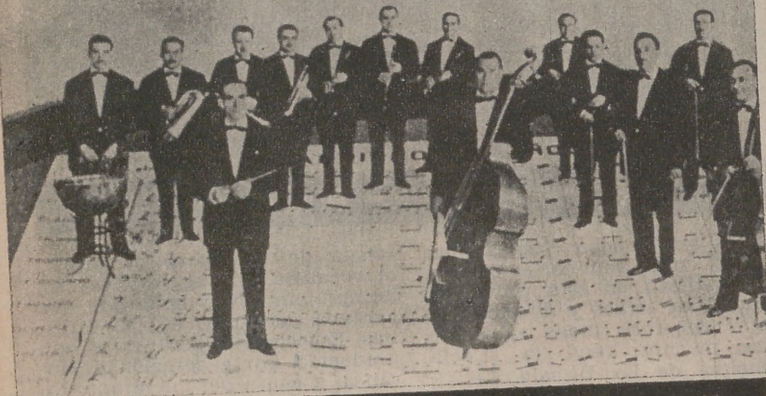
Cuenta además el factor de los imponderables. Muchas «coblas» tienen comprometidas de antema-

Preparados para iniciar la danza en un concurso provincial



COBLA ORQUESTA

La Principal de La Bisbal



Portada de un folleto de propaganda de una moderna «cobla»

no determinadas fechas. Imposible obtener una contrata con los músicos bisbalenses o con los de «La Selvatana» durante el mes de agosto. Los músicos de La Bisbal saben que, por ejemplo, después de la contrata en la fiesta mayor de San Feliu, han de ir, por sistema, a Puerto de la Selva. No hay vuelta de hoja. No hay dinero en el mundo que pueda superar el compromiso tácito.

El apoderado de la «cobla» extiende su contrato con la Comisión de Fiestas. La «cobla» siempre se paga los viajes, sólo los viajes. Todos los demás gastos—manutención, derechos de autor, etc.—corren a cargo de la parte contratante. Esa parte además se compromete a respetar las cláusulas sindicales más conspicuas, a saber: el respeto a las ocho horas de descanso durante cada uno de los tres días festivos; la admisión de una sola sardana matutina—si antes ha habido oficio y pasacalle—, la obligación de darles a los músicos alojamiento gratuito...

LLEGADA DE LA «COBLA»

La «cobla» contratada suele llegar, ahora, en autobús, con una carga de cinco mil kilos. En otros tiempos se hacían los viajes casi siempre en tartana. Sobre el toldo de la tartana los señores «musichs» llevaban el baúl del contrabajo y—en un serón—los demás trastos, que no pesaban más de cien kilos.

Una buena «cobla-orquesta» necesita hoy para actuar tres días en un pueblo las siguientes cosas: dos tenoras, dos «tiples», un caramillo, un tamborino, dos fiscornos, dos trombones, dos o tres trompetas, un contrabajo, dos o tres clarinetes, flauta de concierto, tres o cuatro violines (es el mínimo), un nuevo contrabajo, dos trompetas, un fiscorno, una batería; dos saxofones en «mi bemol», dos saxofones en «si bemol», un barítono, tres clarinetes, ritmo de percusión acompa-

ñado de maracas, palillos ritmadores, cañas, panderetas, tres trompetas, dos trombones, acordeones, varias guitarras, setenta kilos de vocalista, trescientos kilos de equipo microfónico, pancartas, paramentos, veintiséis trajes y papeles, papeles...

Cuando irrumpe en un pueblo, a primera hora de la mañana, el autobús de los «senyors musichs», y esos «senyors musichs» empiezan a descargar bultos, y el chófer se lo mira, y viene un recadito de parte del Alcalde porque el oficio se ha adelantado media hora, el pueblo empieza a sentir la emoción de la hora del sofrito. Los miembros de la Comisión, muy fachendosos, hablan con el «trompeta» de concierto, o se tean con el «tenora»; y los viejos se acercan a codearse con el representante, que suele ser fiscorno y las chicas del pueblo miran de reojo al vocalista...

Si el pueblo es pequeño, los «caps» de casa—los cabezas de familia—se reparten los músicos. Pero esto ya es cada vez menos corriente, porque el turismo y eso del veraneo han producido aumentos en el número de fondas. Pongamos que los músicos van a la fonda, en donde se les sirve un desayuno serio: chuletitas con secas, callos a la catalana, vino de rompe y rasga, y, en medio de la mesa, una «amanida» con pimientos, y aplo, y ensalada, y cebolla, y tomate, todo ello regado generosamente con aceite y tocado por el acre regusto del vinagre...

Los músicos, después, se pasan un palillo por los dientes, sacan de alguna parte las solfas de un buen pasodoble y se van, bajo el sol, en pasacalle, a buscar a las dignas autoridades. Las dignas autoridades esperan la llegada de los «senyors musichs» en el Ayuntamiento. Dentro de poco volverán éstos a pasar por delante de la fonda, acompañados del Alcalde, de la Concejalía, del señor sc-

cretario, del cabo de los guardias, y el Jefe de Falange, y el maestro, y el digno forastero con cargo provincial. Pasarán por delante de la fonda, y, en la cocina, entre plumas de oca, las criadas por tres días asomarán un palmo de nariz por la ventana.

El pueblo—todo el pueblo—esperará a la puerta de la iglesia. Hará calor, calor de era, calor de cielo turbio y abrasado. Voltearán las campanas. Los músicos—los señores «musichs»—entrarán en el templo y sentirán el fresco hábito del aire embalsamado...

LO QUE SE PAGA...

Las «coblas» catalanas se dividen en dos inmensos grupos: los de primera y los de segunda categoría. Si usted desea contratar una «cobla» atiéndase, en lo que concierne a primera categoría, a las tarifas mínimas que transcribo:

Por un día, 1.500 pesetas.
Por dos días, 2.640 pesetas.
Por tres días, 3.780 pesetas.
Por cuatro días, 4.500 pesetas.

Esas tarifas mínimas evolucionan todo lo posible. Por ejemplo: La «Principal de La Bisbal» llega a cobrar por tres días sumas comprendidas entre las 15.000 y las 18.000 pesetas. «La Selvatana» pide entre las 8.000 y las 12.000 ó 13.000 pesetas. En segunda categoría hallará usted «coblas-orquestas» capaces de soplar copiosamente por precios oscilantes entre las 2.000 y las 3.000 pesetas.

El pueblo ha de pagar, como he dicho, la fonda, los derechos de autor y además lo que corresponde a Hacienda. Los músicos suelen mostrar buen apetito. Pero eso no se tiene en cuenta cuando es fiesta mayor. La parvedad alimenticia característica del agro catalán se esfuma en tales ocasiones. Un músico de «cobla», si quiere ganar simpatías en los pueblos, ha de saber hacer un buen papel a la hora del desayuno, a la hora del primer vermut, y durante la comida, y durante la merienda, y a lo largo del segundo vermut, de la cena, del «piscoblabis» y del resopón. Sea usted músico de «cobla» y sabrá lo que es comer oca con nabos y oca con higos tiernos, y arroz con esos mismos higos y pollo al chocolate, y manzanas rellenas con carne de cordero, y todo lo demás, que es un todo tremendo...

Sea usted músico de «cobla», caballero, y aprenderá a cantar un buen «Tedéum laudamus», y a soplar en las plazas regadas por el sol, y a agitarse en la rumba, y a ponerse romántico con el violín a cuestas...

VUELTA AL TABLADO

Sospecho que al principio de esta carta he dejado a unos músicos de «cobla» encima de un tablado. En una nueva carta le explicaré, señor, a mi pobre manera, lo que hacen esos músicos durante el resto de su tiempos—durante lo que les queda aún para merecer el cobro de su contrata—, y verá la manera de preocuparme por sus vidas.

Hasta entonces acepte mis saludos.

Calmet

¡¡ Solo
queremos
éste !!



... y saben lo que quieren pues desde que usan PUNTA BIC obtienen mejores notas.

Con PUNTA BIC todos los niños se aficianan a la escritura y dicen muy contentos

¡ Así se escribe a gusto !

PUNTA

HAY PUNTAS
BIC
a partir de
6 pesetas

BIC

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19. - BARCELONA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LOS DOCTORES MAYO

Por Helen CLAPESATTLE

El nombre de la Clínica Mayo, de Rochester, es hoy universalmente conocido. Centenares de personas de todo el mundo la visitan, unos para encontrar alivio a sus males y otros para perfeccionar sus conocimientos médicos. Como tantas otras instituciones norteamericanas, posee una historia dinámica y vertiginosa donde, con un ritmo veloz y apasionante, surge como de la nada todo un tinglado cuyo poderío e influencia son verdaderamente extraordinarios. En 1941 la escritora norteamericana Helen Clapesattle publicó un extenso libro en el que relataba todo este apasionante proceso, donde el doctor William Worrall Mayo abría el camino para que sus hijos crearan la Clínica que haría su apellido mundialmente famoso. El ciclón de 1883 sería el punto de partida, y el primer centro del sanatorio un salón de baile, asistido por hermanas franciscanas. La nueva edición de la obra, que es la que hoy resumimos, es una edición condensada de la primitiva, que trata de llegar a todas las gentes con el fin de que la historia de los Mayo, tan apasionante como la trama de una novela, sea conocida todavía más.

Clapesattle (Helen): «The Doctors Mayo».—University of Minnesota Press. Minneapolis, 1954.

LA PARADOJA DE ROCHESTER

SI se coge un coche de Minneapolis a Rochester (Minnesota), se camina durante noventa millas a través de una abultada región que en verano parece cubierta por una manta remendada con los más diversos verdes: trigo, trébol y alfalfa. Los blancos y negros del ganado que paca y el modelo corriente de las hinchadas granjas, flanqueadas por los altos silos, nos dicen a las claras que nos encontramos en una tierra vaquera.

Las ciudades que surgen al paso, cada diez o quince millas, son casi todas pequeñas. Unas pocas casas y almacenes agrupados alrededor de una estación de carburante, colocada en una encrucijada. Algunas son lo suficientemente grandes como para poseer y jactarse con ello; un Banco, un hotel encima de uno de los cafés y quizá también fábricas de queso, latas de conserva y un almacén de muebles, que es también la tienda de ultramarinos.

Peró, repentinamente, de la cresta de una colina se presenta a la vista la metropolitana línea de rascacielos de Rochester. Entre granjas lecheras y mercados de pueblos, surge ante nosotros una ciudad de grandes hospitales y hoteles atestados; una ciudad con cientos de acres para parques y campos de deportes, con lujosos almacenes y tiendas especiales; una ciudad que es el cruce de líneas aéreas, ferroviarias y carreteras de primer orden.

Aquí, en la calma rural de la Minnesota meridional, sin que se descubra ningún santuario histó-

CLAPESATTLE

THE Doctors Mayo

The warm and human story of three remarkable men whose lives span a century of medicine, and of the world-renowned institution they built.



rico ni ningún prodigio, se encuentra una ciudad de 30.000 habitantes, que sirve anualmente de posada a una población transeúnte más de diez veces superior a este número. Aquí, en esta pequeña ciudad, situada en el extremo de ninguna parte, está el centro médico mayor del mundo, al que vienen hombres de todos los extremos de la tierra para recibir tratamiento e instrucción.

Esta es la paradoja de Rochester. Fueron William James y Charles Horace Mayo los que colocaron la punta de un alfiler sobre una ciudad comercial para adscribirla al campo de la Medicina. Cuando los famosos hermanos murieron en 1939, uno de sus cirujanos, amigo de Inglaterra, les rindió este tributo: «La muerte ha roto ahora una colaboración que durante cuarenta años ha ejercido la más profunda influencia sobre la Medicina americana y también, probablemente, sobre la del mundo.» Los Mayo fueron unos grandes cirujanos. Pero también había otros grandes cirujanos en su época, y algunos incluso mejores. Lo que les destacó sobre todos fué su trabajo común en la Clínica y en la Fundación Mayo.

El doctor W. J. Mayo ha explicado modestamente su éxito del siguiente modo: «Si soy sincero, diré que mi hermano y yo hemos realizado una gran tarea. Pero era inevitable que hiciéramos grandes cosas, pues se nos dió la oportunidad. Nacimos en el momento justo y tuvimos unos padres adecuados. Quizá nadie ha vivido en una coyuntura como la nuestra. No somos genios, sino unos trabajadores tercos. Aprendimos la Medicina como la aprende un granjero que nace en el campo. Fué nuestro propio padre quien nos la enseñó.»

UN ADALID DE LA MEDICINA EN TIERRAS INHOSPITAS

El muelle de Galena (Illinois), sobre el río Mississippi, vivía una enorme actividad y excitación en julio de 1854. Emigrantes destinados al territorio de Minnesota llegaban en gran número desde que se había abierto este lugar a la navegación y a estas multitudes había que agregar las que venían componiendo las lujosas excursiones fluviales que se organizaban desde Chicago.

Mezclado con las multitudes, que discutían sin cesar planes y proyectos sobre los muelles, se encontraba un hombre todavía joven que acababa de llegar de Indiana. Era bajo, ligero, pero fuerte, y de modales decididos. El brillo penetrante de sus ojos oscuros llamaba la atención de todas las gentes. Se llamaba William Worrall Mayo y era doctor en Medicina. Tenía treinta y cinco años y buscaba un nuevo lugar para vivir, tras de haber recorrido un largo camino tanto en ocupaciones como en tierras distintas.

Poco se sabía de sus padres y de su juventud. Una descolorida inscripción en su libro de cráctnes de la familia registraba su nacimiento en el pueblo inglés de Salford, próximo a Manchester, el 31 de mayo de 1819, como tercer hijo de sus padres, James y Anne Mayo.

James Mayo murió cuando William tenía sólo siete años; pero su viuda se sintió lo suficientemente fuerte para dar a su hijo una buena educación. En una época en la que tres cuartas par-

tes de los niños ingleses no iban en absoluto a la escuela, William estudió latín y griego con un profesor francés, asistió a un colegio de Manchester y recibió lecciones privadas del famoso científico John Dalton, del que se le contagiaria un entusiasmo por la química que nunca perdería.

Quizá fué bajo el tutelaje de Dalton cuando el joven Mayo comenzó sus estudios de Medicina en Manchester, visitando ya entonces diversos lugares donde se practicaba esta disciplina. Más tarde estudió en los hospitales de Londres y de Glasgow; pero ni en una ni en otra de las ciudades permaneció el suficiente tiempo para completar sus enseñanzas y recibir la licencia. Deseaba, antes que nada, ver mundo.

La llamada de América era entonces muy fuerte en Gran Bretaña y sonaba con insistencia en los oídos de cualquier joven aventurero y ambicioso que quisiera mejorar su vida. William Mayo era ambas cosas, y en 1845, a sus veintiséis años, decidió probar suerte al otro lado del Atlántico. No pidió permiso ni se despidió de nadie. Su primer trabajo en el Nuevo Mundo fué como químico en el departamento farmacéutico del Bellevue Hospital de Nueva York. Sin embargo, no le gustó aquel ambiente, y no queriendo tolerar más las circunstancias que se producían allí por una mezcla de corrupción política e ineficacia médica, se trasladó a Buffalo y después marchó hacia las riberas occidentales del lago Erie. A mediados del verano de 1848 fundó en Lafayette (Indiana), en unión de dos sastres, un establecimiento de modas. Le fué muy bien; pero aquello era sólo una tregua, y un año más tarde vendió sus intereses y reanudó sus estudios de Medicina.

Pasó el verano de 1849 trabajando con el doctor Elizur Deming, el más famoso médico de Lafayette, y cuando vino el otoño se trasladó a diversos lugares, inscribiéndose, finalmente, en el Colegio Médico de Indiana. Los estudios de William Mayo no eran muy distintos de los que recibían los estudiantes en Europa. Sin embargo, las enseñanzas de Medicina en América occidental se adaptaban a las necesidades de aquellas tierras fronterizas.

La calidad de la educación médica había sido bastante buena en la Norteamérica colonial; pero cuando la población se extendió a través de montañas y ríos, la demanda de médicos superó en mucho las disponibilidades de médicos bien preparados y de las Escuelas de Medicina. Hubo entonces que establecer estudios de dos a tres años con cursos de pocos meses, que se adecuaban al tiempo disponible de los hijos de los granjeros; es decir, a las vacaciones que había entre la época de cosecha y sembradura. Estas Escuelas eran sólo provisionales y permitían a los médicos exclusivamente ejercer consulta. El Indiana Medical College era una Escuela en propiedad y tenía tan excelente reputación que venían a ella cientos de estudiantes de los más distantes Estados.

DE LA FRONTERA DE MINNESOTA A ROCHESTER

En 1851 el doctor Mayo contrajo matrimonio con Louise Abigail Wright. Su boda fué también un acto impulsivo e independiente, como todos los de su vida. Lo hizo sin decirselo a nadie, y a la vuelta de un viaje, sus amigos le encontraron casado con una mujer algo más alta que él y con una energía y determinación semejantes a las suyas.

Tras un mes de ocio en Galena, el doctor Mayo partió para la frontera del territorio de Minnesota. Durante la guerra civil prestó diversos servicios, y también en las revueltas llevadas a cabo por los indios aprovechando las divisiones de los blancos. Fué entonces cuando el doctor Mayo decidió no volver al valle de Minnesota y vivir en Rochester. Compró unos solares en la Franklin Street, construyéndose allí una casa a la que trasladó a su familia. Es en este lugar en donde nació el segundo de sus hijos, al que llamaron Charles Horace. Anteriormente habían tenido otro, al que pusieron el nombre de William James. El doctor Mayo se especializó como cirujano. Su despacho lo tenía en una pequeña habitación de la Third Street, que estaba decorado con un busto del Presidente Lincoln. Nadie pudo entonces imaginar la importancia que iba a tener para la historia de Rochester la placa que decoraba la puerta: «Doctor Mayo Office on Third Street, Rochester, Minn». Entonces esta ciudad, que solamente tenía diez años de existencia, contaba poco menos que tres

mil habitantes, y era ya la capital política, económica y social de un rico distrito agrícola de varios cientos de millas cuadradas, que se desarrollaba rápidamente, camino de convertirse en el mayor mercado triguero del mundo.

LOS HERMANOS MAYO

«Desde muy pronto, Charlie y yo hemos ido siempre juntos. Todo el mundo nos conocía como los Mayo. Cualquiera que atacase a alguno de nosotros, tenía que verse la cara con los dcs.» La imaginación puede ver con claridad esta camaradería infantil. Will era un muchacho delgado, de cabello fino y ojos azules, un poco solitario, pero deseoso de compañía y amor; era el hermano mayor, ligero, pero fuerte, espigado y capaz. Y siempre con él, en los juegos y en cualquier cosa, estaba Charlie, bajo, regordete, con cabello espeso y ojos pardos; un muchacho afectivo, que necesitaba protección y que se ocuparan de él, pues era el hermano pequeño y, además, el más débil. En estas circunstancias se formó la indisoluble hermandad que había de maravillar a quien la contemplase y que llevaría a ambos hombres a alcanzar una altura insuperable.

Los muchachos pasaban largas horas juntos leyendo, pescando o cazando en los territorios cercanos a Rochester. Les gustaba ir al circo y raramente se perdían ninguna exhibición de animales que llegara a la ciudad.

Para la familia, Charlie parecía más tranquilo, más serio y más estudioso que Will. «Está siempre leyendo, escribiendo o haciendo cosas», observaba su otra hermana. Todos estaban orgullosos de él, sobre todo por la maestría que mostraba para la mecánica. Ambos muchachos fueron a la escuela central de Rochester. Ninguno de los dos se destacó precozmente. Seguían sus cursos con normalidad en todas las materias, salvo en aritmética, que nunca llegaron a dominarla.

«Mi marido —decía Mrs. Mayo— tiene una debilidad, y son los libros.» La biblioteca del doctor era el cuarto de estar de la familia. Entre sus libros había muchas novelas que Will y Charlie eran incitados a leerlas. También aprendían de su propio padre grandes lecciones de química y física.

Las raíces de los estudios de los hermanos Mayo hay que encontrarlas en su propia infancia. El doctor introdujo a los muchachos tanto en la práctica como en los principios de la ética de la Medicina. Les obligaba a asistir a las reuniones de médicos, y allí escuchaban los cambios de opiniones que diversos colegas de su padre expresaban.

La paradoja de Rochester



La asistencia a los hospitales fué algo completamente corriente para ellos. El doctor Mayo, que se había convertido en un adalid de la cirugía, hizo que sus hilmente rechazó las obje- de las operaciones en que él introdujo procedimientos innovadores. Naturalmente, cuando hubo que escoger carrera, ambos hermanos sólo tenían un camino: el de la Facultad de Medicina.

EL HOSPITAL DE SANTA MARIA

El 21 de agosto de 1883 fué un día de un calor sofocante en Rochester. Un bochorno insoportable ahogaba a los habitantes, que contemplaban con algo de esperanza la llegada de las negras nubes que se espalaban por la tarde en el horizonte. Al-

rededor de las seis de la tarde, Will y Charlie Mayo, una vez realizado su trabajo, se dirigieron al matadero con el fin de realizar operaciones sobre los animales. Mientras recorrían las estrechas calles septentrionales de la ciudad, observaban las nubes y, sobre todo, sus extrañas formaciones.

Cuando alcanzaron el matadero vieron que el personal empleado se marchaba para casa. Hacían esto a causa de la inminente tormenta, y aconsejaron a Will y Charlie que volvieran a su propia casa rápidamente con el fin de escapar a los efectos de ésta.

Durante su regreso se produjo lo inminente, y fueron en medio de un verdadero torbellino de objetos. Las cornisas se desprendían a su paso y los caballos, aterrados, abandonaron el coche que los trasladaba. Por un verdadero milagro, se salvaron los dos hermanos saltando a tiempo del carruaje.

Enormes daños se realizaron en muchas partes de la ciudad, y, sobre todo, en el norte de Rochester, en la llamada ciudad baja. Rápidamente fueron llamados muchos médicos para que atendieran a las numerosas víctimas. Durante toda la noche los hermanos Mayo y su padre trabajaron constantemente, mientras que las mujeres ayudaban en la preparación de camas, vendas, medicinas y alimentos. En las primeras horas de la siguiente mañana, en una sala de baile se estableció un hospital improvisado. Alambres y cortinas dividían las habitaciones en pequeños compartimientos. A las once, treinta y cuatro pacientes estaban instalados en aquel hospital y los médicos trabajaban ya.

La primera tarea que había que hacer era la de conseguir el personal auxiliar. Había muchos voluntarios, pero no se podía depender de ellos porque estas mujeres tenían sus casas y sus familias que cuidar. Había que encontrar enfermeras que pudiesen dar todo su tiempo para esta tarea. El doctor Mayo pensó entonces en las hermanas franciscanas, que tenía allí un convento dedicado a la enseñanza. Sin embargo, muchas de ellas estaban de vacaciones de verano en la Casa madre y solo residían en Rochester algunas.

Cuando el doctor Mayo sugirió esta solución a la madre superiora del convento, ésta accedió inmediatamente, y desde entonces hasta que se cerró el hospital las hermanas de San Francisco hicieron las tareas de enfermeras.

Para corresponder a este desprendimiento se hizo una suscripción, a la que cooperaron entidades y particulares de otras muchas ciudades. Sin embargo, por encima de estos hechos materiales había quedado otra semilla, que germinaba en la mente de la madre superiora de las franciscanas. Esta Orden de monjas había establecido su convento y su escuela en Rochester en 1877, dependiente de la Congregación de Joliet (Illinois). Unas pocas semanas más tarde, el obispo de Chicago las separó de esta Casa y nombró madre superiora con veinticuatro hermanas, formando la nueva Congregación de Nuestra Señora de Lourdes. Poco antes del tornado, el obispo de San Pablo, dentro de cuya diócesis estaba Rochester, había sugerido a la madre Alfreda que construyera un hospital en Rochester. La idea no había prosperado, sobre todo



La madre Alfreda, fundadora del St. Mary's Hospital, con la hermana Josefa

porque las hermanas estaban preparadas para la enseñanza y no para el cuidado de enfermos. No obstante, Rochester necesitaba un hospital, y por ello la monja decidió que lo tuviera, por difícil que fuera la tarea. Un día, poco después de que se cerrara el hospital provisional, la superiora fué a visitar al doctor Mayo y le preguntó si no creía que debía construirse un centro de esta clase en Rochester. La respuesta del médico fué rápida y concreta: «La ciudad es demasiado pequeña para soportar un hospital; costaría mucho y no tendría probabilidades de éxito la empresa.»

La superiora no renunció a esta idea. Tranquilamente rechazó las objeciones del doctor y le dijo que si le prometía encar-

garse del hospital las hermanas lo financiarían. Como insistiese en que costaría 40.000 dólares, le replicó que se gastaría esta suma y más si fuera necesario. Luego le pidió que elaborase los planes para construirlo.

No tiene nada de particular que el doctor Mayo considerase el proyecto de la monja como algo falta de realidad. Los hospitales no tenían entonces el favor del público. Mantenidos casi siempre para auxiliar a los indigentes, eran a menudo lugares sombríos. Los propios cirujanos informaban que la mortalidad en estos lugares era mucho mayor. Durante cerca de cuatro años el proyecto del hospital no pasó de una idea. Pero el duro trabajo y la austera vida de las monjas franciscanas les permitía ir acumulando fondos. De todas las Misiones se enviaban colectas a la Casa, y no se cesaba de recibir donativos en alimentos y vestidos. Las hermanas obtenían ingresos extraordinarios dando lecciones de música, realizando trabajos de punto y haciendo bordados. Cuando hubo, al fin, suficiente dinero, el doctor Mayo escogió el lugar. El 26 de julio de 1887 la Congregación de Nuestra Señora de Lourdes hacía voto de construir el hospital y cuatro meses más tarde la propiedad era comprada por 2.200 dólares.

El Hospital de Santa Maria no pretendió ser sólo para católicos. Cuando se hablaba de esto, la superiora decía: «La causa de la humanidad que sufre no conoce ni religión ni sexo.» Sin embargo, el fanatismo religioso iba a crear un absurdo antagonismo. La Asociación Proteccionista Norteamericana, antecesora del Ku Klux Klan, quería presentar a este Hospital como una injerencia del imperialismo papal en los Estados Unidos. También fanáticos protestantes no querían saber nada de una institución que estaba administrada por monjas y que tenía una capilla para los cultos de éstas. Alarmado ante estas amenazas, el viejo doctor buscó protección con el fin de que no fuera destruida esta obra.

LA CLINICA Y LA FUNDACION MAYO

El resultado más llamativo del continuo movimiento de pacientes en el Hospital de Santa Maria fué el aumento constante del personal de todas clases. No había nada sobre esto fijado y la necesidad obligaba a nuevas ampliaciones. En 1905 los hermanos Mayo habían hecho 4.000 operaciones, naturalmente no llevadas todas ellas directamente por ellos. La necesidad de una ayuda era cada vez mayor. Sus trabajos les exigían una mayor libertad de acción, y busaban con quien asociarse para poder desenvolver sus tareas de un modo adecuado. A principios de 1892 habían solicitado al doctor Stinchfield que se les uniera, y él aceptó.

En 1897 las hermanas franciscanas habían agregado una nueva ala de cuatro pisos al edificio original, elevando así la capacidad de éste en ciento treinta y cuatro camas. Antes de que se marcharan los obreros, los nuevos cuartos estaban ya completamente llenos. El exceso de población enferma se había hecho insoportable. Había veces que los pacientes tenían que esperar días enteros para sus operaciones a causa de que no había una ca-

ma disponible para ellos. Tan grande era la demanda, que las monjas llamaron nuevamente a los arquitectos para que agregasen un tercer pabellón al edificio, que fué terminado en 1904.

La convivencia entre los doctores Mayo y sus pacientes se había convertido ya en una faceta inseparable del escenario de Rochester. Los servicios médicos realizados habían atraído a gran número de farmacéuticos, y hombres y mujeres de todo el país venían buscando las oportunidades que creían poder encontrar allí. Como cada paciente que venía a Rochester era acompañado por una o más personas, la industria hotelera prosperó extraordinariamente. En general, el crecimiento de todas las posibilidades comerciales de Rochester fué incesante y de un ritmo ininterrumpido. No obstante, todavía en aquella época Rochester era una pequeña villa rural. Posteriormente se realizaría el salto que cambiaría totalmente el aspecto de la ciudad.

La historia de la Clínica Mayo y de la Fundación del mismo nombre, creada para preparar y perfeccionar a futuros cirujanos, es la de una constante ampliación de sus actividades e instalaciones. En 1928, un nuevo edificio venía a agregarse a los ya varios existentes. Su realización así como sus equipos, costó tres millones de dólares, y tardó dos años en construirse. Quince pisos componían el edificio, coronados por una torre de cuatro plantas. En la nueva casa había piedras de siena, macizas puertas de bronce y mármol en abundancia. En lo alto de la torre, un carillón de veintitrés campanas tocaba una famosa tonada de Croydon. Durante muchos años el doctor Will deseaba que los habitantes de Rochester pudiesen oír a un carillón, al igual que otras ciudades.

En noviembre de 1932 el doctor Will Mayo, al pronunciar un discurso, pudo trazar toda la historia de la institución que fundara su padre. Comenzó recordando los pasos que diera su progenitor al establecer la Fundación. Este fué el primer período, iniciándose el segundo con la construcción del Hospital de Santa María en 1889, y pudiendo decirse que el tercero empezaba en los momentos en que hablaba. El 31 de diciembre de este mismo año el doctor Charlie y el doctor Plummer, dirigentes de la Clínica, se retiraban de sus puestos. Unos nuevos Comités, burocratizados y debidamente subdivididos, se encargaban ahora de todos los problemas de la Clínica.

Cuando en 1934 el Presidente de los Estados Unidos fué a Rochester a honrar a los hermanos, éstos parecía que habían alcanzado la cumbre de su carrera.

Lo que más llama la atención de la Clínica Mayo se ha dicho por alguien es que quinientos miembros, todos ellos los más destacados en su especialidad, puedan vivir y trabajar conjuntamente en una ciudad perdida del acontecer mundial.

En 1939 murieron los hermanos Mayo. El doctor Will, no encontrándose bien, fué sometido a tratamiento y la radiografía mostró, para ironía de ironías, que tenía un cáncer en el estómago. Fué operado y experimentó una ligera mejoría. Su recuperación animó a su hermano a hacer un viaje a Chicago; pero estando allí cogió una pulmonía, y el 26 de mayo todos los periódicos y la radio transmitían una noticia que lacónicamente decía: «El doctor Charlie ha muerto.»

La muerte del hermano querido fué un duro golpe para el doctor Will. Sin embargo, logró una ligera mejoría, que le mantuvo en el mundo de los vivos hasta el 18 de julio de 1939. Su muerte, al igual que la de sus hermanos, produjo elogio en todas partes, y sus nombres fueron comparados en importancia, para la historia de Norteamérica, con el de Lincoln.

Relatar la historia que podíamos llamar técnica de la Clínica Mayo resulta en estas páginas, donde hemos dado importancia al aspecto biográfico, completamente imposible. Sin embargo, no se puede pasar por alto su enorme contribución al progreso de la cirugía, siendo ellos los que aplicaron el bisturí a enorme número de dolencias que hoy nos parecen completamente normales. También fueron verdaderamente excepcionales sus trabajos por el progreso de la ginecología. Hoy la Fundación Mayo, integrada dentro de la Universidad de Minnesota, convertida en un centro de especialidades de Medicina y de investigación científica, mantiene viva la idea de los fundadores, que con sus actividades querían superar el simple cuidado de los enfermos con una contribución permanente al progreso de la lucha contra la enfermedad.

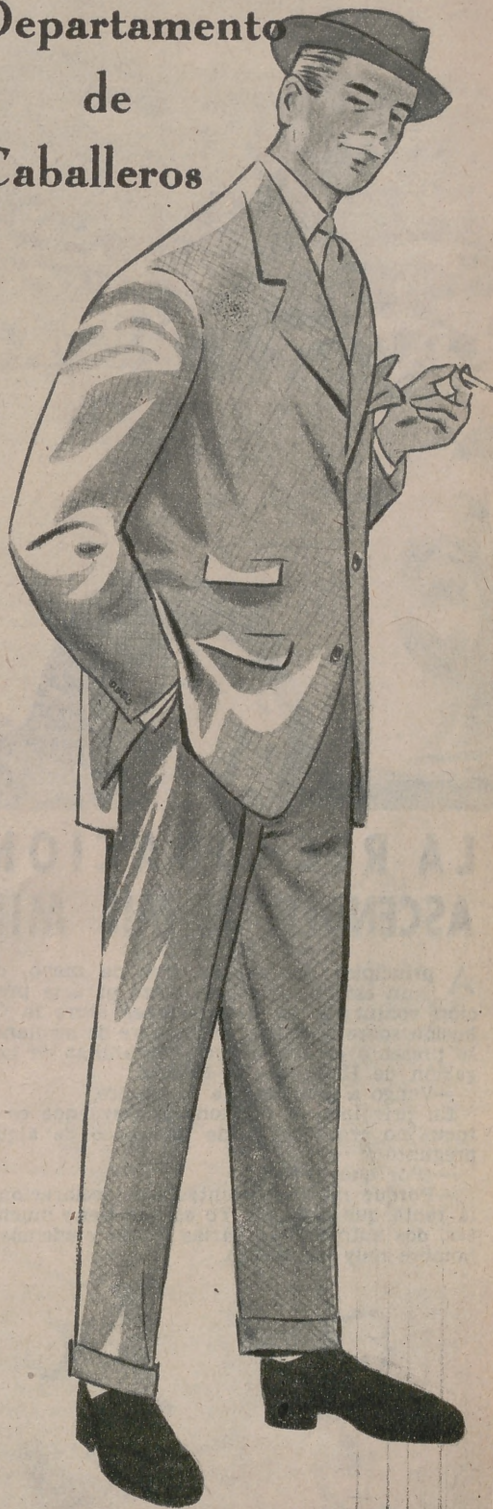
Elegancia y distinción

en el gran

Departamento

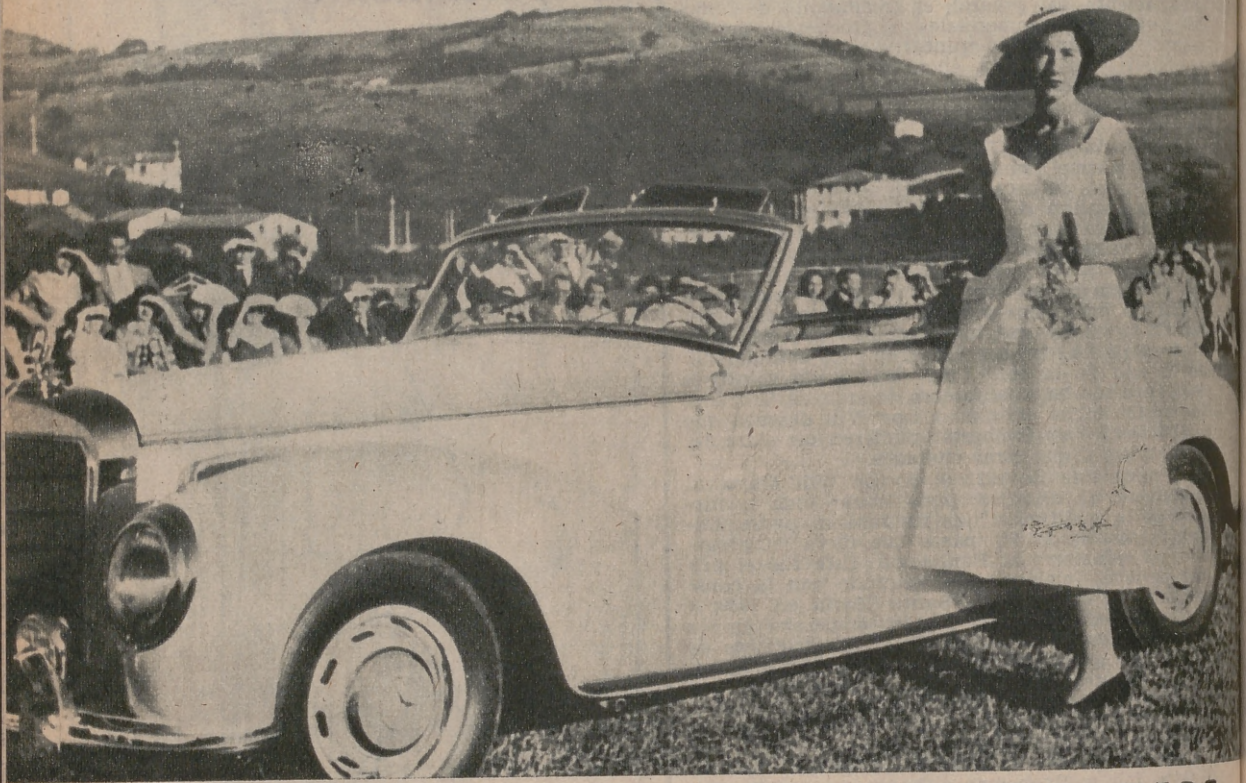
de

Caballeros



Galerías Preciados

45.000 CONTRIBUYENTES SIN MEMORIA



LA RECAUDACION SOBRE LA RENTA DEBE ASCENDER A MIL MILLONES DE PESETAS AL AÑO

A principios del pasado mes de mayo, cuando aun estaba abierto el plazo para la presentación voluntaria de declaraciones sobre la Contribución sobre la Renta, un hombre de mediana edad se presentó en una de las ventanillas de la Delegación de Hacienda de Madrid.

—Vengo a denunciar a mi casero.

En principio, el funcionario creyó que es que el inquilino era víctima de un abuso de alquiler y preguntó:

—¿Por qué, señor?

—Porque no ha presentado su declaración sobre la renta que disfruta. Yo sé que tiene muchas casas, dos automóviles, varias fincas y además es un hombre muy antipático.

El funcionario calmó al denunciante.

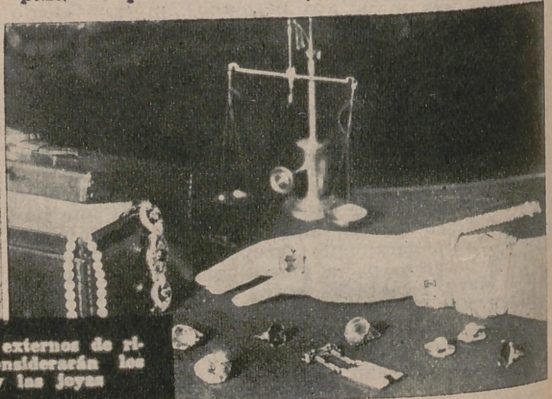
—Hombre, tenga en cuenta que todavía no ha finalizado el plazo para la presentación voluntaria de declaraciones.

—Ya verá usted cómo no la presenta...

—Espere hasta fin de mes, que se acaba la última prórroga concedida, y luego ya veremos...

Afortunadamente para el amenazado casero, su alquilado no tuvo necesidad de volver por la ventanilla. Cinco días antes —el 27 de mayo— el casero cumplió con la Ley. Y el intranquilo y nervioso inquilino pudo dormir sin ajenas preocupaciones fiscales.

Hoy, terminado ya el plazo señalado por la Ley para cumplir con ella, las Delegaciones de Ha-



Como signos externos de riqueza se considerarán los criados y las joyas



Si el contribuyente no ha declarado la verdad en el valor de piedras preciosas puede ser castigado por averiguación de oficio.



Las fiestas y los automóviles entran dentro de los signos exteriores de riqueza.

cienda se disponen a examinar, contar y clasificar el volumen de declaraciones recibidas.

SEIS MESES DE CARCEL, EN ALGUNOS PAISES, PARA LOS QUE FALSEEN LA DECLARACION

Se cuenta que en Inglaterra hubo una época en que ingresaban en los establecimientos psiquiátricos una gran cantidad de hombres enfermos. Todos presentaban los mismos síntomas: llevaban en la mano un gran manojito de impresos, en la otra una pluma estilográfica y pedían a grandes voces los libros de Hacienda editados en el país.

Interrogados, examinados y psicoanalizados se llegó a la conclusión de que aquellos enfermos lo estaban por haber querido descifrar y rellenar los impresos para presentar sus declaraciones sobre la renta. La complejidad de aquellos documentos públicos había provocado estas crisis psíquicas en los habitantes del Reino Unido.

El hecho, exagerado, desde luego, demostraba que en la nación que puede considerarse como madre del impuesto —allí han nacido y se han desarrollado más que en ningún otro lugar de la tierra las teorías y prácticas del impuesto personal—, la complejidad de las declaraciones sobre esta cuestión fiscal era grande. Lo mismo ocurría en Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia... Teniendo esto en cuenta, los especialistas fiscales de nuestra Patria han ideado un modelo sencillo en comparación con los de aquellas naciones. El modelo oficial de España tiene unas veinte páginas, y en él han de figurar —distinguidas las casillas con absoluta claridad— todos los ingresos y gastos que los contribuyentes obtengan de distintas fuentes de riqueza —propiedad de fincas, valores, trabajo, etc.— y sus características personales: estado, nombre y apellidos de la esposa, hijos... El cuento ingies, afortunadamente, no ha podido tener ocasión de reproducirse entre nosotros.

España es una de las naciones desde el impuesto sobre la Renta es más benigno. Incluso las sanciones por infringir la Ley no son tan duras como en otras partes. En alguna de las naciones más arriba mencionadas, la penalidad por falsear la declaración —sin que valga demostrar que fué por equivocación e involuntariamente— se castiga con seis meses de cárcel, además de la sanción económica que en atención a la cuantía de la equivocación le corresponda. En España no se llega a tanto. Con unas pequeñas sanciones económicas el delito queda corregido. Aunque tal vez haya muchos propietarios, de esos de la mano herméticamente cerrada, que prefieren seis meses o seis años de cárcel con tal de no soñar ni una sola y miserable peseta.

Para el futuro y para siempre, en España, los impresos de declaración de la Contribución sobre la Renta deben presentarse en las Delegaciones de

Hacienda de cada provincia respectiva, dentro de los cuatro primeros meses del año. Este año, por única vez, y dadas las especiales circunstancias de la implantación de la nueva ley, el plazo se amplió hasta el 31 de mayo. Pero téngase en cuenta: en 1956 los meses hábiles serán tan sólo enero, febrero, marzo y abril.

45.000 CONTRIBUYENTES SIN MEMORIA

Las novedades introducidas en la Legislación hasta ahora vigente por la Ley de 16 de diciembre

...da ALFA todo su rendimiento
Como usted mismo, esta mujercita esquimal cose para su familia empleando también como usted, una ALFA.
ALFA la super máquina de coser y bordar se impone por sus inalterables cualidades siendo conocida hoy por las mujeres del mundo entero

ALFA

LA MAQUINA DE COSER Y BORDAR FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

CENTRAL PUBLICIDAD

de 1954, la publicidad dada a la misma y los beneficios que se reconocen a los contribuyentes que por primera vez se sometan al tributo, han producido, en muchos casos, un estado de opinión, exacto en unas ocasiones e inexacto y alarmista en otras.

Había el temor en el contribuyente que en años anteriores no había declarado su renta de que se le contase lo que debía, en justicia, al Estado. Por ejemplo: un contribuyente declaraba poseer este año de 1955 una renta de doscientas mil pesetas anuales. Lógicamente, esta renta, o por lo menos otra sensiblemente igual, debía de disfrutarse en los años pasados, con lo que, aplicándole la ley antigua —mucho más dura que la moderna, ya que la base impositiva estaba en las sesenta mil pesetas y el tanto por ciento era superior al actual—, el contribuyente olvidadizo debía de pagar una casi verdadera fortuna. Estos «desmemoriados» contribuyentes han visto resuelto su problema con una amnistía general. Una amnistía fiscal que ha dicho que a todas aquellas personas que presentaran su declaración dentro del plazo con veracidad y exactitud, el Estado se olvidaría, también, de las cuentas anteriores.

Ello es que, bien sea debido a la propaganda gratuita que la Contribución sobre la Renta ha tenido en todas partes, o a las concesiones otorgadas por el decreto-ley de amnistía y la ley reformadora de la contribución, la presencia de presuntos contribuyentes en las oficinas, unas veces en demanda de información y otras para presentar sus declaraciones, ha sido verdaderamente inusitada en todas las provincias.

Demuestra el éxito alcanzado el número de documentos admitidos, que se aproxima en mucho a los 80.000, cuando el año anterior no llegaba a los 28.000.

Ante tales cifras surge una pregunta: ¿Están las autoridades económicas satisfechas? No del todo, porque los cálculos prudentemente realizados elevaban, según noticias, aquella cifra a unas 125.000 declaraciones, por lo menos. Esto hace prever que se va a poner en marcha una intensa acción inspectora para sacar a luz a tanto recalcitrante que no ha atendido la llamada del Fisco, no obstante la generosidad con que éste se ha producido. La actuación de los inspectores, que no será precisamente de guante blanco —dentro, naturalmente, de las más exquisitas normas de corrección y cortesía y guardando la observancia de que no se permitirá en ningún caso inquisición sobre la vida privada ni sobre el hogar de los contribuyentes—, nivelará la cifra escasa de los 80.000. Y si hay lamentación en los contribuyentes obtenidos por la acción inspectora, no tendrán razón ninguna en hacerlo. Facilidades para declarar voluntariamente

se les dieron en todos los sentidos. Y no digan que no se han enterado de que existía la Ley, pues los periódicos y la radio han hablado, todos los días, de la obligación de contribuir. En este caso, la multa es justa.

De las 80.000 declaraciones presentadas puede darse la casualidad de que algunas sean negativas, es decir, que no tengan que contribuir, a pesar de que las personas que las hicieron creyeran, de buena fe, que sí debían hacerlo. ¿Cuántas de estas declaraciones serán negativas? No es fácil predecirlo en los momentos actuales, ya que las oficinas receptoras están ocupadas ahora en registrar y ordenar todas las recibidas, pues ha de tenerse presente que más de la mitad de aquéllas se han presentado en los dos últimos días del plazo señalado, siguiendo así esa tradicional costumbre que poseen muchas personas de dejar todo para el último momento.

De todos modos, si se tienen en cuenta las diversas reducciones que de los ingresos netos admite la Ley —rentas de trabajo, por hijos, etc.—, puede estimarse en un 30 por 100, por lo menos, las que no producirán resultados positivos en el acto de liquidarse.

NO HAY QUE PAGAR SIETE MIL PESETAS POR UN AUTOMOVIL NI NUEVE MIL POR UNA CRIADA

Después de terminada la época de la declaración puede decirse que entra ahora la época o el reinado del signo externo.

Sin embargo, conviene aclarar algunos conceptos sobre los signos externos. Se ha dicho que los coches pagarán tantas pesetas por caballo y que por un criada habrá que pagar también tantas pesetas. Esto es totalmente inexacto y absurdo.

El método de signos externos, lo único que hace es deducir por el tren de vida de la persona y por los gastos que ésta realiza, la base presunta de un contribuyente. Es decir, la base sobre la que ha de contribuir.

En la orden del Ministerio de Hacienda sobre los signos externos se dice, por ejemplo, en lo relativo a automóviles: «Se atribuirá un gasto de 1.000 pesetas por cada caballo de fuerza; si la potencia del vehículo no excede de 10 caballos fiscales. Si fuere superior a este límite, se computarán 2.000 pesetas...» En lo relativo a criadas dice: «Por cada persona del sexo femenino se imputarán 9.000 pesetas, exceptuándose siempre dos sirvientes. Si son del sexo masculino, 12.000 pesetas. Por los preceptores, maestros e institutrices que habiten con el contribuyente, se atribuirán 24.000 pesetas, y por los conductores, a razón de 13.000 pesetas. De este cómputo se excluirá a los sirvientes mayores de sesenta años.»

No quiere esto decir que haya que pagar 9.000 pesetas por una criada ni 7.000 pesetas por un automóvil de siete caballos. Por este sistema indicativo —que se utiliza en algunos países latinos, seguramente porque su idiosincrasia les lleva a considerar como mérito el engañar, aunque sólo sea un poco, al Fisco— se determinan «las bases presuntas de un contribuyente, y si exceden en más de un 20 por 100 a las declaradas se considera que éstas son falsas, liquidándose las cuotas sobre las «resultantes» de los repetidos signos externos. Para las excepciones se encuentra establecido el recurso de agravios ante el Jurado Central.

LA RECAUDACION, POR ESTE CONCEPTO, DEBE ASCENDER NORMALMENTE A MIL MILLONES DE PESETAS AL AÑO

¿Previsiones? Ya es sabido que una reforma tan trascendental como la llevada a cabo por la ley de 16 de diciembre último no puede surtir todos sus efectos en el primer ejercicio de su aplicación. Además, la práctica pondrá en evidencia el acierto o error que haya podido haber en sus disposiciones reglamentarias, y así se justificarán las rectificaciones pertinentes. Hasta pasado el año 1956 es prematuro hablar del verdadero resultado de la reforma. Lo que sí puede anticiparse es que si se lleva con buena mano, a fines de aquella anualidad el número de contribuyentes debe alcanzar la cifra de 125.000 y la recaudación ascender a más de mil millones de pesetas.

Sin quebranto para los contribuyentes, que pagarán unas cuotas bastante más bajas que antes y con aumento para el Tesoro, el cual compensará, con el considerable aumento de contribuyentes que ha de producirse, la baja de las cuotas parciales que éstos satisfagan.



El Ministerio de Hacienda en la calle de Alcalá de Madrid

ACCION, TRABAJO Y CIENCIA



SINTES OBRADOR MARCA EL OBJETIVO DE LA «OPERACION BIBLIOTECA»

CASAS DE CULTURA,
BIBLIOTECAS MODERNAS
Y SENTIDO SOCIAL EN
UNA OBRA DE RITMO
RENOVADOR

Charla con el director
general de Archivos
y Bibliotecas

MUY comedido, no sé si racionalizado, en todo... Sonrisa casi inexpressiva, carencia de gestos tono de voz siempre igual, mirada fija. He aquí el «flash» humano de Sintes Obrador.

Un pequeño sondeo revela en seguida el contraste de su obra. Y tal vez no haya contraste. Porque su obra, penetrante y extensiva, sigue el curso de los proyectos sin gesticulaciones. Así que hay paridad en su lenguaje expresivo y en los hechos.

Libros y folletos; folletos y libros. Libros y fotografías; libros y pergaminos. Libros en estantes y vitrinas, en la mesa del trémino y en la propia mesa de trabajo, cuyo, cuyo frente y flancos son o hacen de anaquel. Libros. Ninguna otra cosa se ve en el despacho del actual director general de Archivos y Bibliotecas.

El modo correctísimo de conversar denuncia un hombre minucioso y meticulado, aparentemente tímido; pero Sintes es militar. Tantos libros, tan bien dispuestos y ordenados, parecen presentar un hombre que no hace uso de ellos; pero Sintes es un investigador.

Aquí está la clave de sus hechos: militar e investigador. A estas cualidades u ocupaciones personales corresponden estos caracteres de su función direc-

tiva: acción y eficacia. Acción eficaz. Realidades.

Siendo la acción su norma, ha dado la vuelta al concepto de biblioteca. Algo vivo, no muerto como hasta hace poco. Algo que va en busca de clientes, no una lujosa institución que espera. Un centro difusor, no un depósito de libros. Una fuente de mejoramiento integral al servicio de todos, no un coto de acopio de

datos para uso de unos cuantos. En fin, una institución inquieta, activa, culturizante—perdonen—de entera función social. Algo nuevo, no como proyecto, sino como realidad en la ardua y larga empresa de mejoramiento cultural del pueblo español.

Su operación más atrevida, cuya planificación está terminada, es la de dar juventud y dinamismo al ampuloso y estático



El señor Sintes Obrador visita el interior de un bibliobús

edificio del palacio destinado a Biblioteca Nacional. Trasladarlo del siglo XIX a la segunda mitad del XX, con todo lo que ello significa. Una operación en gran escala. Síntes Obrador es un oficial de Estado Mayor que en la batalla del Ebro iba acompañado de una maleta llena de libros. Un símbolo.

LA BIBLIOTECA TIENE UNA FUNCION SOCIAL

Es tanta la importancia que se concede a la nueva estructuración, de carácter funcional, al viejo palacio—el término viejo tómesen en el sentido de inadecuación a fines—, que ha sido publicada una especie de Libro Blanco.

Merece la pena concretar en cifras cimeras la prevista revolución en el aletargado edificio. Cifras: Capacidad actual de lectores: 540. Capacidad prevista: 1.700. Consecuencias: Si hoy pueden tomar asiento como promedio diario unos 1.500 lectores, podría llegarse a los 5.000.

Más cifras: Hoy caben en los depósitos 1.750.000 libros. El proyecto, que está en espera de marcha, prepara sitio para 6.000.000.

En 1954 se tardó veintidós minutos en servir un libro, incluyendo la formalización del pedido. Con la reforma se reducirá el tiempo a doce minutos.

Resumen: la media anual de libros servidos actualmente es de 500.000. Este número quedará cuadruplicado, se elevará a 2.000.000. Casi al mismo nivel que la famosa Biblioteca del Congreso de Washington, donde hubo en 1953 un total de 2.148.351 lecturas y consultas.

—¿Y qué le ha movido a esta empresa?

—El convencimiento de que muchos temas, que son y deben ser vivos, habían quedado remansados, quietos, casi inoperantes.

—¿Y qué se propone con el Libro Blanco?

—Crear una conciencia nacional en torno de la Biblioteca Nacional.

—¿Abandono de quién?

—De la Nación, no de sus directores.

El señor Síntes va contestando rápido y consciente, pero sin altibajos fonéticos, como si respondiese a un programa bien sabido. Sonríe levemente y esconde la mayor parte de la mano derecha bajo la solapa.

—¿Fin de una biblioteca?

—Hoy, típica función social.

Pero puede haber una salvada. La Biblioteca Nacional, ese gran depósito de libros de toda índole o tiempo, verdadero tesoro por su contenido de libros raros y únicos, bien pudiera considerarse un auténtico Museo Bibliográfico y nada más. Un lugar de última instancia para el investigador, y poco o nada accesible al simple lector. Se ha discutido esta divisoria de fines, porque otras bibliotecas, públicas o especiales, bien pueden cumplir y satisfacer la simple documentación o lectura, reservándose a la Nacional los casos «in extremis».

—¿Concibe usted la Biblioteca

Nacional como el Museo Bibliográfico español?

—Sí y no. Gracias a los medios técnicos de hoy puede haber simultaneidad. El microfilm permite conocer los libros sin menoscabo del original.

—¿Qué simultaneidad admite entonces?

—Un museo de los vallosos, asequibles al investigador por medio del microfilm, y después una serie de bibliotecas funcionales especializadas.

—Esa especialización responde al deseo de ganar tiempo.

—Debe haber bibliotecas de ritmo rápido.

Es claro el pensamiento del señor Síntes Obrador: bibliotecas funcionales, rápidas y especializadas, y una apelación a la conciencia nacional para conservar y ampliar la riqueza bibliográfica que a todos pertenece.

SE DUPLICA LA CAPACIDAD

—Los planos.

Conté seis, uno por cada planta. Así que el valor funcional del edificio queda duplicado. De tres plantas en uso hoy, se beneficiarán seis. Multiplicación.

—Pero sin menoscabar en nada el porte exterior. El edificio conservará su fisonomía.

Por mucho que miré tantas cuadrículas de rayas blancas sobre un fondo ocre, nada pude sacar en claro. No leo planos. Comprendo ahora la satisfacción de cierto alarife que alardeaba de este progreso cognoscitivo en su profesión u oficio. Sólo me fué fácil el nombre del arquitecto: Luis Moya, que también es el conservador.

El dedo del señor Síntes señalaba escaleras, pasillos, salas, depósitos, bar-comedor, laboratorios, auditorium... Sólo me ha quedado lo oído.

Oí que en la planta baja, la de cimientos, habrá un auditorium, de unas 1.200 plazas de capacidad. En la segunda planta, que también sigue siendo baja, aparte del anfiteatro del auditorium estarán los catálogos públicos generales, el índice topográfico, algunos catálogos privados, una gran sala de lectura popular para 200 personas, la cámara blindada, el arranque del depósito general de libros y el departamento de Bellas Artes.

—El depósito general—dice apuntando y dando con el dedo el plano—aumenta en gran manera su capacidad. En todo un sector, contiguo al auditorium, se instalarán nuevas estanterías metálicas, hasta tres pisos nuevos. Y además se aprovechan los huecos hoy existentes entre cuerpo y cuerpo de estanterías.

—¿Y su funcionamiento?

—Por instalaciones mecánicas de montacargas, «paternóster» y teletipos.

Siguió. En la planta principal, que es la número tres, continúa el salón central de estudio, con la sola modificación de un aumento de sesenta asientos, es decir, habrá trescientos veinte. Al lado, la sala Información Bibliográfica y servicio de libros. No lejos, la sala de lectura de Manuscritos, raros y varios, con unos ochenta pupitres, en vez de los treinta y dos actuales. En un

emplazamiento paralelo la sala de lectura de Bellas Artes y estampas con acomodo para sesenta lectores. Y, por último, la sala de exposiciones.

—¿Acaso los fondos de Bellas Artes avalan esta distinción?

—A este departamento, que ya lo es, pertenecen la biblioteca especializada de Bellas Artes, estampas y dibujos, mapas, biblioteca musical, discoteca y la sección encargada de organizar exposiciones. Algunas son de reciente creación.

—Pero, ¿y los fondos?

—La de Bellas Artes cuenta con 17.000 volúmenes. No muchos. Aumentará con aportaciones del depósito general.

—¿Y la discoteca?

El señor Síntes queda pensativo. Quiere y no quiere hablar.

—Es reciente. Desde noviembre de 1945.

—Comprendido.

—Está en sus comienzos. Con un solo abastecedor: el depósito legal. ¿Adquisiciones? Tengo entendido que hasta ahora un solo disco. A pesar de ello, hay ya un lote de 7.000 aproximadamente.

Siguió.

—Tienen acomodo en la planta número cuatro, que viene a ser el entresuelo: quince cubículos; estanterías para 150.000 libros de consulta en régimen de libre acceso para los lectores del salón; la sala de Bibliografía, con sesenta asientos; dos salas de Música y Mapas, con cincuenta asientos, y la de folletos antiguos y modernos, donde podrán tomar asiento sesenta personas.

—¿El total de cubículos?

—Cuarenta.

Estamos todavía en los planos. Cada cubículo es una especie de apartamento individual con llave propia. Especia? para investigadores. Si en una jornada no termina su tarea—que es lo más corriente—puede cerrar la puerta y retener la llave. Se respeta así la acción continua y tranquila, sin interferencias, que caracteriza a la investigación.

INSTRUMENTOS MUSICALES Y DISCOS PARA LA INVESTIGACION

—Trece cubículos para estudiosos de música.

Un poco suspenso quedé al ver señalar y oír hablar. Me di cuenta que miraba sonriendo.

—Sí, señor. Para estudios con instrumentos musicales de aire y cuerda.

—Pero...
—Están acondicionados acústicamente.

—Ya.
Nos quedamos mirando en silencio.

—Y en la planta sexta—esos cubículos figuran en la quinta—habrá una planta de siete cabinas para audiciones de discos.

El señor Síntes insiste, dando datos, de la misma manera que un boxeador cuando encuentra camino fácil, por debilidad del contrario, para el k. o. Y vuelve:

—Más de 100.000 discos podrá guardar la discoteca.

—Entonces, ¿la quinta y sexta plantas serán de índole sonora?

—No; no. Hay espacio para otras muchas cosas. En la quinta, salas especiales de lectura.



Izquierda: Francisco Sintes es una excelente escopeta. Aquí le vemos a la expectativa durante una cacería.—Derecha: Esta es la familia Sintes. Tres hijos y tres vocaciones distintas



de Ciencias Puras, de Ciencias Tecnológicas, de Medicina, de Agricultura y Comercio. Cada una, con sus pupitres correspondientes.

—¿Y estanterías propias?

—No. Dependen del depósito general.

Después de todo, es un gran paso. Un paso de ritmo rápido, que es lo que se busca.

—Estanterías propias tiene la sala de Hispanoamérica. Para cien lectores simultáneos.

—Entonces, van de veras las bibliotecas especializadas, las de carácter funcional.

Un silencio intencionado se interpuso. El silencio que precede a palabras y hechos categóricos. Me puse a la espera.

—Sala de Estudios Hispano-africanos, sala de Ciencias Sociales, sala de Estudios Orientales...

Otra pausa.

—La sala de Ciencias Sociales—dice con cierto énfasis—tiene cabida para 200 lectores.

Miro entre las rayitas del plano, y leo: «Salas y depósitos de Genealogía, Heráldica y Alegaciones».

—¿Para cuántos investigadores?

—No menos de 60.

Optimismo. Por parte del señor Sintes y por mi parte. Sin embargo, noto que vuelve a situarse la mano derecha bajo la solapa y mira, yo creo que sin ver. Vierte la atención en su propia imaginación.

—Y, dígame, señor Sintes, ¿cómo han previsto y resuelto el problema económico otros países?

Vuelve rápido en sí.

—En Inglaterra se concibió, no hace mucho, la Biblioteca Nacional, sobre la contribución equivalente a una cajetilla de tabaco. Hoy puede cifrarse en unas 26 pesetas.

—¿Y en España supondría mucho, a estos efectos, el equivalente a una cajetilla de tabaco?

—Resolvería el problema de la lectura.

—Y en Estados Unidos, el país de las muchas y grandes bibliotecas, ¿en cuánto puede valorarse su contribución?

—Un dólar.

No es cosa de seguir investigando porque varían las circunstancias. Han de ser distintas las ecuaciones.

LA SALA DONDE CAE EL PRIMER RAYO DE SOL

—Esto es cosa de canto.

Me rearía a una foto donde los componentes de un coro vistían de blanco. Una foto corriente, pero, al parecer, muy estima-

da por el director general de Archivos y Bibliotecas.

—La Capilla Davidica, de Ciudadela.

Y añade, señalando con el dedo:

—Está compuesta por campesinos, zapateros... Genio toda de trabajo manual.

«Un recuerdo de la tierra», pensé para mis adentros. Pero, no. Para el señor Sintes, hay algo más en aquella simple foto.

—Ese día—que fué de la Semana Santa última—actuaron juntamente la Capilla Davidica, de Ciudadela, y la Orquesta Sinfónica, de Mahón. Durante la semana alternaron en las dos ciudades.

—¿Usted es de Mahón?

—Sí.

—¿Con ramificaciones en Ciudadela?

—Casado allí.

—Claro.

—No.

Y, en efecto, no estaba tan claro, o no fué tan fácil la foto. Sabido es lo que pasa en tierra firme entre ciudades, pueblos y hasta calles vecinas... Eso mismo, habida cuenta de la solución de continuidad, se da en un archipiélago. Mallorca, Menorca, Ibiza... Y luego, dentro de cada isla. Y en Menorca, las dos ciudades citadas.

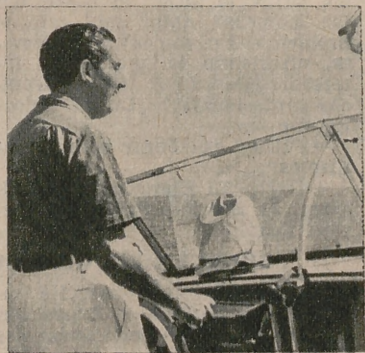
—En resumen: que logró usted la fusión por vía musical.

No disimula su satisfacción.

—Interpretaron «El Mesías», de Haendel.

—Hay, por lo visto, mucha dedicación a la música.

—No se sabe si la primera ópera italiana se interpretó en Barcelona o Mahón.



Otra de las grandes aficiones del director general de Archivos y Bibliotecas es el mar. Así fué sorprendido por la cámara de su hijo cuando conducía su canoa

Sonríe antes de seguir hablando.

—Mi limpiabotas es flautista de la Orquesta Sinfónica.

Lo que oigo, me obliga a pensar. Y concluyo deseando esta expansión artística al gremio. ¿No puede alternar con las discusiones sobre toros o fútbol?

—Hay, además, un Orfeón, un Ateneo Científico y Literario... En Menorca hay mucha cultura.

En realidad, el señor Sintes es Obrero es balear puro. Hijo de padre menorquín y madre mallorquina. Balear en todas partes. Y, en Madrid, casi representante del archipiélago. Ostenta la Medalla de Oro de la provincia, caso sin precedentes en un menorquín.

Me dice, pronunciando bien las sílabas:

—Sobre el cabo de Caballería, en la punta este de Menorca, acaricia a España el primer rayo de sol de la mañana.

Afirma con la seguridad de un testigo frecuente. Como un Jurado de poético encuentro. Lo ha visto desde el puente romano de La Nitja, en la isla madrugadora de España.

Por contraste, me acuerdo de la ocupación inglesa, hecho coetáneo y tan adverso como la de Gibraltar. En Menorca dominaron también los ingleses. Mas no fué inglesa, por la firmeza y vigor de los menorquines.

—¿Qué ha quedado?

—Afición al mueble inglés.

—¿Puro?

—Con más gracia y donaire.

Pero obra de artesanos. De estilo Chippendale, Sheraton y Reina Ana.

—¿Y de la influencia francesa?

—Ha quedado mucho menos.

En cambio, una buena colonia menorquina residente en Argelia mantiene buenas relaciones con la isla.

Menorca, a pesar de esa visión de indeterminación que inculca el monótono horizonte del mar, donde se pierde el sentido de la orientación, ha sabido asimilar todo lo extranjero y conservar un entero espíritu español.

INVESTIGADOR DE LO MILITAR

Contra lo previsto, según los antecedentes musicales de la isla de origen, en la casa de don Francisco Sintes domina la pintura. La acuarela. En esposa e hijos.

—Y con sentido crítico.

—Una línea firme.

No hace mucho, la mayor de las niñas—ocho años—fué a una Exposición en compañía de su madre. Le sirvió de estímulo, pero por vía negativa. Comentó con

la madre, al salir: «¿Y dices que yo lo hago mal?».

Pero el camino que ha seguido Sintés es el de la investigación históricomilitar. Pasó como alumno por la Academia Militar de Segovia, en la que más tarde fué profesor de Cultura. Hizo los cursos de Estado Mayor, y luego ha tenido a su cargo la clase de Táctica. Militares, aparte de los temas de bibliotecomanía, son sus obras: «Trajano o el militar», «Los triunfos de Maximiliano», «La técnica militar en la Historia»... Estas últimas, en espera de su aparición.

—¿Indica esto un deseo de especialización?

—Tengo 17 carpetas. O militares propiamente dichos, o de la guerra en el Arte.

Iría siempre con el algo de su vida de milicia: dos heridas de guerra. Mutilado. Una pierna con los vestigios imborrables de la metralla y la ligadura de la vena femoral. Y condecoraciones.

Le sobreviven unas tendencias complementarias del ejercicio castrense: equitación, cacería y el barco de vela. Su afición al mar es imposición de la isla natal. El mar consume sus vacaciones. En el mar brotó la idea del Premio «Menorca», fruto de un diálogo.

—¿Y de Menorca?

—Dos tomos que aparecerán pronto: «Fuentes documentales para la historia de Menorca».

—¿Dónde encontró esas fuentes?

—En los archivos de la Corona de Aragón, en Simancas y en el British Museum, de Londres.

Queda otra faceta, que le acerca más a su actual cargo: afición a las antigüedades. Ha visto y hablado con anticuarios de casi toda Hispanoamérica, de Roma, París, Berna, Londres y Lisboa.

El impulso militar y este otro sentido de valoración minuciosa le dan equilibrio para su acertada acción vitalizadora de las bibliotecas.

BIBLIOTECAS EN BUSCA DE LECTORES

—¿Un homenaje?

—Del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Se trata de un pergamino que, en marco, pende de la pared. Su leyenda, en latín. ¿Qué significa? El éxito de una orientación, de un rumbo operante dado a una cosa casi estática. El señor Sintés lo mira complacido.

—Bien; ¿y qué límites ha puesto a su empresa?

Piensa, recapacita, sin hablar. Al parecer, los límites han de venir de fuera. Sonríe. Y, por primera vez, se muestra algo tajante.

—Desde luego, hay que modificar el estilo de las bibliotecas. Que sean alegres, atractivas. Hay que variar, incluso, el decorado. Concluye uniendo el índice y el pulgar en gesto de síntesis.

—Hay una oficina de planificación. Hasta las zillas entran en sus cálculos.

Habla como de una marcha hacia un objetivo. Como un jefe de Estado Mayor del libro en el momento de comenzar la operación.

—Se ha creído que la bibliote-

ca es cosa de minorías. Por ahí hay que romper. Se trata de vencer el punto de inercia.

—¿Cómo?

—Por todos los medios. Yendo en busca de lectores. Haciendo ver los beneficios de un más alto nivel cultural.

En efecto, la operación está en marcha. Desde Madrid parte, bajo el nombre de Servicio Nacional de Lectura, una extensa red de bibliotecas. De la Central Circulante pasa la corriente a los Centros Coordinadores de provincia. Cada provincia es una unidad bibliográfica. Y de éstos, a los Centros Municipales. Alrededor de 700 bibliotecas municipales. Y 350 archiveros y bibliotecarios en total. Pocos. Muy pocos. El número irá creciendo con ayudantes técnicos. También tendrá sitio en la reforma del edificio de la Nacional la Escuela de Archiveros y Bibliotecarios.

La cooperación es así: el Estado aporta un fondo inicial, enseñanza del personal y, en cabezas, el personal mismo.

—¿No se movilizan medios auxiliares?

Rápido, acude a su mesa y busca. Vuelve, al fin, con unas fotos.

—Esta es la Exposición de la «Pequeña historia del libro».

Las fotos parecen unos pequeños polípticos. En paneles, se reproduce la invención de la escritura, del papel, de la imprenta, el proceso genético del libro, diferentes tipos de letra y cómo han ido evolucionando en el curso del tiempo.

Deja las fotos, sin dar descanso a la conversación:

—La campaña de Gibraltar.

—¿Qué es eso?

—En vanguardia, escuelas prefabricadas y un bibliobús. Por los barrios de Algeciras, San Roque y La Línea circula la furgoneta-biblioteca, con sus libros en busca de lectores. Un magnetofón aumenta la intensidad de unas lecturas. Y luego, unos «slogans» caen sobre el accidental auditorio: «¿No puedes leer esto por tí mismo? El hombre es libre cuando puede disponer de sí mismo. Vete a la escuela.»

—Puede, sí; puede la biblioteca ambulante cooperar en la lucha contra el analfabetismo...

—Y en algo más quizá más importante. Porque la «culturización» de las masas es más eficaz y trascendente que la «alfabetización». ¿De qué sirve aprender las letras, si luego no continúan las lecturas? Aquí, aquí está el problema. En fomentar la lectura, ofreciendo lo que pueda interesar. ¿Deportes? ¿Libros técnicos profesionales? ¿Curiosidades? Lo que sea.

—Pueden colaborar otros organismos.

—Cierto. El Ejército, los Sindicatos, la Sección Femenina, Acción Católica.

LIBROS EN FURGONETA

He visto un bibliobús. He subido. Unas vitrinas de Exposición de libros al exterior, anaquelos interiores, una visita con ficheros... Y poco público. Acude a mi barrio un mismo día de la semana y a la misma hora.

—El bibliobús tiene más éxito

en las zonas de obreros, que suelen pedir libros técnicos para su formación profesional.

—¿Datos?

—El día 3 pasado, en una de las paradas de Vallecas, se prestaron 187 libros.

—¿Y ese otro que, en un extremo de la Feria del Libro, aparece como el anverso de aquellas exhibiciones? Porque si el objeto de la Feria, además de la propaganda, es vender...

—A los pocos días había realizado préstamos por valor de 8.000 pesetas.

He aquí un síntoma. Un balance entre venta y préstamo. Claro que el problema radica en el libro. El público salta por encima de los prejuicios sanitarios con que suele bombardearse los fines de las bibliotecas circulantes.

Sintés Obrador sigue con lupa todo el movimiento bibliotecario del país. Planea. Registra. Saca conclusiones. Compara. Calcula. Observa la marcha de Asturias, que va en cabeza: 22 nuevas bibliotecas populares en el pasado año. Y cinco Casas de Cultura, de las que funcionan dos.

La Casa de Cultura es un complejo cultural de ámbito provincial. Comprende: el Archivo Histórico de la Provincia, la Biblioteca Pública de la Ciudad, el Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas, el Archivo de Arte y el Museo Provincial, el Centro de Estudios Locales y un Auditorium o salón de actos. Todo, en un edificio «ad hoc», si es posible.

—Las Casas de Cultura son de reciente creación, de su tiempo. ¿Cuántas hay ya?

—A fin de año, 10 funcionando.

¿EL PUNTO DE INERCIA?

Hay que terminar. La acción de Sintés Obrador termina en las bibliotecas, viajeros por los pueblos. Bibliotecarios hechos misileros de la cultura. Libros en cajas, a la espera de manos cansadas del trabajo duro del campo o de los oficios. En Soria entró en función, allá por el 1949, el primer sistema de bibliotecas de esta clase, organizado por el Centro Coordinador de aquella provincia.

Pero aun quedan, antes de dar fin a la charla, unas preguntas en torno de los problemas del parlado de la Nacional.

—El depósito legal de libros, ¿se hace en forma debida?

Falla la respuesta directa. En caso negativo es un problema nacional en el terreno cultural. Un bache, una interrupción supondría en este gran legado de la cultura patria.

—¿Alguna innovación?

—La ficha única. Ante el depósito legal, nuestra imprenta hace una ficha, que luego se reparte entre las restantes bibliotecas del país. Uniformidad y ganancia de tiempo significa esto. Hay que ganar tiempo.

Ritmo rápido y sentido social. Bibliotecas vivas y alegres. He ahí las consignas de Sintés Obrador. ¿Dónde está el punto de inercia que hay que vencer?

Jiménez SUTIL

ANTES QUE LEVANTE EL VUELO...

EL CONDE DE LA CONQUISTA NUEVO CAMPEON DE TIRO A PICHON



El conde de la Conquista acaba de proclamarse campeón nacional de tiro a pichón. En el escalafón de los campeones sucede este año al conde de Tebas, que en San Sebastián, el año pasado, obtenía por tercera vez el título de primer tirador de España.

Julio Prado Colón, conde de la Conquista, es un joven de veintiséis años, que viste con chaqueta de cuadros, pantalón gris, y que, al hablar, apenas si mueve sus brazos largos. Tiene una sonrisa abierta que invita a la confianza. En su casa de la calle de Sanjurjo, en una sala amplia, donde los largos divanes de terciopelo rojo y los tresillos de las esquinas alternan con lujosos y variados jarrones de flores, el campeón no se ha hecho esperar.

—Usted llamó ayer por teléfono, ¿verdad? Me lo han dicho esta mañana. Yo acabo de llegar de Toledo, de la finca. Allí paso casi toda la semana. En el campo hay siempre mucho que trabajar. Siempre hay algo que queda por hacer.

—¿Dónde tiene la finca?

—La finca es de mi madre. Está en los montes de Toledo, a unos 90 kilómetros de la capital. «La Cigüñuela» es famosa, entre los cazadores, por sus muchos jabalíes y corzos gigantes. Mañana mismo me marcho yo para allá; si usted quiere, aproveche la ocasión y véngase conmigo; así me ahorra el describirla.

Y a uno le dan ganas de aceptar y pasarse allí un fin o un principio de semana; pero querer no es poder.

—¿Cuál fue para usted el momento más emocionante del Campeonato?

El conde de la Conquista es abundante en palabras. La parsimonia de sus gestos la compensan el lenguaje y la expresión de los ojos, que se mueven al compás de la conversación.

Julio Prado Colón mató el primer jabalí cuando tenía doce años



El conde de la Conquista en su casa de Madrid, junto a su perro favorito y ante un cuadro de caza

—Caralt y yo íbamos con el pájaro catorce. Falló Caralt, y yo me quedé limpio, solo, desde el quince hasta el diecinueve. Salí a matar y ganar el veinte, y... el veinte se me fué. Entonces igualé con los cuatro que tenían cero: el conde de Lérida, Caralt, Carlos Albert y Codes. El conde de Lérida falló el primer tiro; Albert, el cuarto, y el conde Caralt, el quinto. Continuábamos solos en la lucha Codes y yo. Erró Codes el veintiocho, y yo quedé campeón.

EL PRIMER PREMIO, A LOS DIECISIETE AÑOS

—¿Qué ventaja económica le ha proporcionado el ser campeón?

—Ventaja económica, ninguna. Absolutamente ninguna. No hay ni siquiera abonos gratis para salir al extranjero a tomar parte en competiciones internacionales. Si uno sale, tiene que correr todo a cuenta de su bolsillo, y, la verdad, el bolsillo no siempre está para esos troteos. El premio consiste sólo en una copa muy gran-

de, de plata, que hay que ganar la dos veces seguidas o tres alternas. Por cada vez que queda uno campeón le entregan una reproducción, poca cosa. Veremos qué ocurre el año que viene, en Barcelona.

—¿Es éste su primer premio?

—No. Yo empecé a tirar a pichón a los diecisiete años, y el 46 gané el Gran Premio del Ayuntamiento de Madrid. Por ahí creo que debe estar la copa que me dieron.

—¿Pasa usted mucho tiempo en los entrenamientos?

—Ninguno. Yo no me entreno. Se necesita mucho dinero para tirar a pichón unas horas a la semana. Únicamente he tirado en Madrid y San Sebastián.

—¿Cuántas escopetas tiene usted?

—Tengo dos escopetas de campo, pero el Campeonato lo gané con una escopeta prestada. Me la cedió para el tiro Valentín Madariaga. Es una «Pourdey», formidable para tirar de 27 a 30 metros.

—De los que conoce, ¿cuáles son los mejores tiradores?

—Para mí, de los españoles, el conde de Tebas; de los extranjeros, el portugués Corado, que ganó el Campeonato Internacional en España cuatro días antes que yo.

De un tiempo acá, el tiro a pichón ha atraído mucho la atención de la mujer. Hay muchas y buenas tiradoras, sobre todo en Italia. También las hay en España, y en el último Campeonato tomaron parte algunas.

—De las que he visto tirar, la que más me agradó, por su seguridad, fué, sin duda, María Antonia Villada. Yo hacía el número uno en la pizarra, en la enumeración de tirada. Pocos minutos antes de coger la escopeta, el conde de Tebas se acercó a mí y me dijo: «Con el número uno, nadie ha ganado un Campeonato.»

A LOS DOCE AÑOS MATE EL PRIMER JABALI

No es el tiro a pichón la mayor predilección del joven conde de la Conquista. Al pichón, Julio Prado dedica sólo las horas de un Campeonato nacional o el tiempo de un certamen amigable. En los montes de Toledo, en «La Ciguñuela», además de dirigir la labor de la finca y ordenar la guarda y cuidado del ganado, el conde encuentra tiempo para su deporte favorito: la caza mayor, la montería, el rechecho. Desde octubre a febrero —para los buenos cazadores éstos son los meses en que el año empieza y termina— menudean los madrugones, las noches en pleno campo, los días a caballo y el continuo martilleo de la jauría.

—Quizá la mejor montería de este año la hice en el castillo de Prim. Allí, en un puesto, mate cuatro venados. Fué un buen día.

—¿Cuál es la mayor emoción de la montería?

—Para mí, los minutos de emoción transcurren desde que la pieza salta a la vista hasta que se dispara, el ir acercándose para ponerla en el área de tiro. Después, si la pieza cae o no cae

es, quizá, lo de menos. Ahora, la montería que más practico es la de rechecho: salir de madrugada, solo, con el rifle en la mano, y andar hasta sorprender a la pieza. Así he matado uno de los corzos más grandes que se han cobrado en los montes de Toledo.

—¿Quedan muchos corzos en estos montes?

—Ya van quedando pocos. Habría que tomar una medida para terminar de una vez con ciertos hechos que sólo tienen a su favor el que el corzo desaparezca de nuestras tierras antes de tiempo. Donde más abunda y se protege al corzo es en el magnífico coto del conde de Yebes y en mi finca.

—¿Ha leído usted los «Veinte años de caza mayor», del conde de Yebes?

—El conde de la Conquista sonríe y casi agradece la pregunta.

—Sí; desde luego. Y creo que es el mejor libro de caza que se ha publicado en nuestro tiempo. Este, y el libro del duque de Almazán. Yo soy tan amigo de Yebes, que, para mí, leer su libro es estar charlando con él. Hoy, a excepción de Yebes, nadie escribe nada de caza. Los que saben cazar, no saben escribir. Y es una pena.

—¿Desde cuándo acude usted a las monterías?

—El primer jabalí lo maté cuando aun no había cumplido los doce años. Recuerdo que fué en una finca que entonces era nuestra: «El Molinillo». Fué la primera gran emoción de mi vida. En esta ocasión, como siempre, yo acompañaba a mi padre. Cuando cobré la pieza, los componentes de la montería celebraron el «noviazgo».

—¿Qué?

—El «noviazgo» es una ceremonia antigua, como un espaldarazo. Me untaron con la sangre del animal, mientras otros me apaleaban «a modo de ceremonia» o hacían fuego con los trabucos de los perreros.

UN MUSEO DE JABALIES

El mejor trofeo del conde de la Conquista se encuentra en su casa de campo de «La Ciguñuela». Allí, en las habitaciones, en las salas espaciosas, quedan sus mejores recuerdos, la memoria de sus días felices y afortunados de monterías pasadas. Corzos y jabalíes disecados, con una inscripción que fija el día y el año de su cobro. La lista de los trofeos aumenta cada temporada, cada vez que la veda se alza. Y junto a este Museo de piezas disecadas, en una sala pequeña, las escopetas y los rifles descansan y esperan.

—Nosotros somos cinco hermanos. Menos el pequeño, todos somos buenos cazadores. Mi padre, el mejor. Y en esto de las escopetas, nos respetamos mucho. Cada uno guarda y limpia las suyas. Tenemos dos cada hermano.

—¿Cuál es la mejor montería para un cazador?

—Aquella en que menos cazadores haya. Hoy, existe una gran afición por la caza en España, inexplicable hace algunos años. Pero, de todos modos, una monte-

ría muy numerosa resulta siempre difícil, cuando no penosa. Esto, naturalmente, por lo que hace al cazador; en cuanto al dueño del coto, allá él.

El conde de la Conquista ha monteado por muchos cotos de España. Su escopeta la conocen bien en los montes de Toledo, en sierra Morena y en las montañas de Andújar.

—Para mi gusto—dice—, los cotos que reúnen mejores condiciones son: «El Castañar», «El Robledo», «La Toledana», «El Castillo de Prim», «El Molinillo», «Cabañeros», y por el Sur, «San Calixto». Del coto de «Lugar Nuevo», en Andújar, tengo yo muy buenos recuerdos. He cobrado allí muy buenas piezas. Pero también allí perdí a uno de mis mejores perros: «Barbas». Era una mezcla de podenco muy cruzado. Se perdió por unos barrancos, y el perrero no volvió a encontrarlo. Era un perro bonísimo, pequeño, pero muy valiente. Cuando en una cacería se pierde un perro bueno, ya parece que todo sale mal.

«BELINDA» Y «CYRANO DE BERGERAC»

«Belinda» ha entrado en la conversación sin pedirle permiso a nadie. Pero esta «Belinda» tampoco habla. Es una perra casi gigante, con unas orejas que le arrastran y un hocico chato que debe olfatear a muchas millas.

—Esta es de mi padre. No, no muere. Es muy cariñosa, y hasta le gusta que la retraten.

—¿Cuántos perros tiene usted en la finca?

—Veinte. Es una buena rehela. Un perro, en una jauría, no dura más de dos años. Unos, se pierden, y a otros hay que abandonarlos. Ahora tengo una pareja envidiable. Se llaman «Chulilla» y «Corcho». Son perros de agarre.

La entrevista al campeón nacional de tiro a pichón se ha convertido en una charla de cacería, de jauría y de jabalíes disecados. El conde de la Conquista, a pesar de su victoria en el Campeonato, es más cazador que tirador a pichón. Su afición está en la montería, en el coto o en el campo abierto.

—Y al margen de su laboreo en «La Ciguñuela» y sus monterías, ¿no tiene otras aficiones?

—Pues... no. Al fútbol no he ido nunca; aunque soy madrileño, no he visto ni al Madrid ni al Atlético. Ni siquiera fui a la final del domingo pasado. Al cine de muy tarde en tarde. Creo que la mejor película que he visto fué aquella de «Cyrano de Bergerac». Era genial.

El cartero acaba de dejar una carta para el conde de la Conquista. La carta viene de lejos.

—Es mi amigo Jordana que me felicita desde Turquía. Un buen amigo mío.

La última pregunta al campeón:

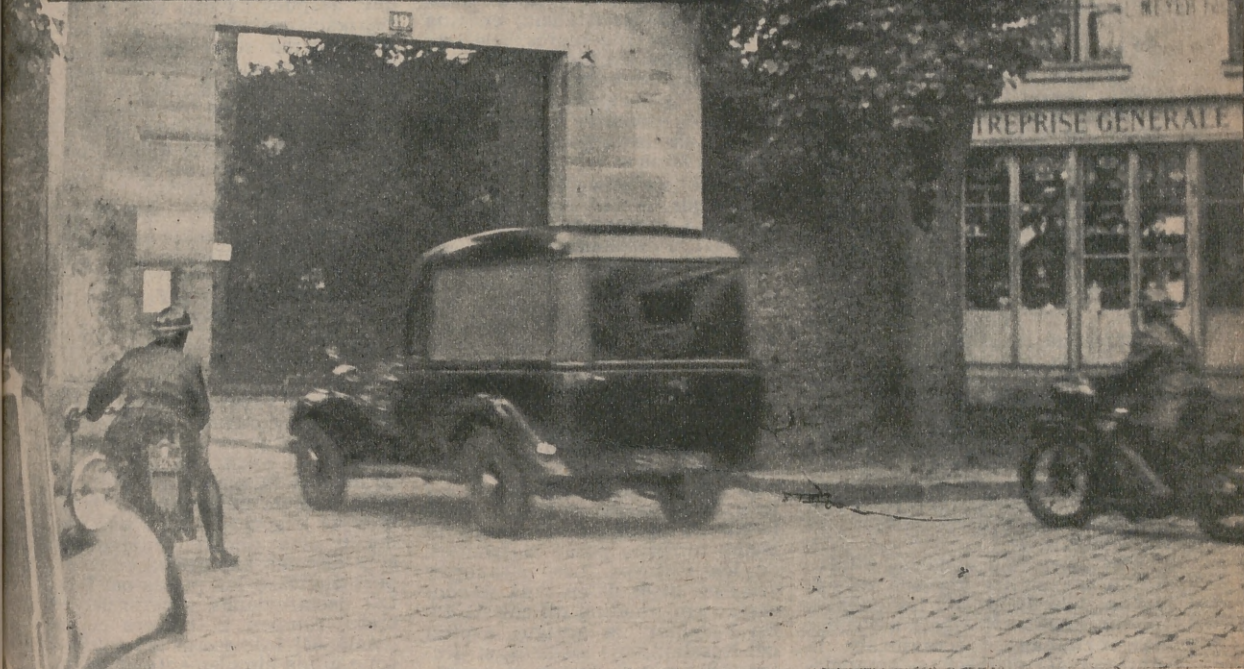
—¿Cuál es la mejor cualidad para ser tirador?

—Tener buenos reflejos y la suerte de meterse en tiro.

—Pues... en Barcelona, ¡buena suerte y... buenos reflejos!

Ernesto SALCEDO

UN MILLONARIO CON PASAPORTE FALSO



¿COMO SE LLAMA USTED?

El día 21 de mayo se presentaba ante la sección de la División de Surveillance du Territoire de Versailles (la Policía especializada en el contraespionaje) un hombre de talla media, de traje gris perfectamente cortado y de cabello negro, escaso y corto. Se trataba de un hombre de cabeza fuerte y mentón pronunciado, con ese aire que suelen tener a veces los hombres del campo. La cara, de huesos pronunciados, con un gesto vivaz y alerta.

Atravesó, acompañado de un agente, las oficinas y se encontró de pronto ante una mesa de despacho y dos hombres de la D. S. T. que le interrogaban.

El humo de los cigarrillos levantaba débiles y cortas volutas frente a las palabras.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Albert Igoïn.

—¿A qué se dedica?

Estaba claro que se seguía la rutina de las preguntas policíacas. En aquel despacho, mejor que en ningún otro sitio, se sabía que estaban frente a un financiero cuya fortuna se calculaba, en números redondos, en los 15.000 millones de francos.

—Me dedico a los negocios.

Albert Igoïn habla un correcto francés, clásico, desde luego, en algún *quartier* de París, pero con un inequívoco acento extranjero.

—¿Está seguro que ha nacido en Francia?

El hombre dudó un instante antes de responder; luego advirtió, sonriente:

—Nací en el mar.

ALBERTO IGOIN, BANQUERO Y CONTRABANDISTA

ORO ESPAÑOL EN LAS ARCAS DE LA FRANCE NAVIGATION



Mientras el Ejército se preparaba para morir en Indochina por Francia, desde los puestos clave se le traicionaba

La historia se terminó aquí. En ese momento el comisario extendió ante Albert Igoín su auténtica biografía. Es decir, nombre, lugar de nacimiento, nacionalidad y estado.

—Solicito el consejo de mis abogados.

—Como usted desee.

CASADO CON NOMBRE FALSO

La policía de la D. S. T., del Ministerio del Interior francés, seguía desde hace mucho tiempo la pista a los negocios de Albert Igoín. Se sabía que muchas de las exportaciones e importaciones se realizaban con los países de detrás del telón de acero. Sólo faltaba saber en qué medida eran exclusivamente negocios legales. Por lo pronto estaba el descifrar el misterio de su personalidad. ¿Quién era Albert Igoín?

Cerca de la plaza de la Estrella, donde parece que es mejor la primavera francesa, está una calle importante: la rue Lamennais. Nada más comenzarla, en el número 2, se encuentran las oficinas de la sociedad marítima France Navigation. Se trata de un piso suntuoso, de amplios despachos, con gentes siempre en movimiento.

Pues bien, día y noche, durante meses, se ha vigilado la entrada y la salida de los clientes de la France Navigation. Todas las mañanas se comunicaba la entrada del director, el financiero Albert Igoín. Cuando salía, al mediodía, se seguían sus pasos hasta La Celle-Saint-Cloud, donde, también en el número 2, en la avenida Raymond-Marie, tiene su casa. Se trata de una residencia magnífica, de estilo y líneas casi ultramodernas y rodeada de un gran parque verde.

Albert Igoín, que está casado con una señora norteamericana, tiene una hija de seis años. La vida de la familia es sencilla y culta. Casi nadie atraviesa las puertas de la casa, y, sin embargo, periódicamente, todos los sirvientes son renovados. Nadie podía dar así un dato definitivo. Quien conocía la costumbre se limitaba a decir: «Rarezas».

Por otra parte, Albert Igoín no acudía a fiestas ni era conocido de las gentes. Sólo en los círculos técnicos, en la Banca o en los grandes negocios se conocía su nombre. Políticamente la gente había olvidado que un Albert Igoín había sido jefe del Gabinete militar del Ministerio del Aire cuando era ministro de ese departamento el diputado comunista Charles Tillon. La Prensa había olvidado, de igual forma, que Albert Igoín, bajo el sobrenombre de «Jallez», se había distinguido en la «Resistance».

Claro está que sus negocios con los países del Este, incluida Rusia, estaban vigilados, pero nada se había conseguido averiguar.

Un incidente casual puso en manos del contraespionaje un documento que dio nuevas pistas.

COMO EN LAS NOVELAS DE SIMENON: UN PASAPORTE DA LA CLAVE

En la investigación que efectuaba la D. S. T. sobre la vida

de Igoín entraba de lleno también el examen y confrontación de toda la documentación personal del millonario.

Un día se encontró una vieja carta de identidad militar de Igoín, y al ser sometido nuevamente al análisis de la Policía se encontraron con la sorpresa de que se hacía referencia a la presencia de un Jaller, y no «Jallez», como en la Resistance, en una compañía de Ingenieros. ¿Se trataba de una confusión?

Aun así, pacientemente, se puso toda la maquinaria en marcha. Tres nombres estaban presentes en la operación: Igoín, Jaller y Jallez.

La primera etapa fue la de descubrir que, efectivamente, Albert Igoín era el nombre de un francés real. Profundizada la investigación, apareció que Albert Igoín, nacido en el mar, a bordo de un barco, era hijo de una camarera y de padre desconocido. La fecha de su nacimiento, clara y definitiva, es la de 1917. ¿Cuántos años tendrá el millonario que se presenta con el nombre de Igoín? Unos treinta y cinco a treinta y seis años.

Los policías descubren que Albert Igoín estuvo enrolado en las Brigadas Internacionales durante la guerra española. No había problema ninguno pasar la frontera de los Pirineos. Los pasaportes y los permisos de entrada se concedían sin ninguna dificultad. En En Perpiñán, la antigua capital del Rosellón, dos médicos, el doctor Gilbert y el doctor Payry, reconocían a los hombres. Siguiendo viejas tácticas, se cambiaban los nombres y se adquirían nombres españoles. La consigna era la siguiente: «Si te preguntan por qué no sabes español, contestarás que dejaste España cuando eras pequeño.»

Albert Igoín pasó por allí. Pero también pasó un hombre que iba a tomar, pasando el tiempo, su propia personalidad. Ese hombre era Jaller.

Igoín murió en España, frente a Teruel. Era un hombre sin familia y sin herencia. Nadie podría saber nunca, exactamente, cualquier cambio que se realizara con sus documentos. ¿Fue eso lo que decidió a los jefes de Jaller a que adoptara ese nombre? Probablemente sí. Por otra parte, sabido es que a todos los «internacionales» les quitaban, una vez en España, su documentación. El comunista suramericano Ravines, en un libro suyo titulado *La gran estafa*, dice que esa medida se tomaba con dos fines prácticos. En primer lugar, impedir a los extranjeros cualquier movimiento, y, en segundo lugar, poner a disposición de la Komintern un inmenso cargamento de documentación y pasaportes de casi todos los países, que más tarde podían ser aprovechados.

El hecho cierto es que no se vuelven a tener noticias del verdadero Albert Igoín. Muerto y enterrado en la documentación francesa, su rastro y su recuerdo desaparece completamente. Nada queda de él. Sin embargo, en 1943 un Albert Igoín se inscribe como voluntario en las fuerzas francesas de Túnez. Ese mismo hombre desembarca en Francia como miembro de la «Resistance» bajo el nombre de guerra de «Ja-

llez». ¿Por qué escogió ese nombre? «Jallez» es un personaje literario de una novela de Jules Romains. ¿Se siente él acaso así?

La Policía opina hoy, sin embargo, que se sintió atraído por el oscuro deseo de llevar su verdadero apellido: Jaller.

Para no adelantarnos excesivamente a la investigación diremos que, después de una serie de investigaciones que van estrechando el cerco sobre el financiero, se descubre en un arrabal parisense a un médico llamado Jaller, que después de numerosos interrogatorios reconoce ser hermano del millonario Albert Igoín. Puede decirse que ese día se cierra, en parte, el ciclo.

Cuando se llama a la Jefatura de Versalles al financiero, ya se sabe que su verdadero nombre es David Jaller, de origen rumano. Ha nacido en Targul Frumof y es ingeniero de profesión.

Ninguna negativa puede evitar la inculpatión de doble personalidad, utilización de falsa documentación y la no menos grave de haber contraído matrimonio con nombre falso. ¿Hay algo más? Sí. Que al mismo tiempo que se detiene al financiero se interroga a un número importante de hombres de negocios que de una forma u otra tienen contacto con él y con las exportaciones o importaciones a los países del Este. Las declaraciones, a pesar del secreto, rompen la barrera de silencio del Ministerio del Interior (que alude simplemente al descubrimiento de la verdadera personalidad de Igoín), y comienzan a filtrar la grave noticia: se trata de un caso más de espionaje contra la seguridad interior y exterior del Estado.

DE 1947 A 1955 NACE UN MILLONARIO

La tesis que mantiene la policía de la D. S. T. es la siguiente: las sociedades que dirige, controla o administra Igoín-Jaller están firmadas por capitales rusos o dedican, en otros casos, sus ganancias para favorecer la propaganda y el pago de los inmensos gastos del partido comunista francés. Pero las acusaciones más graves, las que dan al *affaire* su aire de excepción, son las que admiten que los negocios de Igoín-Jaller son un medio para una fabulosa transferencia de fondos (tanto para el Este como del Este al Oeste), que atentan directamente contra la seguridad del Estado. Por otro lado, se ha podido precisar algunos de los métodos seguidos por el financiero.

Cuando se trata de sociedades no formadas por capitales comunistas, sino de sociedades más o menos independientes, se consigue que efectúen transferencias y cesiones de fondos, y aun de ganancias, advirtiéndolas que en caso de no proceder así perderían toda posibilidad de efectuar cualquier clase de negocios con el Este.

Que sea David Jaller o Albert Igoín el que dirija todo ese enorme tinglado, demuestra la alta categoría administrativa que tiene en el partido comunista. No hay que olvidar que ha ocupado puestos de importancia, con el

nombre falso, en el Ministerio del Aire, al lado de Charles Tillon. Sin embargo, a la salida de este último del Gobierno (1945-46), abandona la política y se dedica a los negocios. Hace una vida oscura, y a pesar de ello en unos pocos años se transforma en una figura financiera de excepcional importancia. Tanto es así que los informes económicos que pueda dar o haya podido dar pueden ser de excepcional importancia. Así lo ve el Gobierno francés. De todas formas, no se explica uno bien, a menos de considerar las cosas en el cuadro de una organización, el salto enorme que convierte al hombre oscuro, extranjero, en multimillonario.

Para entenderlo hay que estudiar un poco las organizaciones de que era director. De una de ellas dice *Le Figaro* estas graves palabras: «Se sabe que el director general de una sociedad de navegación, que políticamente hablando navega en aguas sucias, ha sido detenido.»

Quería decir el periódico algo muy claro, aunque con veladas palabras: que esas grandes organizaciones económicas al servicio de «una potencia extranjera» no es nuevo que tengan esa misión. Ocurre simplemente que llega un momento en que el agua llega a todos los cuellos. Que hasta ahora no se ha querido ver lo que era patente.

LA HISTORIA DE LA FRANCE NAVIGATION, O LA HISTORIA DEL MODERNO CONTRABANDO POLITICO

Nada más comenzar en España el Alzamiento Nacional se formaron en diversas naciones europeas una serie de sociedades que tenían como fin, así son las cosas, el comercio con la España roja. Una de ellas, la sociedad anónima para el transporte marítimo, la France Navigation se fundaba en París el 15 de abril de 1937. Según los reglamentos, la sociedad tenía por objeto «construir, adquirir, vender, armas, crear líneas de navegación y hacer servicios de transporte marítimo y fluvial».

El pretexto era obvio, porque el capital inicial, un millón de francos, era insuficiente a todas luces para hacer frente a los propósitos. Pero, además, conviene echar una mirada al grupo y los hombres que la constituyeron: tres jefes de células comunistas: Paul Dautzier, Delaguerre y Jean Piquemal. Cada uno de ellos aportó 50.000, 80.000 y 100.000 francos a la sociedad. El resto, con el presidente, un tal Fricht, entregaron el resto hasta el millón de francos. Entre ellos, dos ingenieros de Marsella: Jean Ergoli y Jubert. Así, la parte legal de la sociedad quedaba registrada por las leyes.

Una vez puesta en marcha la aventura jurídica de la sociedad marítima, cuya sede oficial era París, en el número 1 del boulevard Hausmann, pero que tenía su principal ramificación en Marsella (de donde eran seis de los nueve miembros que compusieron la cara oficial de la France Navigation), comenzó inmediatamente a rodar el dinero.

Por lo pronto tres sociedades, la Transmar, la Franco-Balcánica y la Société de Gerence et d'Armaments, comenzaron a ser controladas por ella. Inmediatamente se inició la compra de una serie de barcos que oscilaban entre las 1.000 y las 4.000 toneladas. La primera flota que tomó parte en el contrabando con España se compuso de dieciocho buques, cuya adquisición fué pagada por la Banca soviética de París y la de Londres. Para todas las operaciones se utilizaba la Banca American Express, que estaba en la calle Scribe. Poco tiempo después la France Navigation contaba con setenta unidades marítimas, que hacían la competencia practicando la reducción de un 50 por 100 en las tarifas a las compañías francesas de África del Norte. Sus marinos y equipos, todos escogidos de los sindicatos marinos comunistas, compusieron un cuadro casi militar.

Ettore Vanni, en su libro *Yo comunista en Rusia*, dice con relación a la France Navigation estas palabras: «... Existía en Marsella una sociedad, fundada con capitales soviéticos hábilmente camuflados, que poseía numerosos barcos empleados para ayudar a la España republicana, siempre que la ayuda se pagara con oro...»

Pero el informe más impresionante lo da Prieto en su libro *Cómo y por qué salió del Ministerio de Defensa Nacional*. Dice: «La flota era de propiedad española, pero los comunistas franceses, administradores de esta compañía, rehusaron entregar los barcos, que consideraban de propiedad suya. Uno de los navíos de la France Navigation, el *Winipeg*, fué fletado para transportar refugiados a Chile. Esto permitió a los comunistas franceses ganar sumas importantes ayudando a los españoles refugiados, cobrándoles unos precios exagerados, por llevarles en un barco que les pertenecía...»

Creo que con lo expuesto todo queda meridianamente claro. La sociedad marítima France Navigation recibió dinero soviético, y luego, entre tantas cosas, parte del oro español. Entre unos y otros convirtieron a la sociedad en una empresa importantísima, que pasado el tiempo, oscurecidos sus orígenes por quienes preferían no saber esas cosas, parecía haberse convertido en una pacífica y burguesa compañía dedicada al comercio. Nada de eso ha sido. Todos los hilos que movieron en su primer momento la flota continuaron rindiendo tributo a sus verdaderos dueños.

Al mismo tiempo que se creaba la France Navigation, y en íntimo contacto con ella, nacía en Marsella la Entreprise Maritime, y en Londres, la Prosper Steam Ship Co. Lmt., la Burlington Steam Ship Co. Lmt., la Southern Shipping y la Karfise. Otras organizaciones, con el mismo origen y el mismo pretexto de la guerra española, se creaban como núcleos formidables en diversos países. La Frutidor dedicaba sus principales actividades a Bélgica y Holanda; pero Marsella y la France Navigation componían el centro nervioso. Con el tiempo se convertían en



La Policía de seguridad francesa tenía cercado, por hilos invisibles, el mundo y las relaciones de Igoín

centros de información soviéticos. Tales son los hechos.

LO INEXPLICABLE

Solamente el partido comunista conocía desde las primeras horas—hay que calcular el año de 1938—que David Jaller vivía en Francia bajo el nombre supuesto de Albert Igoín. Las razones que se tuvieran para darle la documentación, posiblemente ya en España, del «internacional» que moría en el frente de Teruel, deben de atender a ocultar todo lo posible el pasado de Jaller hijo de Rumania y, naturalmente, su especialización profesional.

Utilizado primeramente en la política, es oscurecido posteriormente para dedicarlo a los negocios. En unos años, como hemos visto, para la perfecta sincronización de los detalles, aparece como una de las figuras financieras más importantes de Francia. Director o administrador de Compañías o de Bancas, David Jaller es convertido en multimillonario. Sin embargo, a pesar de ello, su vida sigue siendo retirada y en constante cautela.

Lo inexplicable es que se tarde tanto tiempo en relacionar hechos tan evidentes y notorios con los «affaires» de espionaje. El descubrimiento de enormes transferencias de fondos ha venido a hacer evidente el destino que cumplen económicamente estas sociedades: facilitar en determinados momentos las divisas que son indispensables a los países del Este, pero que sitúan en el dispositivo de la nación donde viven una peligrosa carga explosiva, que utilizan y emplean a su capricho.

Enrique RUIZ GARCIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

UN MILLONARIO CON PASAPORTE FALSO



Un momento espectacular de la detención de Alberto Igoín, el millonario de vida doble cuya fortuna está calculada en 15.000 millones de francos

ALBERTO IGOIN, BANQUERO Y CONTRABANDISTA

ORO ESPAÑOL
EN LAS ARCAS
DE LA FRANCE
NAVIGATION



Charles Tillin, el diputado y ministro del Aire en 1945, a cuyas órdenes directas estuvo Alberto Igoín como jefe del Gabinete Militar

(Vea página 61)